

DOMINGO CABRERA CRUZ

LA PALABRA
EN EL VACIO

J. REGULO, EDITOR

1964

**BIBLIOTECA
SAULO TORON**



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
LAS PALMAS DE G. CANARIA	
N.º Documento	<u>488899</u>
N.º Copia	<u>488912</u>

Para Gabriel y
Saulo Torón, artistas
de la vieja y noble
estirpe.

(Con afecto y admiración)

LA PALABRA EN EL VACÍO

Sacra

Primavera
1964

DOMINGO CABRERA CRUZ

LA PALABRA
EN EL VACÍO

J. RÉGULO — EDITOR — LA LAGUNA

1964

Nº RGTRº 3850-62 — DEPÓSITO LEGAL TF 273-1963

IMPRESA GUTENBERG — LA LAGUNA DE TENERIFE

PRÓLOGO

Precisamente ahora, cuando las ideas expuestas en estos discursos están en quiebra y hasta son vituperadas por muchos, yo quiero, consecuente conmigo mismo, afirmarme en el sentido filosófico y político que las inspiran.

Hombre de formación liberal, muy siglo XIX, mi espíritu adquirió un contenido del que no es fácil pueda ya desprenderse. Me asombra la rapidez con que hombres maduros, con disciplinas universitarias, se desprenden de una ideología y se acomodan a otra diametralmente opuesta, cambio que realizan sin vacilaciones, sin un conocimiento previo de las nuevas doctrinas y sin tiempo para adentrarse en las teorías que tan espontáneamente ganan sus voluntades.

¿Es que estos hombres, tan adaptables a la idea imperante, han tenido alguna vez firmeza ideológica en algo?

No es que yo pretenda anquilosar el pensamiento ni sostener que lo que ayer fue útil siga siéndolo hoy. ¡Dios me libre de propugnar por el quietismo de las ideas! Un espíritu dormido no me interesa. Soy de un temperamento renovador, ansioso siempre de un estado más perfecto. Pero, dentro de este anhelo de perfeccionamiento, existen en mi yo moral ideas madres, fundamentos sobre los que he ido levantado mi armazón espiritual. Tales la libertad y el derecho. Principios tan

arraigados en mi ser, que no podría arrancármelos sin hacerme daño, sin que mi alma, permítaseme la frase, sangrara.

No en vano, durante años y años, he venido formándome al amparo de estos ideales; no en vano la cultura de mi época imprimió carácter en mi naturaleza. Producto de una civilización, no puedo degradarla sin sentirme yo, a mi vez, un poco degradado también.

¿Es que ha fracasado el liberalismo? ¿Es que la democracia ha presentado bancarrota? ¿O es que han fracasado los pueblos que no han sabido desarrollar sus actividades dentro de un régimen de derecho y de libertad?

Que la última experiencia democrática no cuajara en España no quiere decir que fracasó el sistema; fracasó el pueblo, que no supo administrar su propia conquista. Fracasaron unos hombres —eminentes muchos de ellos en sus profesiones y en sus actuaciones culturales— que, al enfrentarse con las responsabilidades del poder, no impusieron la autoridad con la energía y la dureza que exigen los primeros momentos de una convulsión política. Enfermos de juricidad, fueron débiles, y debilidad en los gobernantes es una crueldad, como hemos visto en los desmanes callejeros.

La República vino a España traída no por los republicanos, que solos no tenían fuerzas para ello, sino por los españoles, incluso por muchos monárquicos que, deseosos de un cambio, facilitaron el traspaso de poderes.

Una República, nacida con tan buenos auspicios, debió de amparar y respetar los sentimientos nacionales y no herirlos en sus fibras más sensibles. Desoír el griterío extremista y calar hondo en el alma española. Tampoco debió acotar predios para los suyos, sino proclamar a los cuatro vientos que España es de los españoles. Las apetencias posesorias de los vencedores los priva de eficaces colaboraciones y los priva también de la simpatía popular.

La intolerancia de ayer y de hoy interrumpe la comunicación doctrinal entre los españoles que, aferrados a sus creencias, vituperan las ajenas. Esta intransigencia nos incapacita para actuaciones de amplitud nacional.

La democracia tiene que recoger las lecciones del presente —en política nada es eterno— para que la libertad de mañana venga aparejada con la justicia. Sin justicia no hay libertad y sin libertad no hay orden.

La familia, la propiedad, las creencias religiosas y la dignidad humana son respetadas y están asistidas de sus propios derechos, sólo cuando normas de libertad y democracia regulan sus funciones sociales. Dieu et mon Droit es el lema de un pueblo que ha sabido ejercer la democracia con verdadero sentido liberal.

Pero, en España, ¿cuándo se respetó el derecho del adversario?

No se me oculta que el fracaso del liberalismo —ésta es su gran responsabilidad!— está en no haber podido libertar al proletariado de su esclavitud económica. El hombre para ser libre tiene que vivir donde su

trabajo sea remunerado a tenor de sus necesidades, permitiéndole atender con decoro al bienestar de los suyos. La miseria es el mayor enemigo de la libertad, que sólo echa raíces y prospera en los pueblos desarrollados. Los esclavos de sus necesidades no pueden liberarse. Por esto las democracias deben, ante todo, redimir de la pobreza a los ciudadanos y reglamentar con severas normas de derecho las apetencias ilimitadas de los económicamente codiciosos. De haberlo hecho, el mundo no pasaría hoy por estas guerras civiles, tan horrendas y cruentas.

Tal vez la humanidad vaya camino de conquistar la independencia económica a cambio de caer en la servidumbre política. Entre el pan y la libertad, la elección, para el que tiene hambre, no es dudosa.

Pero yo —situado en una zona media— prefiero, para vivir, una sociedad organizada democráticamente, y la prefiero aun con todos sus irritantes personalismos, pues la libertad es como el aire, que sólo sabemos lo que vale cuando no se tiene. Un estado donde los valores humanos no cuentan, donde el hombre pierde su categoría de ente libre para convertirse en una expresión numérica sin voluntad política, sería para mí un hogar incómodo, a pesar de sus ventajas materiales.

Quede, pues, en este libro, afirmada mi tendencia liberal y democrática y reprobados los procedimientos del sectarismo español, que envilece principios y doctrinas merecedoras de un trato más noble y elevado.

El hombre con sentido liberal rechaza esos nuevos sistemas políticos que emplean el término «democracia popular» para cubrir prácticas despóticas. Sin libertad y sin norma jurídica que encauce las actividades públicas y privadas no hay democracia. Una disciplina impuesta con violencia por una autocracia no es un sistema democrático. Todos los poderes en una sola mano constituyen la negación del sistema liberal.

Dentro de una democracia son muchos los deberes y limitados los derechos. La cultura es el firme sobre el cual se ha de levantar el edificio de la libertad. Sin cultura no hay tolerancia, y sin tolerancia no es posible una ordenada convivencia ciudadana. La democracia es selección, y no hay manera de fortalecerla con un censo electoral de analfabetos.

Algunos de estos discursos, ordenados mediante apuntes y recortes de periódicos, son una llamada al orden y a las realidades de nuestro pueblo, impresionable y tornadizo. Ellos dan idea de mi estado de ánimo en tiempos de la República y de mi deseo de que el nuevo régimen actuara sujeto a sistemas de derecho y libertad para todos los españoles. (Me refiero a los de propaganda política; los otros tienen un sentido de fraternidad isleña y un cierto matiz literario ajenos a estos problemas.) ¡Angustioso clamor de quien veía la tormenta y no podía convencer a nadie de la proximidad del rayo!

Mi palabra, administrada con sinceridad y responsabilidad —me asustan los que lanzan a voleo ideas

demoledoras, sin conciencia de lo que dicen—, era subrayada por los pueblos de Tenerife con desbordamientos de entusiasmos que me hacían concebir las más lisonjeras esperanzas . . . Pero, desgraciadamente, caía siempre en el vacío. Encerrada hoy en este libro, carece de vibración, de ese algo vivo que el orador pone en sus improvisaciones, y queda sólo como testimonio de una postura política frente a los problemas de la República.

Por si pudiera ofrecer a los intransigentes de mi tierra alguna enseñanza, me gustaría publicar La palabra en el vacío en estos días históricos, en los que asistimos al derrumbamiento de un régimen que, por no saber encararse dignamente con el porvenir, está pagando, a sangre y fuego, la intolerancia de varias generaciones. Vivimos horas de penitencia, y nadie sabe cuándo le llega el castigo de sus pecados o el de los pecados ajenos.

Después del martirio, nuestro pueblo se encontrará a sí mismo, y acaso se salve, confeccionando a su medida una Ley fundamental, sin tener que recurrir a pedir prestado un traje ajeno que pudiera embarazar sus movimientos normales, ni tan ceñido que se rompan las costuras al más ligero cambio de posición, ni tan holgado que descomponga su figura racial. Hay que buscar nuestro propio camino. En la empresa nos alienta saber que España tiene fuerzas todavía para sostener sobre sus hombros una nueva creación de paz y justicia.

Septiembre de 1937

LA PALABRA

Existe por parte de nosotros, los mortales, tal apego a la vida, que todos pretendemos prolongar nuestra estancia en la tierra, a la que, en las horas de peligro, nos aferramos desesperadamente. No queremos soltar las amarras para el gran viaje, sino echar anclas y alargar la estadía en puerto para rendir cuentas lo más tarde posible al Altísimo Armador.

Queremos vivir. ¡Vivir! Contemplar cada mañana el sol y el cielo y los campos... Queremos, además, permanecer junto a los seres queridos, alargando nuestro hospedaje en la posada que Dios nos dio aquí abajo. Pero un día hay que partir, y quisiéramos, entonces, dejar en prenda algo de nosotros, algo personal, algo que justifique que no hemos abandonado totalmente nuestro alojamiento, dejar algo vivo, palpitante, una vibración de nuestro ser, un destello de nuestro entendimiento. Algo que nos sobreviva. Y ese algo es la palabra, la palabra encerrada en la sutil hebra del magnetofón. Cuando hayamos muerto, alguien podrá decir: «No se ha ido, está aquí, oído».

La palabra tiene la fuerza de las cosas grandes, inmensas: el poder de la Creación y el Milagro. *Hágase la luz*, y la luz se hizo. El mundo salió de las sombras y entró en la claridad. *Levántate y anda*, y el muerto resucitó. Salió también de las sombras y volvió a la claridad. Ved, pues, cómo sólo con tres palabras se realizó la creación y el milagro. Palabras de Dios, me diréis, y es cierto. ¡Palabras de Dios!

Pero las pequeñas palabras de los mortales conducen también a los dominios del espíritu. Con una palabra —amor— se enciende la existencia; con otra palabra —perdón— se ilumina; con otra —justicia— se serenán las conciencias, y con otra —paz— se pone término a la guerra. La palabra es, por lo tanto, la esencia del hombre, ella aclara los laberintos, descubriendo la inteligencia y anudando las voluntades. Es fórmula para el sabio, poesía para el soñador, ilusión para los que aman y consuelo para los que sufren.

«Con buenas palabras se va a todas partes» reza un dicho popular. Una palabra oportuna abre las puertas mejor cerradas; una palabra suave calma la ira, y una palabra inflamada cambia el rumbo de los pueblos.

Con la palabra se dignifican las pasiones y se establece comunicación con todo lo que nos es querido sobre la tierra y más allá de la tierra. Los iluminados trascienden el misterio al hablar con Dios.

Los sentimientos que se callan se pudren, los que se comparten proporcionan el gozo de renacer, porque

hablar es poner en activo las fuerzas del alma. Sin hablar no hay compenetración. Altas empresas de orden moral y de orden económico se han malogrado por falta de un exponente claro. Nobles inclinaciones han muerto recién nacidas por no encontrar la expresión precisa.

Las palabras, aun irritadas, son preferibles a las acciones violentas.

«Pega, pero óyeme . . . » Con esta frase Temístocles calma la ira de Euribíades, su adversario.

Dejad que los Parlamentos y las Asambleas consuman horas y días en confusos debates. Dejad que los rectores del mundo entablen diálogos largos y contradictorios. Mientras hablan no hay temor. Cuando se hace el silencio, temblemos, porque el hierro y el fuego comienzan su obra.

¡Hombres de buena voluntad: hablad, hablad siempre para que enmudezcan las armas!

Y esta palabra —raíz y palanca de los mayores acontecimientos de la humanidad— se apaga con la vida del hombre; pero hoy, merced a su ingenio, le sobrevive, se guarda y se oye cuando su dueño es ya sólo un recuerdo.

El que habla no está muerto, su voz lo hace vivir. Habrá desaparecido algo suyo, pero queda algo aquí, en esta cinta, en el hogar que recoge su palabra, su pensamiento, su consejo. De hoy en adelante, quién nos alecciona con su sabiduría, quién nos deleita con

su elocuencia —aunque haya muerto— no es una sombra, es una realidad viva.

Este frágil hilo que graba mi palabra me proporciona la inmortalidad, porque yo desaparezco, me pierdo en el infinito, pero mi voz queda en la tierra, y con ella lo que más vale de mí mismo, mi espíritu. Mi espíritu que se exterioriza en cualquier momento, diciendo a mis hijos y a mis nietos: no he muerto, estoy con vosotros y dentro de vosotros. Vivo en mi propia voz y en vuestro recuerdo.

Agosto de 1962

LAS HESPÉRIDES

Palabras de amor y de paz

Habéis venido a presenciar, señoras y señores, una fiesta de paz, de concordia, de íntima fraternidad, en la que las siete Islas de nuestro Archipiélago, olvidando viejos recelos, se unen en el triunfo de la mujer y de la poesía y marcan luminosas orientaciones al porvenir de Canarias.

La Atlántida, madre de las Islas

El Ateneo de La Laguna ha querido, con este acto, señalar a nuestros políticos, a nuestros periodistas y a nuestros poetas una nueva aurora, una nueva contienda, una nueva canción. Ved, contemplad en este marco de luz y de ensueño la más alta, la más gentil representación que jamás haya tenido nuestra Provincia: la mujer, madre y hermana de ciudadanos, que viene a decirnos: cesad, cesad de una vez para siempre en ese destructor antagonismo que ensombrece los espíritus y aniquila las voluntades. Sed fuertes, pero sin odios; sed grandes, pero sin malos sentimientos; sed

progresivas, pero sin atávicas hostilidades; sed fecundas y sed generosas; amaos las unas a las otras, porque las Siete sois hijas de una misma madre, de la Atlántida, que, con un grito de dolor y de placer, con desgarramiento de sus carnes y de sus entrañas, os lanzó en medio de las aguas. Después de este alumbramiento muere orgullosa de su maternidad, satisfecha de sus hijas, a quienes deja por herencia un cielo inmensamente azul y un mar abierto a todas las posibilidades y a todas las liberaciones.

Las hermanas más viejas

¡No! No era posible, no era humano, no era cristiano tampoco, que las dos hermanas más viejas de nuestra familia canaria permanecieran distanciadas, rota la cotidiana conversación, mudas las almas y las manos sin estrechar, por vulgares e insignificantes menesteres de la casa. El vivir es de por sí harto duro para amargarlo con fraternales discordias, y aquellos que mucho se amaron, siempre están prontos a olvidar pasados agravios, a perdonarse las ofensas hechas en instantes de la pasión desorbitada, para de nuevo unirse, dignificados y ennoblecidos por el perdón, que nada engrandece tanto al hombre como el saber perdonar. ¡Si Cristo no hubiese perdonado, Cristo hubiera dejado de ser Dios!

¿Y qué hermanos no han visto, en ciertos momentos de su vida, truncadas las relaciones por el gobierno de la hacienda, para luego, justificadas las aspiraciones de cada uno, volver al diario platicar, ansiosos de compartir la pena y la bienandanza, más unidos que nunca, corazón con corazón, que por algo fueron formados con una misma tierra y con una misma sangre?

Así estas dos hermanas; así estas dos islas mayores. Si un momento estuvieron separadas por enconos —enconos fomentados por aquellos hijos de mala voluntad que no supieron comprenderlas, sino agrandar la herida para albergar en ellas la pequeñez!—; si un momento, repito, se encontraron separadas por el odio, por un abismo de odios, vedlas en esta noche unidas en entraña y espíritu. Unidas por sentimientos limpios: por el amor, por el arte, por la mujer.

Nuestra Señora la Belleza

Y qué ocasión más adecuada —lo digo sin paradoja alguna—, qué ocasión más adecuada para celebrar la fiesta de la paz, para inmolar el cordero, que ésta en que Europa entera, roto el nexo espiritual entre sus pueblos, es una inmensa charca de sangre, montón de escombros, desolada ruina: ruina de piedras, ruina de hombres, ruina de ideales. ¡En esta hora trágica, hora de dolor y de angustia, de llanto y de miseria, están

en crisis todos los valores morales, la razón lisiada y mutilado el Derecho!

Ya que los grandes encienden el odio, aviven los pequeños el amor; ya que los continentes abren miles de fosas cada día, cultiven flores las Islas para cubrir los sepulcros; ya que los hombres maldicen con los ojos fijos en la tierra —despertadora de codicias—, eleven las mujeres sus plegarias al cielo; ya que los rabinos rompen los evangelios, reconstrúyanlos los fieles y estrechémonos nosotros en estos días de muerte y destrucción.

De una inteligencia entre nuestras Islas pudiera arrancar un porvenir glorioso, el resurgir de una raza viril, preparada para las conquistas del saber y para las luchas del pensamiento, en eterna ascensión de ideal y de belleza.

De belleza, madre y señora de todos aquellos sedientos que acercaron a sus labios el ánfora, donde los dioses de Grecia vertieron el rojo zumo de la pagana viña anacreóntica; de belleza hecha inmortalidad en los mármoles de Fidias y Praxiteles; de belleza hecha luz en los lienzos de Leonardo o en los frescos de Miguel Ángel; de belleza hecha armonía en los sonetos de Garcilaso y en los tercetos de Dante; de belleza hecha misterio en el enigmático sonreír de *Monna Lisa*, la *Gioconda*; de belleza hecha misticismo en las madonnas de Rafael y de Murillo; de belleza hecha rito en los lamentos de Jeremías y en el *Cantar* de

Salomón; de belleza hecha espíritu en las Siete Hespérides que en esta noche nos presiden.

El evangelio roto

Y pensar que estos ideales han sido traicionados por los mismos sacerdotes del culto, por las vestales encargadas de avivar el fuego sagrado. Hasta los progenitores de la idea, los que vivían en un mundo todo serenidad y recogimiento, donde las almas eran luminosas, han sido tocados de este ardor bélico, y abandonando el reino de la armonía, fulminan, como cualquier soldado rudo y veterano, palabras de odio, de rencor. Entran en la contienda, no con postulados de paz, no con el ramo de olivo, sino con el hierro hiriente de la lucha; no a predicar mandamientos de amor, sino a sembrar iras y antagonismos; no a enaltecer la divina poesía de la vida, sino a coronar con rosas ensangrentadas la musa de la muerte.

France, Hauptmann, Maeterlink, D'Annunzio, cumbres del arte, ¿por qué habéis descendido de la altura de vuestro pensamiento a este valle de fuego y de sangre, en que los hombres —jinsensatos!— se destrozan, se matan con un furor insaciable de fieras? ¿Por qué habéis traicionado vuestro ideal de paz y de fraternidad humana? ¿Qué diréis ahora a vuestros discípulos, a aquellos que, creyentes en vuestra doctrina, borraron

de sus pechos la línea maldita de las fronteras y de las castas, para constituir una única, una sola raza en la cual todos los hombres, movidos por un sentimiento noble y santo, se estrecharan cordialmente?

Los hombres, aun los más grandes, son de barro. Vuelve, Jesús de Galilea, y que tus palabras tracen a la conciencia vacilante el camino de la luz y de la verdad.

Mar justiciero

Disculpadme este paréntesis impuesto por la fuerza de una actualidad trágica y desgarradora, de un momento en que la humanidad, como si hubiera sufrido un enorme retroceso en su marcha ascendente, se complace en abrirse sus propias venas para luego, recobrada la razón, contemplar con los ojos agrandados por la herida, la visión más sangrienta, más cruel, más inicua que jamás hayan presenciado los siglos: el desfile acusador de ciegos, de mutilados, de huérfanos y de viudas... Eterno remordimiento de los causantes de esta guerra.

Por la vieja Europa ha pasado una ráfaga de barbarie, de maldición. Los campos están cubiertos de sangre, y en protesta de esta contienda miserable, ya no nacen flores donde cae el soldado, sino epidemias que cooperan a la labor del hombre que, en el vértigo de la tragedia, arrasa y destruye la obra de Dios.

¡Cuánto niño sin padre; cuánta mujer viuda y hambrienta! ¡Cuántas lágrimas! Lágrimas que unidas todas debieran formar un mar justiciero y vengador, que enfurecido con tanta pena, con tanto llanto, ahogara a los causantes de esta guerra. Para formar este mar, para esta justa venganza bastaría con las lágrimas de las madres, de estas madres desventuradas, que ni el consuelo tuvieron de despedir con el último beso al hijo que emprende la marcha hacia la sombra, hacia la eternidad.

El odio a la guerra

Cuando os digan que la guerra es santa, acordaos de la ley de Cristo que dice: amaos los unos a los otros. Cuando os digan que la guerra es justa, pensad que en un pantano de sangre no puede florecer la justicia. Cuando os digan que la guerra es buena, acordaos de las viudas, de las madres, de los huérfanos, que lloran al esposo, al hijo, al padre, a quien la bala de otro padre, de otro esposo o de otro hijo le partió el corazón. Cuando os digan que la guerra es progresiva, que lleva consigo los dones de la civilización, pensad en Lovaina, ciudad venerable, recogida, silenciosa y sabia, de la que salieron fortalecidos muchos espíritus, vigorizadas muchas voluntades, calmadas las ansias del saber. ¡Madre augusta, envejecida en el estudio y en la

enseñanza! Cuando os digan que a la guerra se va en nombre de Dios, responded que blasfeman, que Dios es la paz, que Dios es el perdón y el amor, y que aquellos que en sus arengas belicosas le invocan, le ultrajan, le escarnecen, como le ultrajaron y escarnecieron en una montaña de Jerusalén, cuando llamó hermanos a todos los hombres. ¡Hermanos! Y en nombre de esta fraternidad, en el momento de su agonía, uno le dio de beber vinagre y otro, de una lanzada, le abrió el pecho. Y hoy, lo que es peor, en nombre de esta fraternidad, en nombre de este Dios, se matan los hombres, se denigran las mujeres, se incendian las ciudades, se destruyen los templos...

¡Cómo te profanan, Dios mío! ¡Amar Tú la guerra, bendecir Tú la guerra...! Eso sería como si en un enorme cataclismo celeste la gloria hubiera descendido a los abismos infernales.

Tenga como disculpa esta evocación el deseo hon-do y sincero de despertar en vuestros corazones —en esta fiesta de paz— un solo odio: el odio a la guerra. Pero sea éste un odio fuerte, recio, para que, de este modo, tengáis eternamente encendida en vuestras al-mas una lámpara por el progreso de la humanidad.

Volvamos al Jardín de las Hespérides.

Deuda de gratitud

Palpita entre vosotros un sentimiento, un homenaje que yo no puedo menos de recoger y darle forma en este acto. Aludo, señores, a la deuda de gratitud que La Laguna tiene contraída con un patriota verdad que, en la sombra, huyendo del elogio, guiado por la generosidad y el amor a su pueblo, ha levantado este teatro, cuya esbeltez y elegancia no he de ponderar, porque ya vosotros, al contemplarlo, lo estáis haciendo.

El Teatro que inauguramos en esta noche dará a la vieja ciudad de los Adelantados, tan propicia en su silencio y reposo a las concepciones del espíritu, días de gloria, contribuyendo grandemente al desarrollo de nuestra cultura y al progreso moral de nuestro pueblo.

Escuela será esta casa de donde saldrán, mitigada la sed, todos aquellos que rinden el tributo de su admiración a la soberanía del genio y a la soberanía del arte.

Quien, como don Antonio Leal, realiza obras de esta magnitud, vive eternamente en la memoria de sus conciudadanos. Su recuerdo perdurará en este edificio, pregón de su patriotismo y de su amor a la tierra en que nació.

A los poetas

A vosotros, que a la Fiesta de las Hespérides aportáis el tesoro de vuestras rimas, os cabe el orgullo de santificar la espiritual unión de nuestras Islas con vuestras estrofas, hechas a golpe de martillo en la forja de los grandes amores: el amor a la tierra y el amor a la mujer. Sean hoy vuestros versos simiente que, rompiendo mañana los brotes, florezca en el alma canaria.

Recoged, poetas, el sentimiento de nuestra raza y haced que rimen mil corazones en un mismo anhelo y en una misma aspiración.

Homenaje

Bien quisiera que en este momento, por milagro divino, brotaran en mi alma, como en un jardín de ensueño, rosas encendidas y fragantes. Encendidas por el pensamiento y perfumadas por el arte, para ir las deshojando, idea a idea, palabra a palabra, a vuestros pies, gentiles muchachas que ostentáis la presidencia de esta solemnidad literaria. Pero me limitaré a deciros:

Cuando hayáis pasado por el tránsito glorioso de la maternidad, enseñad a los hijos de vuestra carne y de vuestro espíritu a trabajar por el engrandecimiento de nuestra Isla, enaltecéndola, pero sin malquerencias,

sin rencores, amándose siempre, que sólo el amor es fecundo y generoso . . . Y si algún día os preguntaran por las viejas discordias y por las viejas rencillas que os separaron, respondedles que fueron enterradas al pie del naranjo de oro de las Hespérides, en una noche memorable, y que el dragón, vigilante, custodia para impedir que ningún osado las desentierre y vuelva a hacer de ellas banderín de luchas, de miserias y de odios.

Septiembre de 1915

LOS MENCEYES

Con esta fiesta ha querido el Ateneo —señoras y señores— rendir un homenaje y hacer una afirmación. Afirmación de patriotismo y de lealtad a España, que nos dio su espíritu en la rica y sonora lengua castellana; y hemos pretendido también tributar el homenaje de un fervoroso recuerdo al pueblo guanche, a aquellos hidalgos heroicos y agrestes que querían ser «amigos de todo el mundo, pero no súbditos de otro hombre», y que en la contienda de la conquista tinerfeña defendieron, con espartana pujanza, estos riscos que hace cuatro siglos alumbró el sol, rojos de sangre y de coraje.

Es, pues, la fiesta de Los Menceyes, un culto al pasado y una esperanza en el porvenir; una oración a la raza muerta, a la raza que nos legó un alto ejemplo de virilidad y es, al mismo tiempo, un clamor de mejoramiento y de progreso en la vida regional.

Tenga la oración el místico recogimiento de nuestras almas, pero pongamos en el clamor las más recias y vigorosas vibraciones de la entraña insular, para que

sea oído por quienes están en el deber de tendernos una mano que nos saque del abandono en que estamos, ya que nosotros le hemos tendido el corazón palpitante de cariño y dolido de indiferencia.

En nuestro deseo de vivir, aunque sólo sea fugazmente, la época patriarcal de nuestros antepasados, hemos dividido la Isla, tal cual estuvo en tiempos de Bencomo, en nueve menceyatos. Nuestros más esclarecidos poetas han recogido sus tradiciones y leyendas para cantarlas en esta noche.

Encargada la poesía de loar las glorias de los Menceyes, a la belleza correspondía representarlos, y por ello acudimos, rendidos y galantes, a la mujer tinerfeña, a la que es barro de nuestro barro y sangre de nuestra sangre. Cofre de sándalo en el que se encierran nuestros más caros ensueños y nuestras más dulces ilusiones.

El pasado viene a nosotros con épico resplandor; sírvanos, pues, no sólo de lírico solaz, sino de enseñanza. ¡Qué mucho tiene que aprender nuestro menguado patriotismo del recio patriotismo de aquellos hidalgos que, al divisar las naves conquistadoras, opusieron sus pechos desnudos a la pujanza castellana!

Llevaban los guanches en su interior, llevaban los nueve Menceyes en su espíritu una llama viva que les guiaba, que les animaba y confortaba, que les hacía despreciar la vida, abandonar la hacienda y ser buenos y magnánimos. Esa llama viva era el amor, el santo y

noble y fecundo amor que sintieron por estos riscos y estos barrancos, por esta tierra tinerfeña, tierra madre. ¡Madre nuestra: ya que para todos floreces en la rosa y germinas en la espiga, haz que el pan nuestro de cada día no falte a ninguno de nuestros hombres!

Es hora de turbonada. Los robles más fuertes vienen por tierra, un mundo viejo se derrumba y el cielo no puede desoir, inclemente, a los que claman, a los que lloran.

Cúmpleme ahora, saludar —y bien quisiera poner en este saludo toda la gratitud y toda la admiración del Ateneo— al ilustre orador don Basilio Álvarez, quien, cortés y deferente, respondió a nuestro llamamiento, a la voz amiga que requería su verbo inflamado y rotundo para enaltecer esta solemnidad literaria, cuyo contenido reclama una palabra que, como la suya, sienta los dolores de la tierra y lleve un poco de inquietud a las conciencias sombrías y retardatarias.

Basilio Álvarez no es un demoleedor. Es un constructor, un constructor de ciudadanía, un constructor de rebeldías, si queréis, pero de santas rebeldías que dejan en el alma anhelos de justicia y ansias de fraternidad.

La fuerza de su palabra —de esa palabra que ha conmovido, levantando en un arranque supremo al pueblo gallego, a ese pueblo que, para gloria de España, ha parido bravos cachorros como Basilio Álvarez y tiernas palomas como Rosalía de Castro— no radica

sólo en su elocuencia, con ser tan grande, sino en la sinceridad de su apostolado y en la pureza de su doctrina.

Hombres así, de plena masculinidad en sus ideas y en sus propagandas, son los que inspiran fe. Por eso le hemos traído a esta tribuna.

Cuente el batallador sacerdote que nuestro afecto y nuestro agradecimiento serán, desde hoy, con él, lo mismo en sus horas de angustia que en sus horas de triunfo.

Vosotras, bellas y gentiles princesas de Nivaria, representáis en esta noche a la patria tinerfeña, que se entrega en el milagro de una eterna primavera y en la fecundidad de sus tierras dadivosas.

Vuestra juventud os hace dueñas del porvenir. Procurad que sea como el pretérito que festejamos: rudo para la lucha, blando para el amor y diligente para el bien.

Septiembre de 1919

ATLANTE

Deberes de cortesía y exigencias del cargo me colocan —señoras y señores— en este sitio, obligándome, con harto pesar por parte mía, a retener, aunque sólo sea por breves momentos, vuestra natural impaciencia por oír a quienes, con el prestigio de una limpia estirpe literaria, os van a ofrecer las más puras esencias de nuestro sentimiento regional, de ese algo que va dentro de nosotros como un mandato, como una exaltada vehemencia religiosa por la tierra donde nacimos y donde los nuestros duermen eternamente. ¡Tierra adherida a nuestro ser por el recuerdo y por las cenizas sacrosantas de los muertos bienamados!

Una vez más queremos, por lo tanto, exteriorizar nuestro amor a la región que nos dio vida, y nuestro amor a España, a nuestra España, que nos dio la levadura de su espíritu, la reciedumbre de su brazo y también la flor de su alma en la rica y señorial lengua de Castilla, vínculo de oro que une a los hombres en una misma idealidad, en una misma aspiración.

Con ésta de Atlante, el Ateneo de La Laguna cierra el ciclo de fiestas regionales que, año tras año, hemos venido celebrando y con las que iniciamos una política de paz y de unión entre las islas de nuestro Archipiélago, enaltecendo los más arraigados valores del pueblo canario y fomentando el amor a nuestra historia, a nuestra tradición y a estas rocas que, convulsionadas por la trágica agonía de un inmenso continente, quedaron en medio del Océano para eterna memoria de la Atlántida. Hoy estas rocas, estas islas se unen en íntimo y cordial abrazo para confirmación de que la fraternidad isleña tiene sus raíces en el origen mismo de su existencia y en las pulsaciones de su propia vida.

Podrán recelos de un instante, podrán rivalidades de un momento separarlas, distanciarlas, encontrarlas acaso; pero contad que hay en ellas siempre un latido más fuerte que estas bajas pasiones, un latido que hace que, conmovidas, se busquen para revivir en las zonas del sentimiento y de la poesía.

En nuestras anteriores solemnidades literarias el Ateneo ha rendido culto fervoroso a la tierra y a la raza, a esta tierra pródiga y fecunda que se entrega en la dádiva maternal de sus frutos y a la raza extinta, cuya nobleza, recia y heroica, es para nosotros una lección de ciudadanía. Para completar nuestra labor de puro regionalismo, tributamos homenaje al mar Atlántico, complemento de nuestra personalidad geográfica.

Al mar que baña las Islas y les lleva el mensaje de un amor renovado cotidianamente; al mar que las ciñe voluptuoso, como un monstruo avaro de su presa, como un dios ebrio de luz y de armonía; al mar que se extiende frente a nosotros como una promesa de liberación, como una ruta abierta al porvenir, como una arteria que prolonga las palpitations de la entraña isleña y recoge las palpitations del mundo para acoplarnos al ritmo de una humanidad que, desorientada, falta de una voz profética, quiere ascender a las cumbres del ideal.

Es ésta, pues, la Fiesta del Mar, del «mar nuestro», algo así como los esponsales paganos del Atlántico con las Hespérides.

Bien merecen estas nupcias el epitalamio de nuestros esclarecidos poetas y el incienso votivo de nuestra ofrenda insular.

En esta noche el mito adquiere fuerza de realidad en el encanto de una magnífica visión. He aquí las Pléyades, tan bellas y juveniles como las de la leyenda homérica. Las ampara el Teide, en cuyo seno pétreo se agita el Titán que tuvo la audacia de indagar el misterio de las constelaciones y pretende aún, en su soberbia, escalar el cielo y robar siete estrellas para adorno de su regio manto de armiño. Es Atlante que quiere rasgar la bóveda celeste con su mano de fuego para descifrar el arcano y poseer el secreto del universo.

Viejo Atlante: si tus costillas crujen ya bajo el peso del mundo, ¿por qué quieres aumentar tu carga con el peso de esa verdad infinita?

Tiene esta fiesta un alcance, una trascendencia que no lograron las anteriores y que hace que la labor del Ateneo sea consagrada en esta noche con la realización de sus más caros ideales.

Gran Canaria y Tenerife —dolor da decirlo— han estado siempre distanciadas por obra de una política tan falta de contenido ideológico como sobrada de odiosidades, de una vieja política que, lo mismo aquí que allá, compendió todo su programa en desunir lo que la naturaleza había hermanado, en forjar la bastarda leyenda de nuestras malquerencias, en abrir un abismo que impidiera todo enlace, toda relación, en levantar una muralla que imposibilitara el romántico asalto de los soñadores. Pero la idea pudo más que la pasión. El amor venció al odio. Derrumbamos la muralla y sobre el abismo tendimos un puente florido por donde entró triunfal en nuestra casa la hermana ausente. Vino a nosotros como una ideal visión, como un ensueño.

Gran Canaria está hoy en Tenerife, dentro de Tenerife, en el corazón mismo de Tenerife. La representa, por egregias prerrogativas de su belleza y de su espíritu, Pepita Ramírez de la Torre, quien une a su elegancia y exquisita distinción el prestigio de una de las familias más ilustres en la intelectualidad canaria.

Como homenaje devoto y galante, deshojemos a sus pies las más bellas y pulidas rosas de los campos tenerfeños.

Y para que esta compenetración espiritual entre las dos hermanas mayores sea plena y definitiva, Tomás Morales, el gran poeta, el excelso poeta de fastuosas rimas y vigoroso pensamiento, verbo hecho luz y armonía de la tierra canaria, trae a Tenerife la ofrenda de sus versos, que son para nosotros una lírica lumbrarada en estas horas de dulces e intensas emociones. Ningún poeta español ha tenido una visión tan amplia del mar como Tomás Morales. Sus poemas atlánticos alcanzan una elevación de pensamiento que, para buscarles pareja, habríamos de recurrir a otro poeta isleño, al inglés Shelléy, en sus cantos marinos. Hay en sus composiciones un ritmo wagneriano, una majestad de marcha heroica. Es una poesía sustantiva. La imagen encuadra con precisión insuperable; el término es siempre exacto; el vocablo queda acuñado en la oración en tal forma, que la estrofa adquiere una solidez de bronce, de un bronce musical que repercute triunfalmente. Al tratar temas de su predilección, tal como su *Himno al Volcán*, adquiere un vuelo aquilino, remonta las cumbres más altas y contempla, desde arriba, al hombre y a la naturaleza. Penetra en la esencia misma de las cosas y con un sentido pagano pulsa la lira. ¿Es Helios? ¿Es Pan? Su espíritu domina las tormentas, domina las pasiones, y la obra surge con una palpitación

interna que, desbordada, adquiere vida carnal. Hay en su verbo belleza y fuerza. La tierra y el mar se tornan resplandecientes y se hace el milagro de la Poesía.

Ved, pues, cómo lo que los hombres con sus luchas y antagonismos separaron, la mujer y la poesía unen en un estrecho lazo que anuda en la conciencia misma de la región canaria y nos torna más comprensivos y más progresivos también.

Vosotras, que simbolizáis a la tierra, que ostentáis la más alta representación: la de nuestro Archipiélago, cuidad que la discordia no vuelva de nuevo a ensombrecer la cordialidad isleña. ¡Redimid, por Dios, a nuestros hijos de esa fatal herencia, de ese tributo doloroso; hacedles saber que todos los canarios estamos formados del mismo barro y de la misma sangre! Ésa es vuestra obra. Para realizarla contáis con la fuerza de vuestra belleza y la energía de vuestra juventud. La vida hoy tiene para vosotras el perfume de una mañana primaveral, en vuestras almas se agita el enjambre bullicioso de las ilusiones, y es tal vuestra gracia y hermosura, que se diría que sois aquellas siete estrellas que el viejo Atlante arrancó del cielo para que en esta noche nos guiaran por el camino del porvenir, de la justicia y del amor.

Septiembre de 1920

ASAMBLEA TENERFEÑA

Si queremos que este acto signifique algo, si pretendemos que esta Asamblea tenga alguna trascendencia en la vida política de Tenerife, precisa —señores asambleístas— que pongamos en nuestras palabras no sólo la mesura y el respeto necesarios a toda deliberación pública, sino también la sinceridad que las circunstancias demandan, para que, de este modo, el pensamiento se exteriorice libre de prejuicios, como corresponde a quienes, en la hora del peligro, están más atentos a buscar el remedio que a señalar los orígenes del mal; más atentos a la orientación futura que a revolver el pasado para depurar responsabilidades y ejercitar represalias que a nada práctico han de conducir.

Tenemos que defendernos de los enemigos de fuera y de los enemigos de dentro, ha dicho el Sr. Rodríguez Figueroa con mucha elocuencia, y con mucha intención por cierto. Y yo añado: para que la defensa sea eficaz hemos de unificar todas las fuerzas en un mismo sentimiento y en una misma aspiración. No

nós destruyamos corroídos por nuestras pasiones frente a un enemigo preparado, unificado y poderoso. Vayamos a la rectificación que propone el Sr. Rodríguez Figueroa; pero, ¡por Dios!, no nos enzarcemos en una contienda interna y familiar.

Hay que cambiar de rumbos, han dicho casi todos los oradores que me han precedido en el uso de la palabra. Conforme. Hay que cambiar de política, o mejor dicho, hay que hacer una política de amor a la tierra; una política en contacto con la opinión, que recoja las palpitaciones del país y no suene a hueco, sino que tenga un contenido que la purifique, un programa que señale la ruta, para saber a dónde vamos, para ver si marchamos por un camino recto o nos desviamos, de nuevo, por los mil vericuetos que nos han llevado a este desastre, que hoy lamentamos. Fracasada la política de gabinete, hay que hacerla, en lo sucesivo, a plena luz. No esperar a estos momentos de angustia y desorientación para comunicarse con la colectividad que, al fin y al cabo, es la que tiene una mayor clarividencia y un instinto más exacto de las realidades.

Partidos que sólo estén pendientes del norte de los gobiernos y en los que se mezclen y confundan hombres de las más opuestas tendencias y de las ideas más antagónicas, como aquí sucede, no pueden realizar la obra que el país reclama. Y no la pueden realizar, porque no inspiran fe a la multitud ni cuentan

con la adhesión de las minorías seleccionadas. Por ello nosotros, los encargados de redactar el dictamen que ahora se discute, sobre el plan político que debe seguir Tenerife en lo futuro, entendemos que, toda vez que la configuración de nuestra política imposibilita la creación de un partido único, con médula y nervio regional —lo que propagamos como la tendencia más conveniente—, debemos ir a la reorganización de fuerzas de opinión que acoplen con las nacionales, pero que se desenvuelvan autonómicamente, sin maridajes ni confusiones, para que puedan decir a sus jefes nacionales que están a su lado, siempre y cuando en nuestros problemas provinciales nos garanticen estar compenetrados con nuestras legítimas aspiraciones, impidiendo que los asuntos canarios se resuelvan por sorpresa y a espaldas de nuestros representantes en Cortes, pues desde el momento que así sucediera quedaría rota toda disciplina, anteponiendo a los intereses políticos los intereses de Tenerife, para nosotros más sagrados que los de los partidos.

Creemos firmemente que compenetrados con este sentir nuestro se encuentran cuántos actúan hoy en la política tinerfeña, y que esta orientación será recogida y aceptada, si no como una panacea, al menos como una solución decorosa. Renovarse o morir. O una política amplia, ennoblecida por un ideal, o la muerte de nuestros partidos para que, de la bancarrota de todos nuestros valores políticos, surja una fuerza nueva que

nos permita vislumbrar un porvenir más fecundo y progresivo.

Pero no sólo —señores— hemos de renovar nuestra política, transformándola, sino que también hemos de cambiar la psicología de este pueblo, su modo de ser, de vivir y de comerciar, si queremos que ostente plenamente la capitalidad de Canarias.

No hay que echar todas las culpas de nuestros desastres a los directores políticos...

(¡No os alborotéis! Tened calma y oidme... Ni vuestros gritos ni vuestros silbos me harán enmudecer... Mal sistema empleáis. Aplaudís lo que halaga vuestras pasiones y, en cambio, pretendéis ahogar la voz que os señala vuestras culpas... ¡Y esto es una asamblea deliberante! ¡Escuchad y luego gritad cuánto queráis...!)

Serenados ya vuestros nervios, os repito: no hay que echar las culpas todas de nuestros desastres a los directores políticos ni a los adversarios que, en suma, buscan su engrandecimiento. Eso es siempre lo más simple, lo más cómodo, pero no lo más justo. Hay que declararnos responsables nosotros, todos nosotros, ya que no sabemos encauzar nuestro interés por Tenerife de modo que la Isla se transforme por el impulso de este mismo amor. El verdadero patriotismo no estriba en proclamarlo, sino en practicarlo, y en practicarlo cada uno desde su medio, desde su esfera, con la vehemencia y con la constancia que requieren los grandes sentimientos.

Me adelanto a la suspicacia santacrucera manifestando que amo a Tenerife con todos los impulsos de mi ser, y que la amo en toda su amplitud, sin exclusivismos de localidad. Entiendo, y lo proclamo desde esta tribuna, que del engrandecimiento de la Capital depende el engrandecimiento de la Isla, que de su reflexión, porque ella es la cabeza, depende la cordura de los demás pueblos. Y por creerlo así tengo que decir, para ser sincero conmigo y con quienes me escuchan —aunque se vuelvan a alterar vuestros nervios—, que de los males de Santa Cruz el primer culpable es Santa Cruz mismo.

Los culpables sois vosotros, todos vosotros, los hijos de este pueblo, tan simpático y tan generoso, y sois culpables, porque le abandonáis, porque no le habéis sacado de su pereza, porque mientras en Las Palmas —la ciudad rival— un vértigo de construcciones y de engrandecimientos la transforman y convierten en una urbe moderna, bulliciosa y progresiva, nuestra capital permanece estancada, dormida, pidiendo a gritos que sus edificios se renueven, que sus calles se ensanchen, que se abran sus avenidas y que una voluntad poderosa inicie una era de trabajo y prosperidad pública.

Ved nuestro puerto —¡dolor da mirarlo!—, vedlo raquítico, empequeñecido . . . Apenas si parece un brazo que se alarga hacia el Atlántico pidiendo clemencia. Año tras año, promesa tras promesa, y el brazo siempre implorante, como si todas las concupiscencias de

estas últimas generaciones le impidieran ser una arteria viva. Una arteria que se expansionara, impaciente por ofrecerse al tráfico y al comercio marítimos, fuente y garantía de nuestra riqueza.

Y si del puerto, que es la llave de nuestra prosperidad, pasamos a sus servicios, veremos cómo en ellos impera el mayor desorden y la mayor dejación de nuestros intereses portuarios. Yo he leído en periódicos de esta capital, y no hace de ello mucho tiempo, que aquí, en nuestra casa, el capitán de un barco, con su marinería, tuvo que repeler a tiros el asalto de una pandilla de rateros. He leído también, y me lo han confirmado personas de estas cosas bien informadas, que varias líneas de vapores han suspendido sus escalas en nuestro puerto por las deficiencias de sus servicios. Y sé también que se han dejado de establecer en esta plaza importantes entidades carboneras por no ponerse aún de acuerdo las autoridades locales en el sitio en que habían de instalarse los almacenes. Esto es algo así como cerrar las puertas de la ciudad a cuanto significa desarrollo y progreso de nuestras actividades comerciales. Y cuando estas cosas suceden y se dicen y se comentan y se escriben, pretendemos tener un puerto que compita con el de Las Palmas.

Nos cruzamos de brazos ante los problemas vitales de nuestro país y después levantamos un temporal porque en el Puerto de la Luz se haya establecido una Comandancia de Marina. Bien está que defendamos

la intangibilidad de nuestros organismos, nuestras prerrogativas seculares; pero no hay que desproporcionar los hechos, agrandando y deformando los pequeños sucesos y cerrando los ojos ante las cosas grandes y trascendentales de Tenerife. Dejémonos de cominerías de tipo personalista y vayamos a lo que importa, que hay mucho por hacer, no sólo en el orden político, sino en el orden social, para poder sostener una competencia en la que, hasta ahora, llevamos la peor parte.

Y si de la cosa política paso a la cosa comercial, yo no puedo callar que mientras muchos de nuestros comerciantes se nutran del comercio de Las Palmas, Tenerife estará en un plano de inferioridad en la contienda entablada. No olvidéis que el comercio es la más importante manifestación de la vitalidad de un pueblo. Hay que ir a la competencia, a la emulación, en un deseo de crecer, de superar. Hay que tener mercados propios y proveedores propios y no ser, como ahora sucede, una dependencia mercantil de Gran Canaria. Tenemos que trabajar por el engrandecimiento de la capital y hay que exteriorizar nuestro empeño en ello, no con la patriotería que sólo se exhibe en momentos de algazara; no con esas manifestaciones que, aunque bien nacidas, degeneran pronto en alborotos callejeros, sino con el patriotismo firme y sereno que labora en la obra colectiva con una buena voluntad, con un propósito limpio, con el anhelo sacrosanto de engrandecer a nuestra isla y a nuestra capital.

Las realidades mandan, y es la realidad la que nos dice que la obra a realizar es de todos: obra de ciudadanos, obra de comerciantes, obra de políticos.

Si sólo se operase el cambio en una zona de la vida pública, la renovación sería incompleta y Tenerife habría avanzado seguramente un paso, pero no se habría salvado. Hay que hacer una rectificación de conjunto, de totalidad, para poder encararnos dignamente con el porvenir.

Otro de los males de nuestra isla —y yo pido que se me disculpen mis manifestaciones en gracia a la buena intención que las anima—, otro de los males de nuestra isla, y muy especialmente de esta capital, es que, desde algún tiempo a esta parte, a nuestras Corporaciones, a nuestros Organismos oficiales no van los que deben ir, sino los elementos acomodaticios que quieren ir. Así vemos cómo la administración pública no está en las manos más capacitadas sino en las más osadas. Yo no soy de los que creen que en Tenerife no hay hombres, sino que Tenerife destruye a sus hombres, al contrario de Las Palmas, que los fomenta con calor de adhesión, preparándolos para las grandes empresas. Busquemos nuestros hombres allí donde se encuentren, sin exclusivismos partidistas. Llevemos a los Municipios, a la Diputación, a los Cabildos y a la Junta de Obras del Puerto los más prestigiosos, los mejos preparados y los más útiles. Si en estos momentos impera el egoísmo y la indiferencia, contad,

entonces, que merecemos lo que nos está sucediendo. Si hay arrepentimiento, que haya también propósito de enmienda. Si no, cada uno con sus pecados y Tenerife purgando la pereza y la desidia de sus hijos, en espera de que otras generaciones más conscientes y activas la rediman de esta pequeñez en que hoy, por culpa nuestra, se consume.

En cuanto al problema provincial, no he de negar que yo, desde mi modesta posición, he abogado por la paz insular, y que entendía y sigo entendiendo que la minoría canaria en Cortes, con un plan común a realizar, sería una fuerza bienhechora para el Archipiélago, siempre que se inspirase en un elevado espíritu de equidad y de amor a la tierra. En lucha las dos islas, he creído, por lo contrario —los sucesos me afirman en mi creencia—, que las fuerzas representativas de Las Palmas son superiores a las nuestras y, en esas condiciones, no habríamos de salir victoriosos en la contienda. Frente a un diputado improvisado ponen ellos una reputación madura; frente a un cunero anónimo colocan ellos el prestigio de un hijo del país; frente a un bailarín político colocan ellos una personalidad firme y consecuente. En estas condiciones de inferioridad parlamentaria, sostengo que, en interés de Tenerife, conviene modificar nuestro sistema político, creando un exponente canario, fuerte y unificado, en el Parlamento.

Ahora bien: como no se puede sostener por la

fuerza lo que el espíritu no une, si Las Palmas no quiere depender en sus funciones administrativas de nosotros, tampoco puede pretender, consecuente con su teoría de independencia, que Tenerife dependa de ella en la más sagrada función de la justicia. Y en nombre de la justicia y de la independencia que ella invoca, nosotros, conformes con lo expuesto por el Sr. Orozco, debemos pedir, debemos recabar con entereza la Sala de lo Civil de la Audiencia, para compensar los daños que tan inicua mente se nos vienen profiriendo en las raíces mismas de los sentimientos más íntimos y puros del pueblo tinerfeño.

(Agradezco esos aplausos vuestros, tan entusiastas y exaltados ahora, y os los agradezco no por lo que tienen de lisonjeros, sino porque rectifican vuestros sentimientos para mi modesta persona.)

Si queremos hacer algo efectivo y real por nuestra isla, no gastemos las energías en destruir, sino en construir, ¡y démonos prisa en la tarea, que vamos muy rezagados!

Para ser dignos de nosotros mismos y de nuestros hijos, pongamos en la reconstrucción todo el vigor de nuestros brazos y todo el entusiasmo de nuestras almas.

Diciembre de 1921

POLÍTICA UNIVERSITARIA

Siglo y medio de existencia cumple hoy la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife. Larga vida en verdad —señoras y señores—; por ello ha querido su Director subrayar la efemérides con esta brillante velada literaria.

Ha hecho bien el culto y caballeroso amigo don Rosendo Mauriz en festejar el suceso, no sólo por lo que tiene de halagüeño para los de la Casa, sino también porque es una forma de hacer revisión de la labor de nuestra Económica, perfectamente historiada al comienzo de este acto por el Secretario general don Diego Jiménez de Cisneros.

Sociedad instituida para la defensa de los intereses morales y materiales de nuestro país, a ella corresponde, ciertamente, recoger plácemes por los progresos realizados en estos ciento cincuenta años; pero también le cabe, en idéntica proporción, la responsabilidad por el retraso en que nuestra isla ha vivido gran parte de ese tiempo.

Lo que era la Económica

No se me esconde que las Económicas de hoy —como indica en su notable *Memoria* el Sr. Darías— no tienen todo aquel valor legal, todo aquel contenido oficial que les dio su fundador Carlos III, en cuya época eran órganos vivos y activos del Estado español; pero al menos debieron seguir siendo las avanzadas iniciadoras y reguladoras de las actividades nacionales. Por lo que a la nuestra toca —ya lo dice con sugeridora emoción el ilustre Deán Sr. González Medina en las bellas cuartillas con que nos acaba de deleitar—, por lo que a la nuestra toca, debió de vivir más en contacto con el pueblo, debió de vivir en una compenetración de aspiraciones tinerfeñas, encauzando las energías y fomentando el desarrollo de nuestra riqueza y de nuestra cultura; no anquilosarse en el recogimiento monacal en que permaneció largos años, asemejándose más a un senado fosilizado que a una asamblea de hombres activos y despiertos, ya que su intervención pública no pasaba del estudio reposado y meditado de algún que otro proyecto sin efectividad social ni posibilidad económica. Encerrada en un medio reducido, ni supo recoger ni pudo defender la demanda isleña. Cuando se asomaba a las ventanas del panorama regional, impulsada por un sentimiento atávico, volvía los ojos al pasado, en vez de encararse con los amplios horizontes del porvenir, y si afrontaba alguna cuestión de interés

para nuestra tierra, en vez de impulsar, retenía las mejores y más fecundas iniciativas. ¡Así ha sido de lento el desarrollo insular, necesitado siempre de un impulsor energético y decidido!

Vida contemplativa

Hemos vivido muchos años en la contemplación de nuestros bellos paisajes, con los brazos cruzados y la voluntad en reposo, y, en desquite, debemos, al iniciarse este movimiento constructivo, impaciente y audaz, alentarlo con todos nuestros entusiasmos, entregándonos de hecho a cuánto implique avance, sin dejar que se malogre ninguna iniciativa, procurando por todos los medios que la acción corporativa, que la acción municipal, no siga rezagada tras el impulso particular, sino que se adelante y convierta en el verdadero guía del progreso tinerfeño, allanando obstáculos, proporcionando elementos, fomentando la transformación de nuestros campos y de nuestras ciudades. ¡Edificando, edificando constantemente sobre el suelo y sobre el espíritu tinerfeño!

Por ello nos complace ver que la Económica, penetrada de estos problemas, encamina hoy su gestión por nuevos senderos; busca la opinión pública, se pone, por medio de actos tan simpáticos como éste, en comunicación con el pensamiento lagunero y vigoriza

su programa con un ideario más en armonía con los tiempos modernos.

Ahora mismo, con motivo de la reciente visita ministerial, ha formulado una petición tan justa, de tal amplitud y de un sentido tan general y elevado, que no ha podido menos de impresionar noblemente al gobernante. Por encima de estrechos localismos vio la región canaria tal como es, en toda su extensión, sin límites egoístas; tal y como la región debe presentarse ante los poderes públicos: unida en pensamiento y en sentimiento. Ésa es la verdadera obra de nuestra Económica: oponerse a las rivalidades imperantes para ir jalonando el porvenir del Archipiélago.

La orientación presente

Así como nos hemos lamentado de la pasividad pasada, falta de ideología y dinamismo, hemos de aplaudir la orientación presente. La Económica trabaja hoy por el engrandecimiento de nuestra tierra sin prejuicios de ninguna clase, y esta orientación, justo es reconocerlo, la inició su anterior presidente don Mateo Alonso del Castillo, un gran lagunero, amante como ninguno de su pueblo. Orientación que consagra la junta que tan dignamente preside el Sr. Mauriz, con una verdadera actuación ciudadana. Organismo que se encastilla en un sector determinado será siempre

un organismo muerto; organismo que se aferra a un criterio único no hará obra perdurable. Hay que abrir todas las puertas de la Casa y recoger todas las palpitations para formar con ella el ideal colectivo que es, al fin y al cabo, el que dignifica las luchas y ennoblece las pasiones.

Y a eso hemos de ir nosotros y a eso ha de ir La Laguna: a tener un ideal; a tener una aspiración grande; a tener un anhelo permanente, de cosa eterna. Los pueblos que carecen de un estímulo serio, los pueblos que no tienen arraigado un deseo, los pueblos que no dedican cada día un pensamiento y una buena obra a la realización de sus ideales, terminan por anularse. Malgastan sus esfuerzos en las exigencias del momento, en menudencias y cominerías, sin tener reservas para afrontar una obra grande, de futuro; una obra engendradora de nuevas obras y de nuevas aspiraciones.

La falta de un ideal

Y volviendo a lo nuestro, a nuestra ciudad, ¿cuál es, hoy por hoy, su aspiración? ¿Qué estímulo ha cuajado en su espíritu? ¿Qué ideal, en definitiva, es el suyo? Yo sinceramente tengo que decir que no lo columbro por ninguna parte, ni en el sentimiento popular ni en la mente de sus hombres representativos. Es doloroso confesarlo, pero es una realidad que se

impone. La Laguna está dormida, ausente de sus deberes. Si algún impulso la sacude, viene de fuera; pero de aquí, de nuestro interior, no surge nada. No hay vibración ciudadana, y todos, ¡todos!, nos dejamos tocar de esta indiferencia por la cosa pública. No se me oculta que el momento no es acogedor para ciertas actuaciones; pero al margen de ellas hay que impulsar el progreso lagunero y remozar los prestigios de nuestra vieja ciudad. Para ello yo no veo otro camino que crear nuestro ideal, filtrarlo con el zumo de nuestra propia personalidad en todos los pechos y que prenda en la conciencia misma del pueblo y sea como un mandamiento, como un evangelio.

La Ciudad Universitaria

Y ese ideal —me voy a permitir ampliar lo expuesto por don Leocadio Machado con esa serena elocuencia suya—, ese ideal no puede ser otro que hacer de La Laguna la Ciudad Universitaria, pero no una entelequia de Ciudad Universitaria, sino una realidad que acalle, de una vez para siempre, el clamor de quienes, oportuna o inoportunamente, ponen al descubierto, con el más sombrío pesimismo, los defectos de nuestras instituciones culturales.

En estos días precisamente, y como consecuencia de la visita del Ministro de Gracia y Justicia a nuestros

centros de enseñanza, la opinión se ha inquietado, temiendo que la Universidad corriera algún peligro. Se han comentado —con excesivo apasionamiento acaso— ciertas actitudes y ciertas expresiones, y lo que debió de tratarse en un terreno elevado, en defensa sólo de los intereses universitarios, degeneró desagradablemente en una polémica personal; discusión que, en vez de aclarar, de concretar, enmarañó los hechos, deformándolos de tal modo, que ya nadie sabe lo que se persigue ni lo que se aconseja. Quiero, pues, en lo que voy a decir, colocarme lo más lejos posible de esa pasada contienda periodística.

Las causas del mal

Buscando la raíz del mal he de señalar las causas que, a mi modesto entender, determinan una situación de inestabilidad a la Universidad. Estas causas son: la falta de profesores y la política últimamente desarrollada en aquella Casa, que la presenta abandonada, desamparada y, lo que es peor, divorciada del País.

La falta de profesores numerarios obedece a que, para todo catedrático, el venir a Canarias, tan alejada de la Península, implica una contrariedad. Contrariedad aumentada, hemos de confesarlo, por no existir entre nosotros un ambiente adecuado para quienes se

especializan en determinadas disciplinas universitarias; contrariedad aumentada por la carestía de la vida y la pequeña retribución que perciben. No olvidemos que hasta el último presupuesto eran los únicos funcionarios que no percibían derechos de residencia. Estas causas justifican el desvío con que los catedráticos miran a la Universidad de La Laguna. Si encuentran hueco en las de la Península, no vienen a llenar los vacíos de la nuestra, y, si vienen, se consideran como desterrados y solicitan impacientes todas las vacantes que aparecen en la «Gaceta».

Por otra parte los interinos, tan vinculados muchos de ellos a la Universidad, a cuya fundación contribuyeron eficazmente, la han abandonado en su mayor parte. Yo no sé por qué causa, o si la sé no es éste el momento indicado para exponerla. Lo cierto es que se fueron y nada se hizo por retenerlos. A ellos —hay que rendirles este homenaje— no les movía un interés económico; les movía un interés patriótico, que no se quiso o no se pudo apreciar, y hubo que prescindir de quienes durante tantos años venían realizando, con la mayor generosidad, una fecunda labor en aquellas aulas. Y no se me diga que los frutos fueron malos, porque puedo citar alumnos procedentes de esta Universidad que en reñidas oposiciones a diferentes cuerpos del Estado han obtenido los primeros números, y otros que, a pesar de su juventud, ejercen la profesión con mucho crédito y decoro.

El profesorado interino suplía las ausencias de los propietarios, identificándose en las faenas docentes con tal entusiasmo, que yo no puedo menos de recordar el interesante curso de conferencias jurídicas de 1925, en que se puso de manifiesto una noble inquietud intelectual entre profesores y alumnos. Entonces sólo existía un catedrático numerario, el Sr. Orúe.

Complétese el Claustro con numerarios o con interinos que cumplan sus deberes con la necesaria competencia y con fervor de maestros, y demos tiempo al tiempo. La Universidad está todavía en periodo de formación. Asegurarla es deber de todos. Dignificarla es el propósito —no lo dudéis— de cuantos en Canarias nos interesamos por las cosas del espíritu.

Si de la misma Universidad salen voces diciendo que el País no se interesa por ella, que las corporaciones insulares y locales nada hacen por ella, que a su alrededor hay un manifiesto despego, que los elementos directivos de la Isla sólo se preocupan de las cosas materiales y vuelven la espalda a las espirituales... Si estas voces quedan dentro del País, si tienen por finalidad sacudir a nuestras corporaciones para que fijen su atención en la Universidad, ¡muy bien!; pero si salen de nuestra esfera, si llegan a los oídos de los gobernantes, ¡muy mal! Muy mal, porque lógicamente dirá el gobierno: si Canarias no quiere su Universidad, si Canarias no se interesa por su Universidad, ¿por qué he de pagársela?

Y ése es el peligro que vio La Laguna y ése es el peligro que hemos de atajar. Que no sospechen los ministros —como han dejado traslucir— que la Universidad obedece a una aspiración romántica, sino que la Universidad obedece a una necesidad imperante en nuestra tierra. Abandónense, por lo tanto, procedimientos y expresiones que en una continuada repetición ponen en riesgo la vida de la Universidad, lesionando con ello nuestros más caros intereses.

Las causas señaladas emanan de la misma Universidad y a ella corresponde buscarles remedio. Y confío en que, dados los buenos propósitos de todos, pronto habrán de encontrarlo.

Pero hay otras causas que nos atañen a nosotros y más concretamente al municipio de La Laguna, y son éstas las que conviene fijar aquí, en este salón consistorial.

Cierto que la Universidad tiene un carácter provincial; cierto que a todas las islas alcanzan sus beneficios y que todas debieran, en reciprocidad, velar por sus prestigios, a costa aun de algún sacrificio económico; pero ya sabemos cómo son estas cosas. Si esperamos que de las otras islas nos venga el auxilio, nunca saldrá de la precaria situación en que se encuentra. Así es que, colocándonos dentro de las realidades, a la Universidad hay que redimirla con el esfuerzo de La Laguna, que es a quien más directamente interesa.

Pues qué, ¿no habéis pensado en la enorme importancia que este Centro tiene para La Laguna? ¿No os habéis parado a meditar cómo descendería la categoría social de esta ciudad, si se suprimiera? No sólo descendería su jerarquía docente, sino su misma importancia como población. ¿Acaso no ha aumentado la población por y para la Universidad? ¿No tenemos un importante núcleo de familias venidas aquí, al calor de la Universidad?

La Laguna, capital universitaria hoy del Archipiélago canario, no se ha penetrado aún de la responsabilidad de esta hegemonía del espíritu. Ninguno de los problemas que de ella emanan se han afrontado. El suceso más trascendental en la historia de nuestra ciudad se mira con indiferencia. Ni la acción municipal, ni la acción ciudadana hacen nada para arraigar en tierra isleña esta nueva capitalidad, la de mayor jurisdicción entre nosotros, la de más amplio contenido. Capitalidad creadora de cultura, de generaciones...

La Laguna está dormida, tiene el alma en pereza y —¡lo que es peor!—, como todos los indolentes, ya no se apasiona por nada. Sin embargo está en sus manos el porvenir de sus hijos, el de Tenerife acaso...

De lo hondo sube un clamor. Hay una política universitaria a realizar y, pasiva e incomprensiva, se cruza de brazos. ¡Que los abra para crucificarla si no sabe defender su porvenir!

Esponjamos nuestra vanidad ciudadana, siempre que hablamos de la capitalidad docente del Archipiélago. ¿Y qué hacemos para merecerla? ¿Qué política universitaria han realizado los mandatarios de La Laguna dentro del Cabildo? En mis tiempos de consejero, el propósito de dotar a la Universidad de un edificio estaba en marcha. No tengo por qué callar que no era yo ajeno a ello. Como cuestión previa se discutía si convendría más a los intereses de esta ciudad adquirir una casa histórica o edificarla de nueva planta. Yo patrocinaba esta última proposición. Pero, en fin, éstas son cosas pasadas; lo que conviene ahora es buscar urgentemente soluciones al problema.

El edificio de la Universidad

La Universidad pide a gritos un local decoroso, y las únicas entidades que han de proporcionárselo —dada la sórdida resistencia del Estado— son el Cabildo y el Ayuntamiento. No ignoro que el Cabildo está recargado con muchas obras, que sobre su hacienda pesan muchas obligaciones; pero su gran prestigio es causa de que, apenas surge una iniciativa de importancia en Tenerife, todos volvamos la vista a la Corporación Insular. Pero ésta es, como decía, una idea vieja, y quiero hacerme la ilusión que se habría de recoger con simpatía. Ponga La Laguna también lo suyo. Yo

voy a lanzar una idea que seguramente allanaría el camino. Frente a esta casa, en la misma plaza del Adelantado —sitio por su recogimiento propicio para el estudio— hay un solar, el más indicado para este fin. Adquiéralo el Ayuntamiento que, dada la alta significación social y económica de su dueño, facilidades habría de encontrar para realizar la operación. Todo sería cosa de armonizar intereses. Municipalícese el solar, ofrézcasele luego al Cabildo para que construya el Palacio Universitario y comenzaríamos a dar vida al ideal de que hablaba en un principio.

Y no olvidemos en esta revisión a otro Centro de enseñanza que ha abierto a las modestas juventudes estudiosas un ancho campo, Centro cuya importancia crece de día en día y en el que se realiza una gran labor cultural y social. Estoy aludiendo a la Escuela Normal. De viejo clama por una casa acondicionada a su importante misión. Proporcionar a estos dos Centros locales dignos es enaltecerlos y afirmarlos.

Los altos intereses de esta vieja ciudad de los Adelantados así lo exigen. Abramos los oídos y el corazón a tan justos requerimientos.

Para reivindicar el tiempo perdido y hacemos perdonar las pasadas culpas, hagamos política docente, y, compenetrados todos en tan noble aspiración, demos sangre y espíritu al ideal lagunero: la Universidad.

Febrero de 1927

UNA VOZ DE ALERTA

Cumplo hoy el compromiso, para mí muy halagüeño —señoras y señores—, de ocupar esta tribuna, desde la que el Liceo de Taoro pretende remover el espíritu orotavense, infiltrándole un sentimiento progresivo y fijando normas para el desarrollo de sus actividades ciudadanas.

Mi querido amigo, el batallador presidente de esta sociedad don Agustín Santos, me tenía requerido para esta conferencia, en términos tan cariñosos y lisonjeros, que yo no he sabido ni he podido negarme a su cordial demanda, aun a trueque de defraudar vuestra atención, ya que con vuestra benevolencia, tan cortés y hospitalaria, contaba de antemano.

Quisiera en esta noche abordar un tema vivo, de interés tinerfeño, en el que se apuntaran algunos aspectos de nuestros problemas insulares y se concretara la misión de La Orotava en la futura estructuración política de nuestro país. Ahora que la nación, después de seis años de dictadura, comienza a recobrar su

libertad por los caminos de la soberanía popular y del derecho, no es cosa de que aquí, donde hay que prepararlo todo en ese sentido, no aprovechemos las ocasiones de estar en contacto con la opinión pública para cambiar impresiones acerca del porvenir, tomando un derrotero que nos aleje del pasado y nos ponga en comunicación con las realidades del mañana.

Luchas económicas y luchas de clases

No se puede enfocar hoy ningún problema político, por muy modesto que sea y aun concretado, como en el caso presente, a un pequeño sector, sin tener en cuenta los fenómenos producidos en el mundo después de la Gran Guerra y, de una manera particularísima, la Revolución Rusa. Antes de 1914 los hombres se dividían y apasionaban por diversas ideas, la mayor parte de ellas de carácter sentimental: matices políticos, creencias religiosas, manifestaciones raciales, sentido histórico, primacía espiritual . . . ; pero hoy las luchas se han concretado a dos factores: luchas económicas y luchas de clases. Son estas luchas las más desagradables, porque se encaran codicia contra codicia, odio contra odio. Los pueblos prudentes, aquellos que han llegado a un más alto grado de cultura, contienen estas luchas, inspirándose en un sentido jurídico, dando paso a las iniciativas reivindicadoras, llamando a la

gobernación del Estado a los partidos de oposición extrema. Ejemplos: Inglaterra, Francia, Bélgica, los Países Escandinavos. En estos pueblos los cambios más trascendentales se realizan por evolución, lentamente, sin convulsiones sangrientas. En los que, por el contrario, se encastillan en sus viejas posiciones y cierran las ventanas y atrancan las puertas para no percibir ningún ruido del exterior, haciéndose la ilusión de que, como no oyen la tormenta, no existe el rayo, todo cambio viene entonces con una revolución desbordada y cruenta.

La capacidad de gobernar

Evitar esto último con actos de gobierno es lo que define la capacidad de gobernar. Los estadistas de hoy han de tener una sensibilidad que les permita columbrar con anticipación los sucesos, adivinarlos antes de forjarse, cuando todavía están en las entrañas del porvenir, para salirles al encuentro con leyes previsoras que impidan el desbordamiento de las pasiones acumuladas. Encauzar las aguas para que los ríos no se desborden. Conceder a tiempo, en forma legal y ordenada, lo que más tarde habría de tomarse por la fuerza. Reconocer la injusticia social donde quiera que se encuentre y pensar siempre que todos los hombres —por leyes de Dios— son hermanos, que todos vienen

al mundo desnudos y todos lo abandonan por la puerta común de la eternidad.

Cuando una idea reivindicadora prende en la conciencia del pueblo, no creáis que, por hacerla enmudecer, perece. Las ideas, como los dioses, resucitan, y resucitan glorificadas por la persecución y el martirio, y, lo que es peor, deformadas por la intolerancia y la incomprensión.

La lección del pasado

Es tan cierto esto, que podemos afirmar, buscando los orígenes de la actual revolución rusa, que si Nicolás I hubiese sido un estadista capaz de vislumbrar los horizontes de su pueblo, otra hubiese sido la suerte de Nicolás II.

Hace cien años, a la muerte del zar Alejandro, se produjo un movimiento revolucionario acaudillado por la flor de la aristocracia y de la intelectualidad moscovita, que pretendía que el nuevo emperador, en el acto de la jura, otorgara a Rusia una Constitución que aboliese la esclavitud y concediera la libertad de pensamiento. ¡Con qué poco se conformaban —pensamos ahora— aquellos revolucionarios! Y aquellos revolucionarios de 1825 son los padres de la revolución actual, porque fueron ellos los que, en nombre de cosas tan santas como la libertad y la abolición de

la esclavitud, sembraron la semilla revolucionaria que tardó un siglo en germinar. Tened en cuenta, además, que aquella revolución era obra de una minoría, que la multitud que la secundaba ignoraba el alcance de sus reivindicaciones, que no comprendía el ideal por el que iba a derramar su sangre, en términos tales que, como la consigna fuese el grito de ¡Vivan Constantino y la Constitución!, el pueblo y los regimientos revolucionarios gritaban: ¡Vivan Constantino y su mujer Constitución! No sabían lo que era una Constitución, ¡y sin embargo iban a morir por ella! El instinto popular les hacía comprender que aquella minoría seleccionada —príncipes, filósofos, escritores y poetas— estaban forjando un mundo mejor, y no vacilaban en sacrificar sus vidas por el ideal.

El 14 de diciembre de 1825 —día memorable en los anales de la historia de Rusia— era el señalado para la jura del zar Nicolás I, por abdicación forzada de su hermano Constantino. Las tropas y pueblo se habían congregado en la Plaza del Senado, y allí mismo los conspiradores excitaban a los regimientos a que no prestasen juramento de fidelidad al emperador si éste, a su vez, no juraba la Constitución. Pronto prendió la mecha de la rebeldía y los soldados hicieron causa común con los revolucionarios, quienes hubieran podido fácilmente penetrar en el Palacio de Invierno, apoderarse del zar y su familia y ser dueños de la capital; pero sólo quisieron hacer un alarde de

resistencia y permanecieron inmóviles en espera de la tan deseada Constitución. Así pasaban las horas y las horas. Por su pasividad fue derrotado este movimiento, al que los historiadores rusos han dado el nombre de «la revolución inmóvil».

Nicolás I, que, como todos los tiranos, era muy cobarde, estaba escondido en un rincón de palacio, esperando, lleno de terror, el momento de entregarse. Pero como se diera cuenta de que los revolucionarios no atacaban ni avanzaban, sino que permanecían inmóviles, y que la artillería le seguía fiel, salió de su escondite y envió un emisario a los regimientos sublevados para que se rindieran. El emisario cumplió su cometido con poco éxito, pues los sublevados lo recibieron pidiendo a gritos la Constitución. Al dar cuenta de ello al zar, le dijo: «Señor, no se entregan sino con Constitución o con metralla». «Pues metralla», contestó el zar, y mandó disparar a la artillería.

A los pocos momentos la Plaza del Senado estaba cubierta de muertos y heridos, y la revolución dominada. La policía organizó, de prisa y corriendo, una manifestación frente a palacio. La muchedumbre aclamaba al zar, quien apareció en el balcón y con voz imperativa gritó: «¡De rodillas!»

El pueblo ruso, humillado, escarnecido, dobló las rodillas ante el autócrata. Con los ojos fijos en la tierra y el alma en rebeldía rezó las primeras palabras del credo revolucionario.

Desde aquel día la idea siguió su camino y fue ganando adeptos, sin que lo impidiera las deportaciones a Siberia —trágica caravana de agonía— ni el patíbulo en medio de la plaza pública, en el que perecieron los jefes del movimiento. Fue ésta una escena macabra que llegó al máximo de su emoción cuando tres de los ahorcados cayeron al suelo con vida. La multitud aterrada interpretó este hecho como un aviso del cielo y pidió la vida de los condenados, pero el zar mandó a colgarlos de nuevo. En aquel instante uno de los condenados, el coronel Pestel, que subía al patíbulo acompañado por cuatro príncipes y por el gran poeta Rilev, exclamó: «¡Pobre país donde ni siquiera saben ahorcar a un hombre!»

Estas escenas —en ellas están inspiradas las más fuertes páginas de la literatura rusa— hacían crecer las huestes revolucionarias. Como réplica vinieron las represalias, los atentados, el nihilismo, el odio ... hasta que llegó la revolución más grande y más cruel que registra la historia.

Aun dentro de esta misma revolución de ahora, nadie pensaba ir tan lejos. Kerensky se conformaba con una monarquía constitucional, y los más radicalés de la Duma aspiraban a una república conservadora. Los elementos intelectuales proclamaban un régimen democrático y, de pronto, en medio de grandes convulsiones, surge el comunismo, imponiéndose a sangre y fuego, anulando la propiedad, desvinculando la

familia, invirtiendo el orden social, imponiendo, en nombre del pueblo, otra tiranía y cometiendo el crimen más negro que recuerdan los siglos: el asesinato del zar y su familia. Acribillados a tiros una trágica madrugada en una casa de Ekaterinenburgo, sin enjuiciarlos, sin oírlos, sin concederles unos minutos de recogimiento espiritual con Dios. Cuando esperaban ser trasladados a una residencia más confortable, y en el momento en que el zar —tan buen padre de familia como mal jefe de Estado— tenía sobre sus rodillas al zarevitz, corroído de dolores por la hemofilia, unos malvados, revestidos de la autoridad soviética, dispararon sobre aquella familia desamparada. Una bala cortó la voz del niño cuando preguntaba: «Padre, padre, ¿qué van a hacer con nosotros?»

Ninguna otra revolución registra un hecho tan siniestro ni tan inhumano como éste. Ni la revolución francesa, en la que se le concedió a Luis XVI y a María Antonieta el derecho de defensa y una apariencia de legalidad; ni en la inglesa, que hizo exclamar a Cronwell ante el cadáver de Carlos I: «¡Terrible necesidad!»

Después, ya lo habéis visto, un imperio que se derrumba, una aristocracia que se desparrama por Europa y América empleándose en los más bajos menesteres: mozos de café, bailarines de Dancing, maridos de estrellas y... ¡un mundo viejo que se hunde en un abismo de sangre, una nueva humanidad en formación

y, por sobre las tinieblas, un resplandor que proclama una ley de hace veinte siglos!

Disculpádmeme que haya traído a vuestra memoria el ingrato recuerdo de la revolución rusa, esa pesadilla que hoy tiene en sobresalto a todos los hombres conscientes de su hora y de su responsabilidad, pero ello ha sido para demostrar cómo la incomprensión y la intolerancia son las causas determinantes de que las convulsiones sociales alcancen proporciones de tragedia. Pensad con lo poco que se conformaban los revolucionarios rusos de 1825. ¡Con una Constitución que aboliera la esclavitud y concediera la libertad de pensar! A nosotros nos parece hoy imposible que eso se pudiera negar a ningún ser humano. Sin embargo, ya habéis visto cómo se contestó a tan justa demanda. Pongamos la mano sobre el pecho y pensemos honradamente, cristianamente: ¿quién es más responsable de la revolución rusa, Lenin o aquel siniestro zar Nicolás I que cuando le pidieron una Constitución contestó con la metralla de sus cañones? ¿Los bolcheviques o el autócrata que obligó a arrodillarse al pueblo en el momento en que le testimoniaba su fidelidad?

Lo doloroso de este caso es que las culpas del abuelo las pagaron los nietos.

Hay que justificar las posiciones de privilegio

Tomad esto como una advertencia, ya que es un absurdo que, en un pueblo de vivir plácido como La Orotava, exista un estado pasional que envenena las relaciones sociales, separando, aislando a unos hombres de otros, imposibilitando toda corriente espiritual, creando un estado peligroso que lleva a unos a amojonarse en la incomprensión y a otros en la intolerancia.

Sitúese cada uno en su sitio, sin estridencias ni rencores, dignamente. Busquen en la contienda, para que sea noble y levantada, un ideal común. Abandonen ideas que, si en lo íntimo del hogar y en la convivencia de la familia tienen sitio adecuado, en la plaza pública son un obstáculo, un estorbo. Hay que conservar siempre en los pueblos un vínculo de unión, un nexo que sirva de inteligencia entre los diversos sectores sociales para que, en las horas difíciles, los elementos integrantes de la localidad se pongan al habla y no se contemplan, de acera a acera, en silencio, hostilmente.

Vivimos tiempos en que precisa justificar que todo privilegio, ya sea de fortuna, de abolengo o de inteligencia, se es digno de poseerlo. La fortuna se posee para crear nuevas riquezas, no para avasallar al pobre; la nobleza se confirma ejercitando actos nobles, no con gestos arrogantes y despectivos; la inteligencia,

si aspira a ser acreedora al aplauso y a la consideración, hay que ponerla al servicio de una buena causa.

En esta villa de La Orotava —donde radica el potencial económico de la Isla— las clases privilegiadas tienen que colaborar con desprendimiento en las mejoras locales. Obras son buenas razones, pues, como rezan textos sagrados, «por sus hechos los conoceréis».

No basta tener fastuosamente, con alardes suntuarios, la propia casa y desentenderse de lo que pasa puertas afuera. Cuando un sector social quiere conservar una tradición, ha de aportar a la colectividad buenas prendas en testimonio de legítima superioridad. La superioridad de un linaje no sólo se justifica con pergaminos, sino con una actuación pública eficaz, velando por el bienestar de sus vecinos, alentando las iniciativas fecundas y demostrando que las jerarquías radican en las conductas y que las aristocracias no son cotos cerrados, sino círculos abiertos a los impulsos renovadores. Por algo se dice: «Nobleza obliga».

Esto en las esferas sociales, donde —para evitar choques— precisa acortar distancias, suavizando las aristas en las relaciones de unas clases con otras y procurando siempre que el diálogo se desarrolle sin humillar ni herir. Nada agravia más al hombre que los aires despreciativos de los que están arriba. Para la tranquilidad de los pueblos conviene que los patricios desciendan al llano y convivan amistosamente con

todos, sin temor a confusionismos, ya que las prerrogativas van siempre aparejadas a la autoridad moral, aunque otra cosa crean los cántaros vacíos.

No más tutelas caciquiles

Hemos de intentar, por todos los medios, que la política de mañana sea, ante todo y sobre todo, una política elaborada a plena luz. ¡No más cabildeos de gabinete! El que tenga algo que decir, que lo diga en la plaza pública. El que pretenda guiar, que se adelante y señale el camino. No queremos maeses Pedros que muevan los títeres tras bastidores, sino patriotas honrados que recojan el sentir tinerfeño y lo inculquen, como un mandamiento, en la conciencia popular.

Todo caciquismo es reprobable y denigrante para quienes lo soportan. La incultura y la indiferencia por la cosa pública son las causantes del desarrollo del caciquismo. Pueblo donde predominen los apolíticos y los neutros es pueblo entregado al caciquismo. La obra encomendada a una minoría selecta que de ella hace dejación es recogida por el cacique.

De ahí que haya caciques buenos y caciques malos, caciques aptos y caciques ineptos, caciques incluso que realizan una función social y, penetrados de las necesidades locales y de los problemas generales, se ponen al servicio de la colectividad, sin otro estímulo

que el halago y la satisfacción del poder, que los envanece y los compensa de todos los sacrificios.

Estos caciques, los menos, desde luego, tienen una clara inteligencia, modos corteses y perfecto conocimiento de la psicología de sus gentes. Realizan una labor de proselitismo que les acrecienta el prestigio y el predio electoral. Saben administrar prudentemente las influencias, procurando no irritar al adversario con el abuso del poder oficial. En muchas ocasiones son superiores al medio en que actúan y siempre desprendidos y generosos. Estos son los caciques aptos. En los pueblos rurales ejercen un verdadero patriarcado, con casa abierta a todos los necesitados. Tienen el instinto de no ir a contrapelo. Saben recoger la aspiración general y hacerla suya, y saben que transigir es gobernar. Suelen unir un sagaz conocimiento de los hombres a una atrayente simpatía personal.

Si la institución ha de prevalecer, fatalmente, pidan los pueblos que encarne en caciques aptos.

Existe, frente a éste y en mayor cantidad, el cacique inepto. Éste, como todos los improvisados, es violento, intolerante, y pretende la sumisión de las gentes bajo la amenaza del poder. Incapaz de ganar nuevas voluntades, persigue al adversario, lesionándole en sus intereses y hasta en su propia honra. Se impone por la amenaza y la difamación. Toda mejora progresiva la mira con recelo; todo movimiento reivindicador lo considera delictivo, y a todo aquel que se asome a las

inquietudes de su época lo repudian por peligroso. En vez de purificar los espíritus con un trato de igualdad, los exacerba con selecciones y privilegios de partido. Más que afinidades de ideas predominan en él afinidades de casta; más que grupos políticos constituye grupos familiares. Enjuicia los problemas con criterio retardatario y niega la sal y el agua a los que no comulgan en su capillita. No percibe los anhelos populares y, si los percibe, no los comprende. Oscurecidos en su propia insignificancia desdeñan las producciones del espíritu y se irritan ante cualquier alarde de inteligencia. Odian la sinceridad y se encariñan con la adulación. Se producen tan torpemente, que ni cuando están animados de buen propósito aciertan. No dan un paso que no sea equivocado; no realizan un acto que no cuente con la repulsa. Faltos de autoridad moral, buscan desquite en el poder y lo gastan torpemente. Atontados, van de un lado para otro sin rumbo fijo, sin orientación, recogiendo el rumor callejero y metiéndose de cabezas en la impopularidad y el descrédito. En política se producen burdamente, toscamente. Caciquismo retrógrado que pretende escriturar los votos y las conciencias de aquellos a quienes ampara, temeroso siempre de que la adhesión espiritual los lleve al campo enemigo.

El cacique es producto de sistemas de regresión política, desplazado dentro de un orden jurídicamente progresivo. Porque en algunas naciones imperen en la

actualidad estados de fuerza, con sus legiones de caciques, no creáis que el mundo ha retrocedido y que las grandes conquistas de la humanidad se han eclipsado definitivamente. ¡No! El derecho y la libertad solos, aislados, sin otras armas ni otros ejércitos que su contenido doctrinal, tendrán siempre, a la larga, más fuerza que las dictaduras.

Toda soberanía que no venga del pueblo, infiltrada de igualdad cristiana, será pasajera; toda ley que no se inspire en la moral y en el derecho será incumplida; toda religión que no descansa sobre el amor será profanada.

Los poderes humanos para ser legítimos han de estar regulados por leyes fundamentales y no por cartas otorgadas. Los hombres, iguales todos ante el derecho y la religión. ¡Hartas e irritantes desigualdades existen ante la economía y ante la sociedad para pretender extenderlas también ante Dios. Ante Dios todos hermanos y desnudos. Ni andrajos ni oropeles. Ni miserias ni opulencias.

El mundo avanza y no podemos quedar rezagados. Hemos de marcar el paso al ritmo de los tiempos. Sería una demencia convertir la Isla en una fortaleza aislada, taponadas las ventanas para asomarnos solamente por las troneras de atrás.

Si queremos salvar distancias y unir voluntades, debemos alejar de las contiendas políticas los postulados religiosos, respetando las creencias ajenas, sin penetrar en el tabernáculo del contrario. Libertad de conciencia y libertad de pensamiento, sin persecuciones ni atropellos. Día vendrá en que se unan las disintas confesiones cristianas. El fanatismo y el sectarismo —del color que sean— son inadmisibles en estos tiempos. Un criterio hermético es insoportable para quienes entendemos que la tolerancia es la flor más alta de la civilización.

Los hombres, acuciados por imperativos espirituales, buscan el bien por diversos caminos, y las religiones los iluminan para que lleguen, sin extraviarse, a la verdad suprema. Varios son los caminos, pero una sola la verdad. Sin corazón y sin religión —dice Tolstoi— no se puede vivir.

No hay, por lo tanto, que oscurecer los caminos de los que no piensan como nosotros, sino alumbrar mejor el nuestro. Afirmemos nuestro credo en el templo o bajo el cielo estrellado, pero que no se impida el ejercicio de este derecho a quienes profesen creencias diferentes de las nuestras. Dios no es un monopolio, sino la liberalidad para todos los mortales. Hay que ser tolerantes y no pretender acaparar para un solo bando los bienes del cielo.

Insisto en éste y en otros temas apasionantes de la vida nacional, porque temo que un cambio de régimen político en España —ciego está quien no lo columbre— traiga un desbordamiento de malas pasiones. Ante este peligro debemos estar en guardia para que el frenesí incontrolado no llegue a la Isla. La masa es dada a saltar de un extremo a otro sin medir las consecuencias. Los que dirigen las almas y los que dirigen los pueblos deben de ser previsores y prudentes. Abrir los ojos para que los ciegos no sean guías de los ciegos.

El anillo de Nathán, símbolo de la tolerancia religiosa

Recientemente —con motivo del centenario de Lessing— se ha recordado su obra *Sobre la tolerancia de confesiones* y traído a colación un apólogo que el filósofo alemán tomó del *Decamerón* y que reza así:

En tiempos de las Cruzadas existía en Jerusalén un judío llamado Nathán, tan rico en dineros como en sabiduría. El sultán Saladino, codicioso de sus tesoros, de los que quería apoderarse con astucia, lo mandó llamar y le preguntó:

— ¿Cuál de las tres religiones es la verdadera: la musulmana, la hebrea o la cristiana?

El anciano Nathán vacila, ensortija con sus dedos la lengua barba. Saladino no sólo quiere confiscarle

sus monedas, sino también la verdad. Si elige la fe de Mahoma, se niega a sí mismo; si la de Cristo, traiciona sus principios; si proclama la suya, la de Moisés, ofende al sultán, acusándole de impío.

Nathán, prudentemente, elude la contestación con una parábola.

— Allá, en aquellos tiempos —le dijo— vivía un hombre en Oriente que poseía un anillo cuya piedra, un ópalo maravilloso, tenía la virtud de hacer grato a Dios y a los hombres a quien lo llevara. El anillo pasó de generación en generación y su propietario era siempre jefe de la familia, hasta que llegó a manos de un padre que, teniendo tres hijos y amándolos con igual ternura, hizo fabricar otros dos anillos tan iguales al auténtico, que el mismo artista no los sabía distinguir. En secreto le dio a cada hijo un anillo con la postrera bendición.

Muerto el padre, pleitearon los tres hermanos. Cada uno de ellos pretendía ser el elegido y recababa la jefatura familiar, pues no podían dudar de un padre que nunca los engañó. ¿Cómo no voy a creer en mi padre lo mismo que tú, Sultán, crees en el tuyo?

Los tres hermanos comparecieron ante el juez, quien les dijo: — ¿No aseguráis que el verdadero anillo confiere a quien lo lleva el amor de Dios y el de los hombres? Pues bien, ¿a quién de vosotros aman más los restantes hermanos? ¿Calláis? ¿Cada uno se ama sólo a sí mismo? Entonces, ¿quién sabe si

el primitivo anillo se perdió y vosotros sois engañadores engañados! Si en vez de una sentencia —les dijo el buen juez— queréis un consejo, mi consejo es éste: ¡Id en paz! Crea cada uno en su anillo como en su padre y procure que la virtud de la piedra preciosa se manifieste en el cariño fraterno, en la dulzura, en las buenas obras, en la íntima piedad. Y cuando después de miles y miles de años el espiritual resplandor del anillo se haya mostrado en los hijos de vuestros hijos, yo os convoco de nuevo ante el Tribunal. Otro juez más sabio que yo se sentará en él y, acaso, también os diga: ¡Id en paz!

El prudente Nathán concluyó:

— Si ahora tú, Saladino, crees ser el Juez profetizado, proclama tu fe sobre las otras dos.

— Yo —replicó Saladino— yo, polvo de la tierra; yo, carne mortal . . . ¡No, Nathán, no! Los millares de años de tu Juez no se han cumplido todavía. Su Tribunal no es el mío. ¡Ve en paz, Nathán, pero sé mi amigo!

He aquí un alto ejemplo de tolerancia. Crea cada uno en la fe de su padre y limpie su alma de rencores. Alejemos la religión de nuestras luchas políticas para que no sufra menoscabo. Nuestro temperamento impulsivo nos llevaría muy lejos en este sentido. La prudencia debe actuar de retenida en unos y otros para dejar al margen de nuestras disputas los problemas

del alma. Ni herir sentimientos enraizados en el pueblo español, ni encastillarse tras las murallas de la intransigencia. Respeto y tolerancia para todas las confesiones y culto fervoroso a la fe de nuestros mayores.

Repito que si subrayo, que si recalco este particular, es porque temo que, interpolado el fanatismo religioso en las contiendas ciudadanas, nos llevaría a una guerra civil de trágicas consecuencias para todos los españoles. Procuremos no lastimar el prestigio de la Iglesia, pero pidamos al cielo que ella se aparte de estos bajos negocios de la política.

Es el nuestro un país donde prenden los extremismos, lo mismo los de derechas que los de izquierdas. De no obrar con cordura —no me cansaré de repetirlo— quienes tienen la responsabilidad de ejercer en nuestra patria el ministerio de los espíritus, viviremos días amargos en un futuro no muy lejano.

Quisiera que ésta mía fuera una voz de alerta que pusiera en guardia a los hombres de buena voluntad de mi tierra y los uniera ante el peligro. Cuando amenaza la tormenta no hay que encerrarse en la granja, sino buscar la ayuda de los vecinos para defender el sembrado.

La necesidad de la unión

Yo no quisiera que mis palabras se pudieran interpretar como un deseo de encender discordias, sino como un deseo conciliador de unificar voluntades. Mi propósito es demostrar que a todos interesa crear un cauce de comunicación, un camino que, para asuntos determinados, ponga en contacto todos los intereses de La Orotava, pues si en España se produjera un movimiento revolucionario —tal como se presentan las cosas nadie puede prever el rumbo de la corriente—, aquí, si los sorprende desvinculados como están hoy, sucederían cosas muy lamentables. Pensad que vuestra riqueza está montada al aire y que, si soplan vientos huracanados, una mañana tormentosa os la encontraríais en el suelo, con grave daño para los de arriba y para los de abajo.

Aprovechad, pues, esta obra de reconstrucción nacional para estructurar la política orotavense, en forma que se utilicen todas las colaboraciones y se sumen todas las voluntades en una obra común. Buscad un ideal que congregue a los de la derecha y a los de la izquierda. Un ideal que reclame las iniciativas de todos los hijos del Valle.

Ahora bien, ese ideal no puede venir de fuera: tiene que brotar de vuestras propias necesidades, con sangre y espíritu tinerfeño.

Buscadlo con fe, y cuando lo hayáis encontrado no vaciléis en ponerlo sobre vuestras cabezas, gloriosamente, como un estandarte flotando sobre el Norte de Tenerife.

Necesidad de una nueva orientación política

Nadie quiere que vuelva el pasado; todos buscamos un acomodo digno a las fuerzas que hoy permanecen dispersas, y que no puede ser otro que el de partidos isleños. De partidos que, como dije no hace mucho en el teatro de Santa Cruz, reciban en nuestra parroquia el bautismo y la confirmación. No que estos sacramentos vengan impuestos desde el Ministerio de la Gobernación. Rechazad siempre todo poder que no parta de abajo; el poder de arriba es un poder falso, aparente y, lo que es peor, insolente, porque va a caer en las manos más impuras. Con cuánta frecuencia hemos oído decir a los viejos políticos: «Que me den el Gobierno Civil, y soy el amo de la provincia». ¡Qué triste idea, qué pequeña idea deben tener esos hombres de su país! Nada les importa tener la confianza, tener la adhesión de sus conciudadanos; lo que les importa es tener en sus manos las persecuciones, las amenazas y las venganzas para ser los amos.

Ahí tenéis otra forma de esclavitud, más depresiva todavía, porque es la de hombres libres que entregan

su voluntad a quienes la reclaman con amenazas del poder.

El poder de arriba

Pocas veces ha presentado Tenerife, en su vida política, un espectáculo tan deprimente como este que ahora contemplamos. Jamás como hoy hizo dejación de su personalidad.

Siempre pecaron nuestros partidos por falta de independencia insular, por sumisión a jefes y gobernantes nacionales que, ausentes de nuestros problemas y desconocedores de nuestras necesidades, poco o nada sabían de nosotros; pero nunca se rebajó tanto el sentido colectivo como actualmente. Antes existía, al menos, el decoro de cubrir la actuación pública con cierto respeto al sentimiento popular, que obligaba a los directores políticos a recoger aquello que tenía calor y raíz ciudadana.

Hoy, en este aspecto, hemos sufrido un lamentable retroceso. La vibración isleña no pesa para nada en la orientación política. La Isla está a merced de lo que venga de arriba. La brújula gubernamental señala el rumbo. Iniciado este sistema, hoy es uno y mañana será otro quien desde la Puerta del Sol se proclame rector de nuestros ideales. Tenerife está a disposición del último que llega a las alturas del Poder, como si

se tratara de un predio en abandono, adscrito al primer ocupante de un cargo destacado en los alrededores del Gobierno.

Tenerife debe por sí mismo, libre de tutelas, buscar los caminos de su redención, escoger entre los suyos sus guías y afirmar su personalidad por encima de nuestras diferencias partidistas. No legitimar los poderes otorgados desde Madrid, designando los jefes de nuestras agrupaciones políticas. Las aptitudes se crean en la obra ciudadana y no se improvisan al capricho de algunos.

Los pueblos conceden un crédito a sus hombres públicos y son nuestros mismos partidos quienes pueden y deben designar sus capitanes. Una cuña interpolada, cuanto más fuerte más raja; el cuerpo que la soporta carece de sensibilidad.

Los partidos tinerfeños están siendo juguetes de quienes, en su afán de desquite, piensan que nuestros políticos sólo se entregan a los que pueden saciar su codicia de poder. Mucho hay de verdad en ello, ya que derechas e izquierdas se confunden en esta romería, adelantándose unos a otros para ser los primeros en hacer la ofrenda al santo; hay quien madrugó tanto, que llegó cuando el santuario estaba todavía en penumbras.

Mientras allá se agrupan los hombres bajo un imperativo ideológico y ventilan algo fundamental para España, como su forma de gobierno, aquí se congregan

a la puerta de una casa de la Plaza de la Constitución en espera del poder, de la influencia, del alcalde de Real Orden, de la justicia municipal . . . Y se congregan hombres de distintos colores, de matices diversos, pero de idéntica arquitectura espiritual. ¡Los hombres de las realidades!

Para estos políticos las realidades son las transacciones clandestinas, la transigencia con todo lo vergonzoso, con cuanto denigra al País y anula la personalidad de Tenerife. La entrega de un núcleo rural, a cambio de una alcaldía, es una realidad. Cerrar el paso a un adversario digno y facilitárselo a un amigo venal, es otra realidad. Y perder la vergüenza colectiva, pasando por todas las imposiciones del poder de arriba, es el sumo de las realidades tinerfeñas en este momento político.

Sigan con sus realidades los servidores del poder, mientras nosotros soñamos con esta otra realidad, que es la independencia de nuestros partidos, imponiendo desde aquí la voluntad insular y dejando libre el camino a la energía y a la inteligencia tinerfeñas.

El poder, que venga de abajo; la fuerza, que salga de la Isla, y todos, los de aquí y los de allá, a servirla con la acción desinteresada y el consejo prudente.

¡Procuradores, sí; tutores, no!

Resucitar a estas alturas la política de los «poderes» es lo más impúdico que en estos tiempos se puede pretender. El diputado o aspirante a diputado

concedía poder, desde Madrid, a un señor de la Isla para que recibiera y ejecutara sus instrucciones, representándole en la función pública. Más tarde esta institución pasó a los jefes nacionales de partidos y grupitos, que por este sistema reclutaban sus huestes, imponiendo el cunerismo. Así se dio el caso típico de que, siendo senador por Canarias don Ramón de Campoamor, le preguntaron en el Senado por qué distrito había salido, y contestase: «Por Romero Robledo»

No hay que ofenderse por la genialidad del poeta, ya que hoy mismo se pretende encasillar diputados por el Romero Robledo de turno. Y no es eso lo peor; lo peor es que entre nosotros hay quienes, alardeando de independientes y de patriotas, se prestan a servir a esta vieja y ruin política. En su disculpa corean: «Las realidades mandan».

Lo que manda en política es la fuerza, y la fuerza está en nosotros. Sepámosla utilizar y nos habremos redimido de las taras del pasado y de los personalismos de este presente, tan menguado y efímero.

Los nuevos partidos

Para evitar ese retorno a los viejos procedimientos, hay que ir a la formación de partidos que, diversos en el matiz, sean uno en la defensa de los intereses insulares. Partidos que —aun dentro de las ideologías

más opuestas— tengan un punto de engranaje: Tenerife. Entiéndase que, cuando hablo de Tenerife, me refiero a la provincia, es decir, a nuestras cuatro islas: Tenerife, La Palma, La Gomera y El Hierro. Una sola entidad, una sola aspiración, un solo ideal.

Lo que importa es que todos los tinerfeños nos agrupemos para una obra de engrandecimiento general y que, para las relaciones con los partidos nacionales, se amojonen en el sentido que mejor cuadre a la espiritualidad de cada uno. Que todos los grupos sean coincidentes siempre en un punto: el progreso de nuestras islas. Manera ésta de que no haya claudicaciones, de que nuestros hombres representativos no estén a merced de codicias personales, sino al servicio de una idea redentora.

No olvidemos que la vieja política pecó por falta de una orientación definida, de un objetivo claro. Nuestros partidos carecían de programa y malgastaban sus energías defendiendo posiciones, con el sistema de enchufe, en lugar de afianzarse persiguiendo un ideal. La conciencia popular permanecía ausente, la vibración del alma isleña se perdía en la maraña de los intereses creados. Los partidos —lo mismo aquí que allá— vivían muriendo, esperándolo todo del gobernante de turno.

¡Que el pasado nos sirva de lección para no caer ahora en aquellos errores!

Normas claras, definidas

Dividida la provincia, nuestros problemas son más sencillos. Cada uno trabaje para lo suyo, sin preocuparse del vecino. Terminemos de una vez para siempre con la inquietud, con el sobresalto de si el platillo de la influencia oficial cae del lado de allá o del nuestro. Tengamos nosotros una aspiración común, inculquémosla en la entraña misma de nuestra tierra y en el alma de nuestros hijos, de manera que sea un mandato imperativo para nuestra representación parlamentaria, y tened por seguro que el triunfo será nuestro.

Importa mucho que las nuevas organizaciones políticas no se encierren en un localismo estrecho, que no fomenten rivalidades de pueblos, sino que vayan a una obra de reconstrucción insular. Hagamos nuestras las aspiraciones de la capital; contribuyamos todos a hacer una ciudad grande y próspera, y que Santa Cruz, con un sentido claro de las realidades, recoja las necesidades del interior y las haga suyas. Pensemos que Tenerife entero es nuestra casa, nuestro hogar, lo mismo si estamos en la plaza de la Constitución que en el Valle de La Orotava. El mayor peligro sería divorciar los pueblos unos de los otros, crear intereses antagónicos, porque nos destruiríamos interiormente en nuestros pleitos de familia. Corresponde a Santa Cruz, por ser la cabeza, obrar con mucha prudencia, arrancando

los brotes localistas que parecen apuntar en algún que otro sector de opinión.

Debe convocarse una Asamblea

Para fijar estas normas y para que los nuevos partidos nazcan con asistencia de la opinión pública, precisa convocar una Asamblea, que debe celebrarse en la capital, en la que, con asistencia de todo cuanto signifique y valga en nuestra provincia, se discuta, con serenidad y elevación de miras, la futura orientación de Tenerife. ¡Que a la luz del sol y ante el pueblo isleño expongan nuestros hombres públicos los programas de sus partidos y se elabore el ideal tinerfeño, para que tenga la virtud de un mandamiento y el calor de un anhelo popular!

Con esta Asamblea evitaremos dos peligros: que se deforme el sentimiento tinerfeño con maniobras de gabinete y que surja un poder personal que se levante con el santo y la cera. Hay que impedir que vuelva a retoñar el jefe político con ribetes caciquiles. (A este respecto me interesa salir al paso de quienes maliciosamente murmuran que en esta campaña me mueve la ambición de una jefatura política, diciéndoles que ni la busco ni, aunque ella me buscara, me encontraría.)

Estad en guardia. Cerrad vuestros oídos y vuestros corazones a los falsos profetas. No dejéis que

administren vuestras conciencias aquellos que trafican con la propia. No os dejéis guiar por quienes están entre dos corrientes, sin una directriz espiritual, atentos al desarrollo de los acontecimientos para colocarse donde más caliente el sol. Esos hombres tornadizos, sin firmeza, sin claridad, no pueden ser los directores de una democracia. Que los partidos no sean llevados y traídos por el criterio de uno sino por la voluntad de las mayorías.

Entiendo, pues, que debieran comenzarse ya los trabajos preparatorios de la Asamblea —en la que estén representadas La Palma, La Gomera y El Hierro— y que las sociedades que, como el Liceo, vienen preocupándose de los problemas del País, debieran recabar de la Mancomunidad, por ser el Centro de mayor jurisdicción, la convocatoria de esta Asamblea, con el único fin de determinar la estructuración política de Tenerife en el porvenir.

La misión de La Orotava

En esta hora y en esta obra tiene La Orotava una alta misión que cumplir. Misión que, como todas las cosas grandes, puede sintetizarse en pocas palabras: velar porque la política del porvenir esté inspirada en el amor a nuestra tierra y en el engrandecimiento de Tenerife, vértice de todas las aspiraciones.

He aquí vuestro cometido. Medios y fuerzas tenéis para hacerlo cumplir. Vuestra posición geográfica y vuestra importancia numérica se impondrían, garantizando la pureza de una honesta acción ciudadana. Para realizar esta obra, el primer factor que debéis considerar es la sinceridad, la buena fe, porque ahora todos, ante este resurgir tinerfeñista, emplearán las mismas ideas, las mismas palabras; pero fijaos bien en quiénes las emplean como un tópico, como una bandera para cubrir codicias personales, y quiénes ponen en ellas su desinterés y su espíritu. Escoged los mejores entre los buenos y dad el ejemplo llevando a vuestro municipio, en estas próximas elecciones, los más puros y capacitados, con un criterio renovador, más atentos a su condición moral que a su filiación partidista. Concejales animados de buenos propósitos, dispuestos a realizar las obras urbanas que estos tiempos demandan, afrontando los problemas que la incuria, la negligencia o la torpeza han echado en abandono. Un grupo de villeros que, unidos por el amor a su pueblo, olviden diferencias pasadas y se enfrenten seriamente con el porvenir.

El pasado no vuelve

Este es el movimiento que debe operarse en todas las localidades de Tenerife, sin pensar por ahora en

motes de partidos; que, tal como están presentadas las cosas en España y las evoluciones de los antiguos jefes, no tendría nada de extraño que aquí muchos se acostaran siendo monárquicos y se levantarán siendo republicanos, y los que hasta hoy han echado por la derecha tomarán, desde mañana, por la izquierda. ¡Tantas vueltas está dando la rueda catalina, que va a ser difícil encontrar a cada uno en su puesto!

El panorama nacional es tan confuso, tan caótico, que nadie puede vaticinar nada. Lo único que se vislumbra con claridad es que el pasado no vuelve, que nadie lo quiere y que en política hay que renovarse o morir.

Ha publicado recientemente Ortega y Gasset un trabajo sobre nuevas orientaciones, y señala como programa del momento, como programa de este período constructivo, la decencia política. Organizar grupos en los que quepan —ínterin se aclaran los horizontes— las personas de limpias intenciones y en los que no choque ninguna clase de fanatismos. Constituir la Cruzada de la Decencia, dispuesta a impedir que la administración sea asaltada por los que buscan los cargos para saciar apetitos, bien de intereses materiales, bien de vanidades. Y procurar —¡por Dios!— que no retoñen aquellas vilezas de antes que no se detenían ni ante la difamación ni ante la calumnia.

Proclamemos, como principal postulado, la decencia política de que habla Ortega y Gasset ¡Decencia

en las corporaciones, decencia en las palabras y decencia en los procedimientos!

En definitiva es esto lo que un grupo de hombres bien intencionados nos proponemos por ahora. Estamos unidos, identificados, con la única aspiración de ser útiles a nuestro país y acudir allí donde nuestro decoro, nuestro deber y nuestro civismo nos llamen. Para implantar una norma de moralidad política en Tenerife, tal vez seamos pocos; pero nos bastamos para impedir que el impudor vuelva a adueñarse de esta tierra, a merced en otros tiempos del desenfado y la travesura.

Hace años hubiese sido un deber de galantería, por mi parte, disculparme con vosotras —señoras y señoritas—, por haberos condenado a oír un discurso de política, pero yo no quiero caer hoy en este formulismo, que ofendería seguramente vuestra sensibilidad de mujeres de su tiempo. Vosotras debéis interesaros por cuanto tienda al engrandecimiento de nuestra tierra isleña. Y a vosotras os corresponde, precisamente, hacer que esta villa de La Orotava, tan señorial, tan sugeridora, tan suya, con la maravilla de esas casas antiguas, de esos viejos balcones floridos, con esas piedras, glorificadas por los siglos y por el arte, no borre su fisonomía romántica y evocadora; pero que su alma esté, en cambio, abierta de par en par al progreso y a la renovación.

Enero de 1931

AVANZAR SIN ROMPER

Llamadas de amistad, a las que yo no podía ni quería negarme, me colocan hoy —señoras y señores— en este sitio, en esta tribuna levantada en el corazón mismo de esta isla, frente a las maravillas del valle de La Orotava, frente a una naturaleza pródiga y fecunda y bajo el palio luminoso del cielo tinerfeño. Y por si esto aún fuese poco para esclavizar nuestra admiración, rendida ante tanta belleza, estas cincuenta muchachas que, con la gracia suprema de su juventud, simbolizan a España, a una España nueva que se encara con el porvenir, incorporándose a las democracias triunfantes en todo el mundo.

¡Fiesta de exaltación y de afirmación ésta de El Realejo Alto! Exaltación de sentimientos y afirmación de ideas. La patria sentimentalmente exaltada por la mujer, compendio de nuestras más nobles aspiraciones, de nuestras ilusiones mozas, y la afirmación de un ideal que ya tomó sangre y espíritu en la entraña del pueblo español.

Es éste, pues, un acto de verdadera trascendencia en nuestro país, y merecen por ello sus organizadores los más efusivos aplausos, ya que nos demuestran que a los pueblos se les honra haciéndoles levantar, aunque sea momentáneamente, los ojos hacia las regiones del pensamiento y la belleza para que se encariñen con nuestra tierra, con estos riscos, con este sol y con este mar nuestro, limpiándonos así de las impurezas de nuestras bajas pasiones y de nuestras menudas contiendas insulares.

Es para mí altamente grata esta convivencia espiritual que establezco ahora con vosotros. Doblemente grata, porque la solemnidad de esta fiesta aleja toda suspicacia, todo recelo, y proporciona mayor claridad a las palabras, una sinceridad más íntima. En aquellos días en que iba yo por los caminos de Tenerife alentando la rebeldía contra un poder desmandado, no tuve ocasión de hacer un alto en este simpático pueblo de Los Realejos. Hoy, al encontrarme con vosotros, identificado en este estrado de cultura y arte, quisiera que mi discurso no fuera deformado ni por la pasión ni por el sectarismo. Pasión y sectarismo que no anidan en vosotros, cuya nobleza me es de viejo conocida; ni en mi alma, que sólo desea el engrandecimiento y la paz de mi tierra.

Los derechos del espíritu y las libertades del pensamiento

Y ya en este trance he de hablar someramente —el sitio y el momento no aconsejan largas disertaciones— de la palpitante actualidad española. En esta hora constructiva, todos debemos aportar los materiales de que dispongamos, por modestos e insignificantes que sean, a la obra nacional.

No hace todavía un año que, desde la tribuna del Liceo Taoro, yo os dije que estábamos en vísperas de hondos acontecimientos, de cambios profundos en la política, y que si La Orotava quería colocar por sobre el espíritu conservador el espíritu de conservación, tenía que atemperarse a los acontecimientos, siguiendo la rotación de los tiempos y el lógico avance de las ideas. Que los pueblos que, adormecidos por la Dictadura, se anquilosaban en un criterio retardatario, cerrando las puertas del porvenir, tendrían un despertar trágico. Que la democracia y la libertad eran los más altos exponentes de la civilización y que, por sobre todos los gobiernos de fuerza, estaba la norma social. Ese anhelo de mejoramiento de las clases proletarias que ciertamente se condensa en un ideal de justicia.

Ocho años de dictadura nos trajeron la libertad y el derecho a ser ciudadanos; pero ocho años son bien poca cosa ante la historia. Ved, pues, cómo la intolerancia de los elementos conservadores ha traído la revolución, esta revolución sin crueldad ni sangre que

nos colocó ante el extranjero a una altura inmensurable, ofreciendo un alto ejemplo de ciudadanía. ¡Que esto y no otra cosa fue la jornada del 14 de Abril!

Entonces mi palabra intentaba advertir a las clases privilegiadas de La Orotava que era preciso descender al llano, porque el fanatismo y la intolerancia producen en las alturas vértigos peligrosos. Entonces, en plena Dictadura, era cosa de agitar las conciencias, de fomentar las rebeldías, de recoger las inquietudes del pueblo español para derrocar la Dictadura; pero ahora, en plena democracia, es la nuestra tarea de responsabilidad y tenemos que hablar claro a los de abajo, para que no incurran en los mismos pecados de los de arriba y hagan odioso un régimen que, apenas nacido, ya comienza a dibujar un perfil hosco y agresivo.

Llevamos vividos cinco meses lagos de República. Los que, penetrados de un profundo sentido de libertad, anhelábamos su advenimiento y festejamos su implantación echando a vuelo las campanas de nuestro espíritu, tenemos que declarar —¡con harto dolor!— que no es ésta la República con que soñábamos, y pedimos a Dios —los liberales también podemos elevar la voz al cielo sin que por ello claudiquen nuestras convicciones— y pedimos a Dios, repito, que ilumine a los hombres que están edificando el nuevo Estado español para que sea la suya, deponiendo miserias personales, obra de paz y no de discordias, para que construyan el hogar de todos los españoles y no la ciudadela de una

clase determinada. Amplitud de sentimientos y tolerancia de ideas demandamos a los nuevos legisladores para que la Constitución de la República ampare todos los derechos y todas las libertades. Los derechos del espíritu y las libertades del pensamiento para que la nueva España sea un pueblo de hermanos y no un pueblo de enemigos.

La República, obra de los españoles

Pensemos serenamente, sin ofuscaciones, al margen de pasadas rencillas, que la República la trajo el pueblo español y que, como obra de todos, fue una maravilla que colocó a España a la cabeza de Europa, en cuanto a cultura pública, en unas pocas horas. Fue, como la calificaron los periódicos extranjeros, la revolución alegre y tranquila de un pueblo supercivilizado.

Recordad aquella alegría ciudadana, desbordada en las calles de Madrid, alegría que llegó hasta nosotros; aquellos abrazos entre desconocidos, aquel fraternizar de todas las clases sociales, sin preguntarse de dónde venían, sino a dónde iban... Y, sobre todo, aquel ejemplo de nobleza de la guardia cívica que, brazo con brazo, corazón con corazón, garantizaba, impidiendo la entrada en Palacio, las vidas de los caídos. Más caídos —repito— por el peso de sus propios pecados que por el empuje de la revolución. Cuando

unos cortesanos abandonaron a sus señores —del servilismo no hay que esperar ninguna virtud—, dejándolos indefensos, a merced de los peligros, en las galerías desiertas de Palacio, el pueblo español veló la noche trágica, defendiendo las vidas de los reyes y demostrando al mundo entero que España ama la libertad y odia las crueldades, porque sabe imponer su voluntad sin mancharse las manos con la sangre de los vencidos.

Ese mismo pueblo —todo el pueblo español, sin diferencias de partidos, sin diferencias de clases, sin amojonamientos políticos—, dueño de la situación, defiende nuestras obras de arte, defiende nuestra cultura y, sobre todo, defiende la tranquilidad de los españoles que duermen confiados y seguros al amparo de la naciente República, traída —hay que decirlo de una vez— no por los republicanos, sino por todos los españoles que durante la Dictadura anhelaban un régimen de libertad.

En los primeros días todo es paz, regocijo, esperanza en el porvenir; pero luego, consumada la obra, implantada la República, surge un sector de la política nacional, un grupo que durante la Dictadura permaneció pasivo y silencioso, eludiendo enfrentarse con aquella tiranía y que, alegando ahora derechos viejos, razones de abolengo, reclama la República para los republicanos históricos. Se adueñan del poder, hacen prisioneros en su seno a quienes como Alcalá Zamora

y Miguel Maura hicieron más por ella, poniendo en peligro sus vidas y sus intereses —recuérdese que estos dos hombres condensaban los grandes odios de la Monarquía—, que todos los históricos juntos y, como si se tratara de cosa propia, de un predio obtenido por herencia, se lo reparten proporcionalmente entre los suyos, dividiendo a los españoles, como en tiempos de la Dictadura —¡qué gran ironía!—, en dos sectas: en buenos patriotas y en malos patriotas. A partir de éste momento nace el caciquismo republicano. Caciquismo más violento, más intolerante, más atropellador y más grosero que el monárquico. Y yo, que frente al caciquismo monárquico me coloqué con todas las energías de mi espíritu, para ser consecuente conmigo mismo y con mis predicaciones, tengo que colocarme frente a este otro caciquismo republicano. Para mí no se hicieron las posturas circunstanciales, sino posiciones claras y terminantes.

Todo esto, con repugnar tanto a los principios democráticos, podría pasar si no llevara a España a la ruina y pusiera en peligro a la República. No es esto cuestión de programas. España, hoy, como asegura Ortega y Gasset, este gran avizor del futuro nacional, *tolera el programa más avanzado*, lo que no tolera es el extremismo violento y menos el exclusivismo partidista.

Y he aquí lo que yo quería decir: la República la trajo la voluntad nacional. No ha habido un absoluto

vencedor. Hombres de distintos matices ideológicos la implantaron. Ha sido, en definitiva, la obra del pueblo, y los pocos días que en manos del pueblo español estuvo, fue un modelo: nuestro crédito moral y material subió considerablemente. Más tarde se incautan de la República los republicanos históricos, aquellos que ya se paseaban en el claustro materno con gorro frigio, y la República va de tumbo en tumbo, de desastre en desastre. Se tolera que ardan conventos y templos, que se profanen sentimientos religiosos que nada tienen que ver con los principios republicanos y sólo sirven para avivar la fe de los creyentes —la mayoría de los españoles— y hacer impopular la demagogia de los gobernantes, hombres esclarecidos en sus actividades, pero débiles ante la intransigencia de los socialistas de Largo Caballero, codiciosos de poder y de revancha. Lo que comenzó siendo una revolución alegre y tranquila degenera en el alboroto diario, en la huelga perpetua; en la imposición violenta, en las persecuciones y en el griterío. La obra perfecta del pueblo español la destruye el criterio demagógico de los viejos republicanos, impacientes por abordar todos los problemas nacionales, aun los más peligrosos, aun aquellos que requieren un estudio reposado y frío, porque afectan a sentimientos enraizados en la conciencia popular. Todo se quiere resolver atropelladamente, obedeciendo a sugerencias extremistas y dando un tono jacobino a las Constituyentes, que descorazona a quienes pensamos

en una República de elevación moral, pacificadora de los espíritus, tolerante con todas las creencias, subiendo la escala doctrinal reflexivamente y no a trancos, teniendo presente que siete años de tiranía requieren, por lo menos, siete meses de prudencia, para ir ganando voluntades y dar, a los de dentro y a los de fuera, sensación de seguridad, para que el trabajo y el capital, íntimamente unidos, en el disfrute proporcional de los beneficios, muevan las riquezas de nuestro suelo y fomenten nuevas industrias.

Nosotros soñábamos con una República española, para todos los españoles, no para una clase determinada; nosotros soñábamos con una República liberal, que midiera a todos por el mismo rasero. ¡Que eso es la libertad, que eso es la democracia! Tregar, desde las esferas del poder, en el articulado de la Constitución, una clase social sobre de otra es, al fin y al cabo, la expresión de la tiranía. ¡Tiranía por tiranía, lo mismo me da la de arriba que la de abajo!

Camino limpio y propósito claro

Es innegable que, por estas causas, en toda España se manifiesta una reacción en el sentido político. Un deseo de orden, de tranquilidad, va inclinando la opinión hacia la derecha. La necesidad de desarrollar la riqueza nacional en toda su amplitud, para que la

industria y el comercio alcancen el grado de prosperidad que regula el bienestar de un país, hace que muchos que hasta ayer propugnaban por avances extremados hoy se sientan atraídos por un criterio conservador que pudiera iniciar un periodo de paz y de prosperidad pública. Si la aspiración es limpia y sólo persigue afirmar el nuevo régimen, bien está. La democracia precisa un aprendizaje, y no hemos de negar que en España hay todavía mucho que andar para llegar a su perfeccionamiento. El paso de una Dictadura a una Democracia no se salva en veinticuatro horas. Los pueblos que se han visto durante años y años privados de libertad, al recuperarla no siempre la administran con la prudencia que un Estado en construcción reclama. Perdida la medida, se entregan a sus propios instintos, sin depurar los actos que realizan y sin tener en cuenta el alcance que sus determinaciones puedan tener para el futuro. Se atropella, se hiere y, lo que es peor, se cometen tonterías sólo para dar satisfacción momentánea al sectarismo. Mucho de esto ha pasado en nuestra República, que no podía ser una excepción en los grandes acontecimientos históricos.

De ahí la necesidad de frenar, de situarse en un medio adecuado a nuestra cultura, a nuestro temperamento racial, a nuestras vehemencias y a nuestras inconsecuencias. Ni avanzar más de lo debido ni retroceder un paso más de lo necesario.

Pero yo temo que la derecha española retroceda tanto, que, en vez de garantizarnos un régimen de paz, nos ofrezca un porvenir de luchas que nos llevaría a desembocar en lo desconocido, en lo tenebroso. La corriente se puede encauzar. A eso deben tender todos los republicanos; pero no sueñen los mal avenidos con el régimen con que las aguas remonten su curso. El mundo vive su hora. No cierre nadie los ojos ante las realidades de la vida española. No intenten las clases conservadoras curar el malestar de hoy con el remedio de ayer. No alienten rebeldías que, al poner en peligro la República, les devorarían sin contemplaciones de ninguna clase. Ciertas coincidencias son funestas para los elementos de orden. El fanatismo los lanza a su propia perdición; huyendo de un bache se arrojan en un precipicio.

Mal consejero es el odio, y los monárquicos españoles comienzan a odiar la República, sin pensar que no hay posibilidad de restauración. Una actuación sincera de las derechas dentro de la República sería conveniente para todos; pero una actuación de derechas fuera de la República sería la guerra civil, con ventaja exclusiva para el comunismo. Lo que comenzaría por una lucha política terminaría en una liquidación social. Piensen en Rusia; recuerden la etapa Kerenski y no olviden que, rotos los frenos morales, el descarrilamiento es inminente. Una voz de alerta en este sentido sería conveniente. Pero, ¿cuál es la voz que hoy tiene autoridad

sobre las derechas españolas? Los hombres de consecuencia republicana son repudiados por nuestras clases conservadoras, que ven, en cambio, con simpatía a los tráfugas ambiciosos, por considerarlos capaces de cualquier traición. Esta actitud de las derechas españolas retrasa todas las soluciones y sólo logra irritar a las izquierdas, recelosas de una emboscada.

Aquí mismo, entre nosotros, palpamos este confuisionismo, este enrolamiento de elementos de diversos colores y matices, unidos solamente por la más desvergonzada codicia de poder. Poder que se utiliza para atropellar, para vejar a las personas y a los sentimientos que no se rinden al más inculto y grosero caciquismo que jamás haya padecido Tenerife.

Con procedimientos torpes y pasionales, ¿es posible realizar obra pacificadora? Con partidos tributarios del odio, ¿es posible hacer obra eficaz? Con hombres corroídos por menudencias y antipatías personales, ¿se puede realizar labor democrática? Imposible. Tenerife —lo repetimos una vez más— se consume en una hoguera de pasiones. Ofuscados los elementos directivos del País, no ven que el futuro no puede ser de quienes atropellan sentimientos religiosos e intereses de carácter general, sino de quienes sirven honradamente a la República, como con prometedora elocuencia ha dicho el joven abogado don Manuel González de Aledo.

¡Y de no ser así, que Dios nos ampare!

«La triste Condesa»

Este afán de trastocar todo, de barrer todo, hasta aquellas cosas que por su significado debieran de ser sagradas para los buenos republicanos, ha llegado rápidamente a los pueblos. Un prejuicio, a veces infantil, los lleva a romper con la tradición, incluso con la que tiene raíces verdaderamente liberales, porque un detalle, una palabra, una insignificancia cualquiera les suena a cosa reaccionaria. El propio Unamuno —cuyo republicanismo y espíritu avanzado no inspira recelos— cita recientemente, con el aticismo de su ironía, el siguiente caso de republicanismo demoledor e inconsciente.

En Arenas de San Pedro, pueblo de la provincia de Ávila, existía una calle con el nombre evocador de «La triste Condesa». Este poético nombre venía, desde siglos, en recuerdo de la mujer del Condestable don Álvaro de Luna, que fue decapitado por la ingratitud de un monarca absoluto, don Juan II, y por las intrigas de unos nobles, cuyo poderío puso a raya, en defensa del pueblo. Pues bien, este homenaje a la compañera del mártir desapareció. La calle fue rotulada con el nombre de «La Libertad», concepto ya sintetizado bellamente con el nombre sugeridor y poético de «La triste Condesa». Eso de la Condesa, aunque aludiera a la mujer de don Álvaro de Luna, defensor de la plebe,

no pudieron pasarlo los republicanos de Arenas de San Pedro. No creo que el santo, por muy pescador que fuera, esté tampoco seguro en aquellas Arenas.

Dos milicias de odios

Aquí mismo, en esta pacífica isla de Tenerife, donde la revolución la hizo el telégrafo, que nos comunicó el cambio de régimen y se recibió la noticia con general regocijo, y donde lo lógico es que no pasara nada desagradable, se violentaron tantas cosas, se desataron tantas pasiones, se pusieron tantos vetos, que la vida insular ha quedado perturbada, envenenada, separando unos elementos de otros, rompiendo los vínculos de la consideración personal, creando dos bandos, dos milicias de odios que imposibilitan toda obra de cordialidad. Se entronizó en los pueblos la intolerancia y el sectarismo, y se creó un problema partidista, donde sólo existía la necesidad de una noble y desinteresada colaboración. Y todo esto, ¿para qué? Si hubiese sido para la mejor defensa de los intereses de Tenerife, bien está que se hubiera recurrido a tales procedimientos. Si hubiese sido para forjar un alto prestigio tinerfeño, pase, que ello nos habría proporcionado la satisfacción de haber contribuido a formar una personalidad en las Constituyentes; pero para dormir plácidamente en los escaños del Congreso y colocarse en un plano

de subalternidad no hacía falta enconar tanto los ánimos, alegando títulos posesorios.

Sírvanos esto de lección para el futuro y no envenenemos con pleitos personales nuestros pueblos, tan pacíficos y acogedores. No dejéis entrar por los resquicios de vuestras puertas la discordia; no seáis juguetes de pasiones ajenas y —¡por los cielos!— no abriguéis en vuestros pechos el odio, porque, desde que el mundo es mundo, el odio no ha parido nada bueno.

El problema principal de nuestra isla, como el de España, es calmar los espíritus, llevar la tranquilidad a todos los hogares y la seguridad a todos los españoles de que la República no es el desorden y la persecución, sino la justicia y la paz y, lo que es más aún, el amor entre todos los buenos ciudadanos.

Hasta ayer la misión de los pueblos y de los hombres liberales era destruir, demoler un régimen donde la concupiscencia y la tiranía se habían aliado para detentar un poder arbitrario. Caído, anulado, tronchado ya en sus mismas raíces y proclamada la República —esta República que, por lo bien nacida, constituye la página más gloriosa de nuestra historia— es el momento, ahora, de la responsabilidad.

Esta labor constructora es para Tenerife compleja y difícil. La diversidad de nuestros problemas insulares y la carencia de hombres preparados para los negocios públicos retardará la nueva estructuración del

País. Hemos de abandonar los viejos procedimientos, desechando las menudas discordias personalistas y localistas para afrontar en conjunto, con una visión amplia de la Isla, los problemas fundamentales, controlando nuestras posibilidades y nuestra riqueza para las innovaciones que la República implantará en las Islas Canarias.

Problemas de carácter material y de carácter espiritual nos planteará el futuro. Vayamos haciéndonos a la idea. Mediten serenamente sobre esta materia, dispuestos a afrontar, si preciso fuere, la impopularidad —como la estoy yo afrontando esta tarde, sin que me hagan callar las sirenas de los autos y camiones que han estado alborotando intencionalmente para ahogar mi voz— afrontando, repito, la impopularidad, para encauzar la opinión pública por caminos de cordura y de prudencia. No nos dejemos arrastrar por estados pasionales. No hagamos concebir al pueblo ilusiones que no se podrán hacer efectivas. Tengamos el valor de la sinceridad. El momento es hartamente grave y decisivo para cimentar en el vacío el porvenir de nuestra región.

Pasados los días de las naturales expansiones de júbilo, hay que pacificar los espíritus y dar vida a un ideal isleño que ponga al servicio de nuestra tierra y de la República todo buen propósito, toda noble iniciativa. Si de hoy en adelante nos dividimos en dos castas, nada grande haremos. Si por el contrario, nos

presentamos como un pueblo renovado y purificado en las aguas de la libertad, el porvenir será nuestro.

Cerremos los caminos a la intolerancia; terminemos con ese jacobinismo que no cuadra con nuestras costumbres ni con nuestra naturaleza; recobremos el buen juicio para no pretender derrumbar en unos días la fortaleza que hace veinte siglos se viene construyendo. Humanicemos la República, cristianizando sus métodos. No tachéis de regresivas mis advertencias, al decirnos que hay que cristianizar la República, cristianizarla para afirmarla.

Si seguimos con persecuciones religiosas, atropellando tradiciones enraizadas en el alma nacional, tened por seguro que la libertad que ganamos con paz y alegría, la perderemos con sangre y fuego. No olvidemos que la libertad que, como la nuestra, se ha ganado con la justicia, se pierde fácilmente con el desorden. Hemos de inculcar al pueblo, a la masa, el respeto al derecho —al propio y al ajeno— para que no se malogre nuestra victoria. Roturar el campo, con trabajo y voluntad, antes de sembrar, para recoger una buena cosecha. Tened en cuenta que la siembra de ideas requiere más tiempo y más constancia que la siembra del grano. ¡Labradores necesita España y no agitadores!

Ya pasaron los días de agitación; éstos son días de responsabilidad y serenidad para estructurar el porvenir. Hemos de trabajar cordialmente, jubilosamente,

para fecundar, con semilla nueva, las tierras de España y las almas de los españoles.

Sea por lo tanto nuestra actuación un ejemplo de patriotismo que nos capacite en los negocios públicos para los más altos empeños. Colaboremos sin reservas en el programa tinerfeño. Nada de camarillas ni exclusivismos absurdos. Cooperación honrada y comprensiva. No de espaldas al pueblo, sino recogiendo los más íntimos latidos de su espíritu. ¡Que Tenerife adquiera el prestigio que los viejos partidos no quisieron o no supieron darle!

Septiembre de 1931

BENAHOARE

El amor a la tierra y el dolor de no superarse

Requerimientos de amistad y de viejo afecto obligáronme —señoras y señores— a tomar parte en esta fiesta, cuyo contenido espiritual demanda no la humildad de mi palabra, sino el prestigio de un verbo más elocuente que supiera recoger en vaso de oro las puras esencias de vuestro sentimiento y de vuestra poesía, para ofrecerla ahora, al final, como un cáliz, como un vino eucarístico, a todos aquellos que adoran con culto ritual y fervoroso al arte y a la tierra. Al arte que pone en nuestra mente un destello y en nuestro pecho un anhelo infinito; a la tierra, a esta tierra, ¡madre nuestra!, que brinda a sus hijos el milagro de una primavera eterna y de una fecundidad en perpetua renovación.

Tal debería de ser la estirpe del orador que cerrara esta solemnidad literaria; pero sus organizadores pensaron, acaso, que la palabra no sólo es digna por la elocuencia y la brillantez de su estilo, sino también

por la sinceridad, por esa emoción íntima y recogida que da a nuestra voz el temblor de un deseo y deja en nuestra alma el dolor de un imposible, el dolor de no superarse, el dolor de no encontrar la expresión viva, el dolor de no poder traspasar lo más puro de nuestro ser a quienes, como vosotros, nos conceden la merced de oírnos; el dolor, en fin, de no poderse entregar todo, encendido en la idea y en el pensamiento.

Y esa sinceridad es la única virtud de mi palabra, y ésta es, de seguro, la razón de que aquí me trajeran.

Reclamo, pues, vuestra benevolencia, y si por torpezas mías mereciera censuras mi obra, culpado de ello a la culta sociedad «Hijos de La Palma», a este grupo de hombres progresistas y entusiastas que son la avanzada de vuestra intelectualidad y vuestro patriotismo, y que, al ofrecerme este puesto, si bien me proporciona el placer de convivir con vosotros, aunque sólo sea fugazmente, me pone, en cambio, en grave riesgo de defraudaros, aunque otra cosa os hayan hecho presumir las generosas palabras del elocuente orador don Hermenegildo Rodríguez Méndez, en su brillante discurso de presentación.

La ciudad amada del mar y del cielo

Esta mañana, a medida que nuestro barco se acercaba al puerto, mi espíritu se ensanchaba, y no podía

menos de exaltar, en muda plegaria, las bellezas de esta isla. Mis ojos recogían, ávidos, el paisaje para retenerlo luego largo tiempo. Había en ello como un goce para la vista, como una caricia tierna y sensual. La Palma, contemplada desde el puente de un navío, tiene un encanto extraño y seductor, una cierta femineidad, una coquetería de mujer limpia. Esta ciudad nace de las espumas como Venus, y ganosa de la gloria trepa hacia arriba. Dijérase que quiere recibir a un mismo tiempo el impetuoso homenaje de las olas y el beso inmaculado de las estrellas.

Frente a la ciudad está el mar, que le habla cada día de otros mundos y de otras civilizaciones. El mar por donde vinieron, desplegadas sus velas —rojas al sol poniente—, las naves conquistadoras, pájaros de grandes alas, que fueron para los guanches como un presentimiento, como un mal presagio, como un augurio de duelo y exterminio; el mar, que es un camino siempre abierto al porvenir, que es la liberación y que, sin embargo, aprisiona a la ciudad, intentando abrazarla, acariciarla como un amante; como un amante que un buen día, desenfrenado y soberbio, rugió celoso, porque ella, en un ansia de idealismo, miraba con amoroso éxtasis al cielo.

Desde ese día vuestro mar y vuestro cielo son rivales. Ambos aman a la ciudad, y la ciudad, que es romántica, que es soñadora, que tiene el alma llena de ilusiones y de dulces afanes quiere, en eterna ascensión,

ir hacia el cielo. Ved las últimas casas cómo van subiendo, subiendo, impacientes por llegar. Pero la ciudad, aunque sueña —bienaventurados los que sueñan, porque de ellos será el reino del espíritu—, vive despierta. Es trabajadora, comercial, hacendosa. Es colmena que labora su panal y araña que teje su tela, y si necesita del cielo para dar expansión a su alma, también necesita del mar para dar expansión a su brazo. Por el mar van sus industrias, sus labores tan primorosas, sus frutos tan ricos y variados; por el mar va también, a veces, su propia sangre a regar otras tierras, a fecundarlas, afirmando el vigor y la energía de la raza isleña.

Ved, pues, cómo esta ciudad —que tiene la gallardía de una moza— se encuentra requerida por dos amantes, a quienes nadie es osado disputar su amor, por dos amantes que han impreso en su ser diversas tendencias, haciendo de ella la más cabal y completa doncella, la que sabe entornar sus ojos a tiempo, en un vago ensueño, en una aspiración de sana y confortadora espiritualidad, y es también la perfecta ciudadana, la que cuida y aumenta su hacienda, la que tiene el hogar limpio y la conciencia tranquila, la que cada noche duerme satisfecha de sí misma, satisfecha de haber aprovechado el día, orgullosa de que su vida sea un impulso, una orientación. La voluntad la hizo fuerte y el espíritu soñadora. El cielo le abrió un horizonte al romanticismo y el mar otro horizonte al progreso.

Al acercarme esta mañana a vuestras playas me impresionó tan hondamente la visión de esta ciudad, que en mi interior nació la imagen de sus amores con el mar y el cielo, revestida de tal magnificencia, que sólo siento ahora que la palabra, esquiva y rebelde, no haya podido expresarla con la fuerza emotiva y sugeridora con que fue concebida.

Deseo mío era que ello fuese una exaltación adecuada al momento, pero ya que no tiene toda la intensidad que su belleza reclama; sea el más cortés y galante ceremonial con que yo, rendido, saludo a la ciudad amada del mar y del cielo. Al encararme esta mañana con Santa Cruz de La Palma arrojé el lastre que, para cumplir mi cometido, traía desde Tenerife. El paisaje se impuso y, adueñándose de mi pensamiento, me hizo suyo.

Las rocas de Prometeo y el verde luminoso de Pablo Veronés

De las siete islas de nuestro archipiélago, esta de La Palma es una de las más trabajadoras, de las más industriales y, desde luego, la más hermosa. De sus trabajos, de sus industrias y de sus bellezas no he de ser yo quién, en esta noche, haga la apología, cuando tanto se ha escrito de ello, no en letras hispanas precisamente, sino en libros extranjeros, que proclaman con los más efusivos ditirambos las excelencias de esta

tierra. Esos libros son vuestro blasón, vuestra principal ejecutoria de nobleza.

Y es que tiene esta isla una frescura, una lozanía, que no tiene ninguna de sus hermanas, algunas de ellas más grandes, más ricas, más poderosas tal vez, pero ninguna posee una naturaleza tan espléndida. Ninguna hizo como ésta de sus montañas una selva, de sus llanuras un jardín; ninguna como ésta es dueña de un campo donde el paisaje se renueva constantemente en una deslumbradora variación. Por entre los pinos, las vides y los almendros se asoman temerosos los rojizos techos de vuestras simpáticas viviendas campesinas, que son como una lluvia de amapolas sobre el valle.

Yo acabo de dejar detrás de mí los riscos gigantescos de Tenerife. Riscos monstruosos que ponen en el inmenso azul celeste una nota desgarradora, inclemente; riscos de una horrorosa grandiosidad trágica, que parecen convulsionados por una maldición apocalíptica. Rocas despiadadas, propicias para encadenar a Prometeo en castigo a sus sublimes audacias. Ellas circundan la isla nivariense como si quisieran impedir la entrada en el Jardín de las Hespérides. Con gesto de sórdida avaricia aquellas peñas acantiladas y sombrías ocultan a los ojos de los que arriban a las playas tinerfeñas el valle de Taoro y la vega de Agüere, donde cayeron todos los dones de la naturaleza. Yo he dejado atrás aquellos riscos, que son como una visión

de pesadilla, como una visión dantesca, y he despertado, desvanecido de luz, frente a la gama luminosa de un verde infinito que envuelve en ropaje aterciopelado a la isla de La Palma.

Parece ser como si los venecianos —de un colorido tan fastuoso— se hubieran encariñado en la copia de vuestros campos para que sirvieran de fondo a una pintura mural en el palacio de los Dux. ¡Ticiano, Tintoretto, Palma el Viejo!, ¿quién de vosotros soñó con un verde tan diluido y armonioso? ¿Fue acaso Pablo Veronés en esa *Apoteosis de Venecia*, en esa maravillosa techumbre del Concejo ducal?

Afinidades entre Tenerife y La Palma

Sin embargo, ninguna otra isla tiene tanta afinidad con Tenerife como La Palma. Las dos están empapadas de una misma poesía, de una misma leyenda, de una misma epopeya. Vuestros héroes y nuestros héroes tienen el mismo tesón en la contienda y la misma nobleza en la paz; vuestros menceyes y nuestros menceyes desprecian, con el mismo gesto espartano, la vida y rinden igual culto a la hospitalidad y al honor; vuestras princesas y nuestras princesas tienen la misma nobleza grácil y montaraz, sus ojos tienen el mismo hechizo, sus bocas la misma miel, sus almas la misma honestidad y el mismo recato; ellas unen dos pueblos

y funden dos sangres por el amor, por el divino amor que pone en las almas resplandores de gloria y en la conciencia anhelos de justicia. La misma mano que clavó la bandera de Castilla en esta tierra, la clavó más tarde en la tierra tinerfeña. El mismo perfume místico tiene vuestra Virgen de las Nieves que nuestra Virgen de Candelaria.

**Los dos héroes representativos de la raza guanche:
Tanausú y Tinguaro**

Vuestro Tanausú y nuestro Tinguaro están formados de un mismo barro y de un mismo ideal. El caudillo palmense y el caudillo tinerfeño son los más altos valores de la epopeya guanche. Aquéllos fueron los dos brotes más puros y lozanos de la raza muerta; sus gritos libertadores aún repercuten en las laderas de San Roque y en los acantilados de La Caldera. Hasta sus muertes tienen no sé qué extraña afinidad, qué suprema amargura que les hermana en el dolor. El uno, rendido, ya en el suelo, invocando su linaje real —«No mates al hidalgo que se te entrega, que es hermano del rey Bencomo»—, fue traspasado por las lanzas de Lugo, sordas a la clemencia. El otro, allá está, en el fondo del mar; camino de España se dejó morir de hambre, no quiso llegar al país de los conquistadores que, alevosamente, lo hicieron prisionero.

Los hechos heroicos del pueblo guanche —tan poéticamente relatados por el ilustre Rodríguez-López en su admirable biografía del mencey de Aceró, de la que se acaban de leer tan hermosos párrafos— y su amor a la tierra insular son la base de donde arranca la construcción histórica de la región canaria.

La Caldera y el Teide

¡Y qué mayor nexo y qué vínculo más fuerte entre La Palma y Tenerife, sino el creado por el decir popular cuando asegura que, en formación esta isla, en medio de un enorme cataclismo, se desgarró el vientre y nos lanzó un pedazo de su ser, dejándose abierto el seno que, orgulloso de su magnánimo esfuerzo, conserva aún el sello de su maternidad! Este es el grandioso poema de La Caldera, de esa enorme entraña que en un ciclópeo alumbramiento parió —para gloria de Tenerife— a nuestro Teide, bienamado de los poetas y de las nubes.

Fraternidad insular

Este parentesco, esta consanguinidad obliga a que las dos Islas se unan en íntimo y estrecho abrazo, y hace que este acto, tan simpático y elevado, tenga,

además de su carácter artístico, un carácter eminentemente regional, en el más noble y puro concepto del regionalismo. Del regionalismo que es sentimiento, que es amor, amor a nuestras costumbres, a nuestra historia, a nuestras tradiciones.

En tributo a estos sentimientos y teniendo en cuenta que toda obra progresiva, que toda obra de avance es hija del amor, precisa que terminen de una vez para siempre los enconos y rivalidades de las siete hermanas canarias, que se borren las rencillas y agravios, que se cierren las heridas, si heridas hubo, que todas son hijas de una misma madre: de la Atlántida —que las dejó en medio de este mar para que sirvieran de puente entre dos mundos—, y, estrechándose las manos y los corazones, piensen que juntas, unidas por una misma aspiración, serán grandes, serán fuertes; que los intereses de las unas no están reñidos con los intereses de las otras; que nuestros problemas antagónicos son tan pequeños que nos denigran y empobrecen; que frente a la vieja política del odio, de la separación y del aislamiento hay que poner la nueva política de la paz, de la unión y de la fraternidad, procurando que de esta naciente inquietud surja el ideal que haya de redimirnos y dignificarnos.

Un pueblo sin ideal es un pueblo entumecido. El ideal es el evangelio que santifica las luchas ciudadanas, es la fuerza consciente que día tras día y hora tras hora va abriendo paso a la idea, a la idea que antes

fue mandamiento en el alma de la multitud y que luego se hizo luz en la mente de los caudillos.

Este ideal es el que falta a nuestras contiendas políticas, y este ideal hay que buscarlo en la entraña misma de la tierra canaria. El ideal, antes; el programa, después.

Tengamos región y luego pidamos autonomía; pero no olvidemos que esto, más que obra de políticos, es obra de poetas, de escritores. Nuestro glorioso paisano, don Ángel Guimerá, y aquel excelso poeta que se llamó Jacinto Verdaguer han hecho, de seguro, más por el regionalismo catalán que la Lliga y el propio Cambó, porque éstos sólo han hecho el programa de la autonomía y aquéllos hicieron, con las concepciones de su genio, el alma de la región.

He aquí lo que nos hace falta a nosotros: tener alma regional. A ello deben tender, ante todo y sobre todo, nuestros poetas; a ello deben tender todos los movimientos renovadores de nuestra vida isleña, todas las palpitaciones del corazón isleño.

Cuando digo vida isleña, cuando digo corazón isleño, entiéndase que aludo a las siete islas, pues hablar de regionalismo, hablar de autonomía y permanecer aislados, separados por pasiones y rivalidades, no sólo nos empequeñece y degrada, sino que imposibilita toda solución.

Y ninguna tan llamada a realizar esta obra de concordia como La Palma, no sólo por su situación

intermedia, sino por haber permanecido alejada de esa hoguera de discordias que consumen las energías de las dos hermanas mayores. Labor de cordialidad es esta que desean los elementos sanos de la provincia, los hombres de buen propósito, los limpios de conciencia y los puros de corazón.

Emprenda esta cruzada La Palma, destruya esa leyenda de las malquerencias canarias y cuente que con ello redime a nuestros hijos de un pasado vergonzoso y los coloca frente a un porvenir de paz y justicia.

Benahoare

Que esta fiesta de Benahoare —que tanto parecido tiene con aquella de Los Meceyes que hace poco celebró el Ateneo de La Laguna, ese Centro que tanto ha influido en nuestra vida insular—, que esta fiesta, repito, tenga un sentido político y un sentido patriótico. Si Benahoare quería decir en la lengua de nuestros antepasados «Mi tierra» —siempre el culto al solar en aquella raza extinta—, en esta noche y en el futuro debiera de tener un significado más extenso, más expansivo; al decir Benahoare, digamos «Nuestra tierra», la tierra de todos los canarios.

Si a esto se opusieran rancios prejuicios; si el pasado, revestido de sus pasiones y de sus lacras, se levantara como un espectro para impedir este abrazo

entre las siete hermanas, terminemos con el pasado —jestrangulándolo, si es preciso!—, y veremos caer entonces sobre estos riscos isleños un bautismo, una lumbrarada, un sol.

¡Poetas, vuestra es la hora! La tierra reclama de vosotros la más recia y vibrante estrofa, en la que rimen los mil latidos de la entraña canaria, en la que el ideal, como el verbo divino, se haga carne. Estrofa que sea como un inmenso corazón de bronce sonoro en la nueva mañana resplandeciente.

El amor y el arte

Y termino, no ~~sin~~ antes inclinarme ante vosotras, gentiles damas, y deshojar a vuestros pies las más pulidas y fragantes rosas de mi alma.

Oblígame a ello no sólo la galantería, esclavizada en esta noche por vuestra juventud y vuestra hermosura, sino la representación que ostentáis, esos trece pueblos aquí congregados en íntima hermandad, bajo el amparo maternal de nuestra España, muy amada. Representáis a la isla de La Palma por legítimo mandato y simbolizáis también, por egregias prerrogativas de vuestro espíritu, el arte y el amor, los únicos valores que en este derrumbamiento, que en esta bancarrota mundial se elevan intangibles, inmaculados. Las instituciones seculares, los principios que se creían más

arraigadas en la sociedad se desmoronan, y en esta crisis, de la que saldrá un mundo más perfecto, más justo y más humano, en este naufragio ideológico sólo se han salvado el arte y el amor, que son dos faros que iluminan al mundo.

Por el arte revive Grecia en los mármoles truncados de Fidias y Praxiteles; por el arte, el misticismo tan austero, tan sombrío en los primitivos cristianos, se torna luminoso en los lienzos de Leonardo y en las madonnas de Rafael; por el arte el bloque adquiere vida en manos de Miguel Ángel; por el arte la visión del infierno se hace armonía en los tercetos de Dante, y todo un pueblo es plasmado en nuestro *Don Quijote*.

Por el amor, por esa verdad eterna, nos acercamos los hombres a vosotras, llevando en las manos el corazón, palpitante y encendido, como un exvoto; por el amor floreceréis vosotras en vuestros hijos, y por el amor vuestros hijos serán dignos del porvenir de esta tierra isleña.

Octubre de 1919

ROMANTICISMO
en
Los Llanos de Aridane

No es llano mi cometido esta noche, ya que, después de una fiesta como ésta, es para mí —señoras y señores— difícil prolongar la emoción, esa emoción que se me ha metido alma adentro. He asistido a muchos actos similares a éste, he tomado parte en algunos, pero pocas veces he visto desarrollarse el programa con tanta perfección. Aquí todo está a punto y, lo que vale más, todo está empapado de dulce poesía. Habéis cuidado no sólo las formas y los colores, sino el matiz, el claroscuro, la sugerencia.

La plaza con el prestigio de sus viejos laureles y la iglesia por fondo obliga a mucho, pero vosotros, los organizadores del festival, habéis creado un clima propicio a las manifestaciones del espíritu. De cuando en cuando es saludable remontar el vuelo, subir, dejando atrás las luchas y las miserias de este bajo mundo que se destruye con sus malas pasiones. Para olvidar por unos momentos estas hirientes realidades, tendéis un puente ideal que nos proporciona la evasión. Estamos

ahora en pleno romanticismo. Versos, músicas y danzas bajo un cielo estrellado.

Evocar el romanticismo en este torbellino materialista de hoy tiene el valor de una afirmación religiosa, de una proclamación de fe hecha bajo las bóvedas de un templo invadido por la impiedad. Por eso yo quiero destacar que, con esta velada, habéis creado un ambiente de cosa pasada, un ambiente de romanza y cornucopia, aquel ambiente grato a nuestros padres, en que la poesía se exaltaba hasta la pasión y la pasión se expresaba con palabras encendidas, de homenaje a la mujer, síntesis y compendio del amor humano.

Nunca como en el siglo XIX —ese siglo tan bueno para todos y tan maltratado por todos— disfrutó la mujer de una consideración tan elevada. La mujer que había cultivado su entendimiento ejercía un rectorado en la vida nacional, y lo ejercía por su propia influencia, por el imperativo de sus encantos. Los artistas les dedicaban sus mejores composiciones y los políticos solicitaban y se honraban con la amistad de ilustres damas que, sin ellas pretenderlo, orientaban las actividades públicas, proporcionándoles modos corteses y amables, de que tan necesitados estamos hoy. La mujer entonces no había logrado la conquista del sufragio, no había descendido a la calle enardecida y violenta, pero se imponía por su espiritualidad desde el estrado de su casa o tras el varillaje de un abanico, frágil muralla en las lides galantes.

En este medio social la mujer era centro de la vida política y artística. Ella más que colaboradora era inspiradora, por cuya causa la poesía tenía que producirse en sentido amoroso, que culminó en las rimas de Bécquer, del poeta triste, amargado, pero cuya amargura es un bálsamo para los enfermos del divino mal. ¡Cómo han vibrado las generaciones del siglo XIX recitando los versos de Bécquer! ¡Cómo han palpitado las almas leyendo a la luz del quinqué las rimas inmortales!

No os riais de estas cosas —vosotros, jóvenes de hoy, militantes del deporte y la camaradería—, no os riais, porque ésa es una emoción que no habéis gustado y, creedme, es una emoción que vale la pena de sentir no sólo por lo que tiene de agradable, sino porque nos aleja de las impurezas y nos hace soñar con un mundo mejor.

Claro está que a vosotros no os interesan los sueños. Vivís una época de perturbaciones, y no es cosa de soñar, sino de estar despiertos y atentos a las realidades. Pero cuando yo digo soñar no digo dormir; no aconsejo cerrar los ojos de la cara, sino abrir los ojos del alma. Los que se miran hacia dentro alcanzarán una vida más larga —dice San Pablo—. Y es eso lo que yo recomiendo: vivir una vida intensa. Que la existencia sea más profunda y más bella. Que allí, donde se cierran los horizontes del mundo, se abran nuevos horizontes ideales, para que el hombre no sea

un amasijo de huesos y pasiones, sino una lumbrarada camino del infinito.

Una lumbrarada. Ésa fue la obra y la vida de Gustavo Adolfo Bécquer, cuyo grupo escultórico del Parque de María Luisa, en Sevilla, habéis tenido el gran acierto de reproducir esta noche a lo vivo —sangre y espíritu isleño—. Bécquer murió joven, como los dioses, y murió con la flecha de Eros clavada en el costado. ¿Qué misterio existe en sus amores? ¿Qué mujer inspiró sus rimas? ¿Cómo era física y moralmente la mujer que lo atormentaba con sus desvíos y lo alentaba con sus miradas? Oigámosle a él mismo en la rima simbolizada por estas tres bellísimas muchachas:

*Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;
de ansia de goces mi alma está llena.
¿A mí me buscas? No es a ti, no.*

*Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,
puedo brindarte dichas sin fin,
yo de ternura guardo un tesoro.
¿A mí me buscas? No, no es a ti.*

*Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz,
soy incorpórea, soy intangible.
No puedo amarte. ¡Oh, ven, ven tú!*

Ya lo veis, Bécquer desdeña la realidad por hermosa que sea, desdeña los dones que la vida le ofrece y clama por un imposible, por un sueño, por un fantasma que no lo puede amar o que lo amó demasiado. De todos modos, amor de mujer o amor de fantasma es para él un imposible, pero nada aviva más el deseo de posesión que un imposible. Tanto más deseamos las cosas cuanto más lejos están de nosotros. «Yo voy por un camino y ella va por otro» —dice él mismo— y estos dos caminos que no se encuentran jamás, hacen que el suyo sea un deseo doloroso que le obliga a exclamar: «¡Llora, mujer, no te avergüences de llorar, yo soy hombre y también lloro!» ¡Pobre Gustavo Adolfo, poeta del amor y del dolor!

Amor, dolor. ¿Qué divino misterio existe entre vosotros? ¿Qué lazo invisible os une que, siendo al parecer enemigos, estáis siempre juntos y no es posible llegar a la posesión del uno sin pagar al otro el tributo de lágrimas que, inexorable, reclama cuando queremos pasar los umbrales de la felicidad? ¡Amor, dolor! ¿Por qué, si en esencia sois uno, en apariencia sois dos, tan diversos y opuestos? Sufrir es purificar el espíritu —dicen los místicos—; precisa macerar la carne para dejar el alma en libertad. Esto está bien en lo divino, pero en lo humano, en los sentimientos de las criaturas, debiera de cancelarse el dolor en beneficio del amor.

La tragedia de nuestro poeta arranca de su matrimonio, de la incomprensión de su mujer —Clara de

nombre y oscura de entendederas, ya que no supo vislumbrar el destino glorioso que le estaba reservado a su marido—. Una esposa que se desentendía de su compañero, que no sintió el orgullo de compartir una existencia superior, que no supo alentarlo, que no quiso o no pudo prestarle esa muda colaboración femenina, tan fecunda para los artistas. Aislada en su propia vulgaridad fue incapaz de sentir la llamada de la gloria y destrozó una vida en plena juventud, cuando los laureles comenzaban a brotar en sus sienes.

Por ello dijo con escéptica resignación:

*¡No me admiró tu olvido!
Aunque un día
me admiró tu cariño mucho más.
Porque lo que hay en mí que vale algo,
eso . . . ni lo pudiste sospechar.*

Incomprendido en su hogar, ignorado de su mujer, busca la ilusión fuera de su casa y, lo que importa más para un artista, busca el estímulo creador.

Mujeres que me escucháis: si os interesa la paz y la dicha de vuestras casas, si deseáis el bienestar de aquellos que a lo largo de la vida comparten con vosotras alegrías y sinsabores, tenéis que ser no sólo esposas, sino compañeras, amigas, colaboradoras encariñadas con los trabajos profesionales de vuestros maridos, y si esos trabajos son de índole artística, precisa

además, que sepáis ser acicate, espuela de oro, aliento constante para que surja, por estímulo de vuestra femineidad, la chispa genial con que los creadores signan sus obras maestras.

Esta compañera, esta colaboradora faltó en la intimidad de Bécquer, quien encontró el ideal no en su mujer, sino en la dama del balcón, en la bella admiradora que lo ve pasar todos los días y, sin proponérselo, aviva en el poeta la llama creadora. Estimulado por esta visión produce sus mejores estrofas. Julieta Espí —así se llamaba— pasa a ser su musa. La chica del balcón será el amor imposible, el ideal de su vida.

La esposa de Bécquer no supo llenar el vacío espiritual de su marido, y este vacío lo llenó la mujer desconocida, con una mirada lejana, cargada de ternura.

En una de sus rimas más agrias dice:

*Una mujer envenenó mi alma,
otra mujer envenenó mi cuerpo;
ninguna de las dos vino a buscarme,
yo de ninguna de las dos me quejo.*

*Como el mundo es redondo, el mundo rueda;
si mañana, rodando este veneno
envenena a su vez, ¿a qué quejarse?
¿Puedo dar más de lo que me dieron?*

¿Quiénes fueron estas dos mujeres que envenenaron su vida y su alma? Poco dado a confidencias, lo calla. Sus amigos no logran entrar en los recovecos de su intimidad. Nuestro ilustre Teobaldo Pówer, que compartió su afecto, decía que su matrimonio era una desolación, y que su mujer, perfecto modelo de vulgaridad y desorden, no le proporcionó un día de bienestar.

Lo terrible para estos soñadores, hechos para caminar por las nubes, es tener que descender a la realidad cotidiana de un vivir mediocre y grosero.

¡Cómo debe pesarles la incomprensión y la sequedad de la propia casa!

Por estos tiempos del romanticismo español existían tres escritores, representativos de su época, en cuyas vidas influyeron tres mujeres. En la de Bécquer, Julieta Espí, alejada y silenciosa. Otro soñador, Mariano José de Larra, gran periodista, gran crítico, que hizo célebre el seudónimo «Fígaro». Este escritor vive separado de su mujer, por incomprensión, por ese mal incurable de la vulgaridad, verdadera angustia del vivir, y tiene amores con una dama culta, de atractivo personal, llamada Lolita Armijo. Estas relaciones clandestinas se prolongan y se produce un escándalo social. Lolita está casada con un eminente juriconsulto. Interviene la familia. Hay escenas. Ella se asusta y le anuncia a «Fígaro» una visita en su casa. ¡Con qué ilusión aguarda la visita de su amada! Colma de rosas

los tiboires de su gabinete de trabajo, perfuma la estancia, tamiza la luz... y espera, espera. Por los latidos de su corazón cuenta los minutos y le parecen siglos. Por fin los pasos menudos de Lolita Armijo ponen término a su impaciencia. No viene sola; le acompaña una amiga. Él indaga. Ella, fríamente, le hace comprender que no acude a una cita. Viene sólo a recoger sus cartas, pueden comprometerla y espera de su caballerosidad...

— ¿Entonces...? — interroga «Figaro».

— Hemos terminado — contesta ella.

— ¿Para siempre?

Un poco cruel, un poco frívola, Lolita replica:

— ¡Para siempre! — Y abandona la casa del escritor llevándose las cartas, testimonio de su amor o de su capricho. Mientras ella se aleja con sus pasitos menudos, Larra coloca sobre su pecho el cañón de una pistola y rompe un corazón que, minutos antes, había roto con sus manos pulidas una mujer. Esto sucedía la tarde de un martes de Carnaval. En las calles de Madrid, la algazara de las máscaras.

Así, entre burlas y chanzas, se malogró uno de los más finos ingenios de las letras españolas.

En cambio Espronceda, el poeta donjuanesco, fue él quién sacrificó a Teresa Mancha. La sacrificó en vida y la enalteció muerta, dedicándole el canto más sentido de la lírica castellana. El hombre se empequeñeció en estos amores, arrastró por el fango el nombre

de su amiga; pero el poeta, al tener noticia de su muerte, escaló las más altas cumbres del dolor.

*Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
mi propia pena con mi risa insulto
y me divierto al arrancar del pecho
mi mismo corazón, pedazos hecho.*

*Brilla radiante el sol, la primavera
los campos pinta en la estación florida.
Truéquese en risa mi dolor profundo . . .
Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?*

Ahí tenéis tres episodios representativos de la época. Tres momentos históricos. Tres poetas que condensan la vida sentimental del romanticismo español. Ellos legaron a la posteridad los nombres de las tres mujeres que amaron. Hoy la distancia las idealiza. En la eternidad son tres estrellas de la poesía castellana.

De la obra de Bécquer sólo he de decir que es tan personal, que no es posible columbrar en ella influencias extranjeras, aunque Núñez de Arce, en tono despectivo, calificara de «suspirillos germánicos» las rimas, dando a entender el influjo de Heine sobre nuestro poeta. Sólo conozco la obra del autor de *Intermezzo* a través de traducciones, no siempre afortunadas, y me parecen tan diferentes, que no alcanzo a explicarme cómo el paralelo entre dos temperamentos tan

diversos tuvo tanto arraigo en los cenáculos literarios de aquella época. La crítica moderna, más imparcial y serena, ha modificado este juicio, proclamando la alta independencia del poeta sevillano.

Bécquer es único. Puede coincidir en la idea con otros poetas, puede desarrollar temas ya tratados; pero la forma, el ritmo y el sentimiento son distintos y, sobre todo, tiene una fuerza de concreción, de síntesis, a la que no ha llegado otro. Ved un ejemplo: Víctor Hugo es autor de un inspiradísimo poema, en el que expresa en bellos versos este pensamiento que yo expreso en mala prosa:

*Mujer, si yo fuese rey, yo daría mi imperio, mi
cetro, mis ejércitos victoriosos, mi carroza de oro y mi
pueblo de rodillas por una mirada tuya.*

*Si yo fuese Dios, daría el cielo, el universo, las es-
trellas, el sol, padre de la creación, los ángeles en coro
y el diablo a tus pies por un beso tuyo.*

Y muchas cosas más nos dice Víctor Hugo en una explosión de lirismo barroco que nos anonada por la fastuosidad oriental de su musa.

Nuestro Bécquer, en cambio, expresa el mismo pensamiento simplemente:

*Por una mirada, un mundo,
por una sonrisa, un cielo,*

*Por un beso . . . ¡yo no sé
qué te diera por un beso!*

¿Verdad que el nuestro con menos palabras llega más lejos? Son diferentes; como la tempestad y la brisa; como el *David* de Miguel Ángel y el *Perseo* de Benvenuto frente a frente en la Plaza de la Señoría de Florencia. Dos modalidades, dos temperamentos líricos. Dos pensamientos y un mismo camino: la belleza.

En las rimas bécquerianas hay algo de lo que persigue la pintura vanguardista: una cosa abstracta, una sugerencia. Pero en las rimas hay, además, algo eterno: sentimiento. Simplificad más todavía la obra de arte —cuadro o poesía—, dejadla en hueso, pero infiltradle espíritu, porque si intentáis, locos o audaces, hacer una obra de arte sin espíritu es como si quisierais encender una antorcha sin llama o apagar el sol para luego alumbrar el mundo con una cerilla.

Es Bécquer un orfebre de cosas pequeñas —pequeñas en la dimensión, grandes en el contenido—, pero sus poemas, aun el más breve, encierran una tormenta. Prueba de ello esta rima:

*Quando me lo dijeron sentí el frío
de un acero en las entrañas,
me apoyé contra el muro y un instante
la conciencia perdí de dónde estaba.*

*Cayó sobre mi espíritu la noche,
en ira y piedad se anegó el alma . . .
¡Y entonces comprendí por qué se llora,
y entonces comprendí por qué se mata!*

*Pasó la noche del dolor . . . Con pena
logré balbucear breves palabras . . .
¿Quién me dio la noticia? Un fiel amigo.
¡Me hacía un gran favor . . .! Le di las gracias.*

En este sentido Bécquer hiere la sensibilidad con ideas escuetas. En estos doce versos tenéis un drama completo. Con menos palabras no se puede ahondar más en el alma humana.

El romanticismo, como movimiento purificador de la vida y el arte, ennoblece cuánto toca. La humanidad comienza a darse cuenta que cegar las fuentes del alma es privarse del granito de mostaza, de la piedra de sal que sazona la existencia, y vuelve sobre el pasado, intentando reconquistar ahora —aludo a las cosas de orden espiritual— posiciones que había abandonado. Este renacimiento parte de aquellos pueblos que fueron los primeros en promulgar las doctrinas materialistas, regulando las acciones humanas sólo por leyes económicas, que no han podido satisfacer las apetencias ideales de nuestra naturaleza. La vida concretada en una fórmula biológica o en una operación numérica no vale la pena vivirla. Acaso por esta razón se le da

hoy tan poca importancia y se sacrifican cruelmente las vidas más esclarecidas. Si nos privan de las grandes satisfacciones espirituales; si nos privan de las grandes emociones artísticas; si la familia es un prejuicio y el amor no existe, ¿qué gozo nos proporciona la vida que justifique nuestro apego por ella?

Descendiendo del plano poético en que nos hemos colocado en esta noche a otro más efectivo, yo os pregunto: Si de las luchas políticas quitáis el ideal; si de las luchas sociales quitáis el ansia de mejoramiento; si de la administración pública quitáis la honradez y el afán de justicia, ¿qué queda? El odio en esqueleto, la violencia contra la violencia, la venganza contra la venganza, la codicia contra la codicia. Y no me cansaré de repetirlo: si los pueblos no vuelven por el justiciero romanticismo de Don Quijote —desfacer entuertos y agravios— no tendrán salvación. Hay que poner frente a la violencia la justicia; frente a la venganza el perdón; frente a la codicia la ley; frente a la rapacería la honestidad pública. Porque si movilizamos en pie de guerra las pasiones y el logrerismo, la miseria seguirá deprimiéndonos hasta la desesperación.

El mayor mérito de vuestra fiesta está en que le habéis infiltrado espíritu; espíritu en la música dolorida de Chopin, en las creaciones de Murillo, en las rimas de Bécquer; espíritu en cuanto nos rodea, hasta en los árboles, hasta en los ojos arrebatadores de vuestras mujeres.

Y esta exaltación espiritual se produce, para gloria nuestra, en un rincón de Canarias, en Los Llanos de Aridane; y esto sucede cuando el mundo, materializado y cargado de odios, busca un camino que no encuentra. Y no lo encuentra, porque los hombres de hoy, empequeñecidos en sus codicias, se han vuelto de espaldas a los valores eternos.

Después de las consideraciones de tipo sentimental, surgidas por el clima de esta noche, me asaltan otras de tipo social, que me llevan a pensar que el mundo se salvaría de su crisis más honda, si los hombres aceptasen, como mandamientos de la ley futura, las palabras de Jesús en su primitiva sencillez, sin interpretaciones torcidas y retorcidas, sin acomodarlas al bando de nuestras simpatías con monopolio exclusivo, sin deformarlas con nuestros egoísmos, sino dejándolas llegar a la mente y al corazón, tal como salieron de los labios del Maestro.

No es posible seguir viviendo dentro de este odio destructor, no es posible seguir viviendo con este rencor que enferma el alma y la conciencia, no es posible condenar a una y otra generación al castigo de la guerra. Son muchas las angustias pasadas, y la misma tierra no soporta más lágrimas ni más sangre. ¡Hay que vivir! Todos queremos vivir. Estos últimos años de incertidumbre y agonía, con los nervios rotos, no hemos vivido, y yo quiero hacerme la ilusión de que la humanidad —dividida en dos bandos— reclama una

existencia plácida y tranquila, en la que las energías no se consuman en industrias de guerra sino en industrias progresivas de paz.

Esta fiesta ilusoria y conforta, porque demuestra cómo la gente es feliz entregada a las actividades artísticas, cómo todos sentimos la llamada interior al contemplar de cerca la belleza, cómo los sentimientos se elevan en noches como ésta, en que por milagro de la poesía se establece una hermandad fecunda entre los nacidos de mujer. Aquí hay serenidad y paz, y, lo que importa más, alegría de vivir. Tenemos que volver al vivir alegre, al diálogo cortés y jovial, a mirarnos unos a otros de frente y sin rencor. Al rencor hay que estrangularlo para que nuestros hijos puedan encararse dignamente con el porvenir.

Para realizar esta obra de concordia entre los mortales, hemos de ser tolerantes. La flor más alta de la civilización es la tolerancia. Hay que respetar las ideas ajenas para que sean respetadas las nuestras.

Los hombres, en su soberbia, son dados a considerarse en posesión de la verdad absoluta y quieren imponerla violentamente, inhumanos y fanáticos. Y yo os digo —glosando un pensamiento de Leibnitz—: Si Dios me tendiese las dos manos diciéndome: «En ésta está la verdad absoluta y en esta otra sólo el deseo de la verdad, escoge», yo caería de rodillas, golpeando mi pecho, y le diría: «¡Señor, dame sólo el deseo de una verdad renovada constantemente y deja para Ti, único digno

de poseerla, la verdad absoluta!» ¡Cuántos ríos de sangre y fuego separan a los hombres en sus luchas por imponer una idea religiosa o un sistema político! ¡Cuántos crímenes se están cometiendo hoy mismo por imponer una nueva norma de vida! Se echa a rodar una idea, se la lanza a grito tendido, haciendo creer que es la redención de la humanidad, cuando es únicamente una táctica imperialista, un querer adueñarse del mundo. Pero es una idea, y a una idea en marcha, aunque sea mala, no se la detiene con cañones ni con bombas atómicas, sino con otra idea mejor.

Éste es el gran pecado de las democracias, que no han sabido crear una idea nueva, una idea constructora frente a la idea destructora que nos amenaza. Crear un ideal de justicia y tolerancia.

Me diréis que los tiempos que vivimos son tan duros, que hablar de justicia y tolerancia es una locura; pero yo os respondo que la locura es lo otro; la locura es convertir el mundo en un infierno de odios y de guerras. Lo cuerdo es vivir en paz. En esa paz implorada recientemente bajo el cielo de Barcelona con motivo del Congreso Eucarístico. Y para vivir en paz nada hay como dar ocupación al espíritu, cubiertas, desde luego, las necesidades apremiantes de cada uno. Con hambre no hay tregua posible; pero es el caso que la tierra tiene posibilidades para que cada mortal llene su barriga. Sólo las dos grandes naciones —en contienda en esta guerra fría— tienen granero

y dispensa para resolver el problema social de los débilmente económicos.

Precisa capacitar al pueblo para que disfrute de las nobles manifestaciones espirituales, las ciencias, las artes. He ahí los hitos que deben señalar a las nuevas generaciones las conquistas de la humanidad.

Cuando así sea, tened por seguro que la dicha volverá a la tierra y los hombres se estrecharán las manos y los corazones por sobre los continentes, alegres de construir un mundo más humano y más cristiano.

No quiero terminar sin exteriorizar la sorpresa que me ha producido el progreso de vuestra isla en estos últimos años. Habéis avanzado, desarrollando vuestros elementos productores y destacando admirablemente vuestras bellezas naturales. Esta ciudad de Los Llanos sacudió su pereza y, remozada, es una de las más espléndidas ciudades del Archipiélago. Habéis tenido un alcalde de alientos, que se entrega completamente a su pueblo, y con visión amplia no sólo realiza una magnífica obra material, sino que se adentra en las zonas del arte, para honra suya y de estos Llanos de Aridane.

Siempre fue La Palma la más hacendosa y la más industrial de las siete hermanas, pero ahora le soplan los vientos favorablemente, tiene hombres —sangre y barro de vuestra isla— que aprovechan la altura y ponen a contribución cuánto valen y cuánto pueden para engrandecer esta tierra. ¡Que los vientos sigan

hinchando las velas de vuestra prosperidad para que La Palma sea un exponente de cultura y bienestar!

Han pasado tantos años y tantas cosas, han caído tantas nieves sobre mi cabeza y sobre mi corazón desde aquella vez que yo vine a Santa Cruz de La Palma a una solemnidad artística como ésta y en la que, deslumbrado por la hermosura de vuestros paisajes, volqué mi alma en vuestro elogio, que ahora que vengo con un vacío en mi vida, espiritualmente mutilado, no sé si podré deshojar unas rosas de Tenerife a vuestros pies —gentiles muchachas—, que simbolizáis el reinado del amor, el único que puede edificar algo duradero sobre las cenizas de un mundo destrozado, ya que los hombres, sean cuales sean sus ideas, inclinan la cabeza y el corazón ante vosotras, ilusión y promesa de un hogar feliz.

Los estadistas, los conductores de los pueblos —los grandes, como los denominan hoy— tienen, ante sus propias conciencias y ante la historia, una enorme responsabilidad: construir un mundo nuevo.

¡Que el cielo los ilumine para que nuestros hijos no sólo recojan, como herencia, una civilización en ruinas y una moral en escombros, sino que reciban, además, como legado compensador, la esperanza . . . la esperanza de un porvenir de justicia, de orden y libertad, donde todos los hombres puedan vivir en paz y en gracia de Dios!

Julio de 1952

LA SAMARITANA

Pocas veces se ha realizado en nuestro país un acto cuyos resultados —señoras y señores— hayan respondido con tanta exactitud a los cálculos, lo mismo en el orden espiritual que en el orden económico. La realidad resta siempre una buena parte a las ilusiones que preceden a una empresa de esta índole; pero, en nuestro caso, los proyectos se realizaron plenamente, rebasando las cábalas de los más optimistas. Lo noble de la finalidad perseguida premió nuestra iniciativa con un éxito serio, legítimamente ganado por cuantos han tomado parte en la tarea de dar vida y espíritu a *La Samaritana*.

Hemos hecho una obra de arte, sin adulteraciones ni concesiones a la vulgaridad. Una obra de arte que coloca el nombre de Tenerife a gran altura, como exponente de un sentimiento estético y una fina sensibilidad. Y, al mismo tiempo, hemos realizado una obra humanitaria, ya que el producto de estas funciones lo destinamos a calmar algunas tristezas y algunas miserias vergonzantes.

En medio de esta expansión jubilosa sólo tenemos que lamentar que quien colaboró en este empeño —poniendo a contribución su arte con el mayor desprendimiento, con el mayor entusiasmo y con la mayor eficacia— no esté hoy aquí, a nuestro lado, compartiendo nuestra alegría y recibiendo el aplauso de todos nosotros. El sitio vacío de Ramón López Morelló está lleno de un recuerdo efusivo que, de seguro, tendrá para él la virtud de una cordial reparación. No es culpa suya, ni nuestra tampoco, que su ausencia nos prive de un valeroso estímulo para más altas empresas.

Recojo una frase del Padre Serafín —al hacer la presentación del Festival— y os digo a todos —de una manera especial a vosotras, gentiles muchachas— que vuestra obra ha sido, por la fineza y por la delicadeza con que habéis interpretado vuestros papeles, una obra refinada, eminentemente aristocrática en su sentido artístico. Me refiero a la aristocracia del espíritu, que es la que cuenta en estos menesteres. Podéis estar seguros de ello. En arte se valoran las cosas por la belleza y el sentimiento, y a nosotros nos cabe la satisfacción de haber proporcionado al público tinerfeño un destello que lo conmovió en lo más íntimo del alma. El sentimiento religioso, a través de una representación artística, llegó al corazón de los que vieron *La Samaritana*, emocionándolos, conmoviéndolos con el escalofrío de la gran verdad del cristianismo: el amor y la paz entre todos los nacidos de mujer.

Recabo esto para nuestra labor, en réplica a ligeros e insustanciales comentarios de quienes no quisieron, o no pudieron, penetrar en nuestro pensamiento.

Quiero que sepáis que este poema, al igual de sus hermanos *Lázaro* y *Pilato* —cuyo estreno intentamos realizar en las próximas Cuaresmas— fueron escritos en los días funestos de nuestra guerra civil, y fueron escritos como réplica a aquellos sacerdotes que, en su furor patriótico, pedían al cielo «convirtiera en bombas las cuentas del rosario para ametrallar a los enemigos de la religión». Sacerdotes que pusieron la lámpara debajo del clemín y ciegos ellos mismos fueron guías de ciegos, porque ser sacerdote de Cristo no es sólo vestir una sotana y ostentar una tonsura, sino ser, además, albacea de una Verdad que defiende con la palabra y con el ejemplo. Esta misión sacerdotal no es cosa fácil, ni blanda ni llevadera: es duro ministerio para el que se precisa ánimo de sacrificio y de renunciación. ¡Renunciar a las bajas pasiones humanas, arrojando de su alma toda clase de odios y venganzas, por justificados que sean en otros mortales! Los discípulos de Cristo tienen que estar penetrados, con íntimo convencimiento, de la hermandad de todos los hombres, sin diferencias de castas ni de creencias, para convertirse en padres espirituales no sólo de los que acuden en busca de Dios, sino también de los que, ofuscados, se extraían en las tinieblas. Tienen que ser guías de los que perdieron el camino y consuelo de los maltratados por

la vida; tienen, sobre todo, que amar, perdonar y comprender. Amar al prójimo, es decir a nuestros semejantes, sea cual sea su pensamiento y su sentimiento. Perdonar al que cae en pecado, perdonar las flaquezas humanas y perdonar al que hiera con su impiedad o con su herejía al propio sacerdote, comprender las debilidades de los enemigos y disculpar sus vacilaciones, sus dudas y sus tormentos espirituales, atrayéndolos a la causa con el testimonio de la propia conducta y el brillo de la caridad cristiana.

Cuando se poseen estas virtudes —amor, perdón y comprensión—, el ejercicio del sacerdocio gana el respeto y la estimación hasta de los que se colocan fuera de la Iglesia. Sus enseñanzas son saludables para la humanidad enferma, y el pastor siente, entonces, la alegría de ver crecer su rebaño. Pero cuando realiza su elevada misión sin la santidad debida, se aflojan vínculos sagrados, se debilitan los más puros sentimientos, la semilla no fructifica y el sacerdote es responsable ante Dios de más de una crisis espiritual.

Un sacerdote con unción evangélica y espíritu cristiano ejerce tal influencia moral, que cambia un pueblo y logra que levanten los ojos al cielo hasta los que siempre caminaron a ras de tierra.

Éste es el caso del Padre Serafín del Río, que ha colaborado en nuestro empeño, sin que menudos prejuicios torcieran en ningún momento su entusiasmo.

Muchos de los que han tomado parte en el reparto de *La Samaritana* la han prestigiado con sus nombres, ya que por sus obras ilustres constituyen el exponente más alto del arte y la cultura de Tenerife. No quiero citar nombres de quienes están aquí presentes, pero sí diré que pueblo que no reconoce y admira sus valores artísticos es un pueblo empequeñecido, espiritualmente esmirriado.

Y nada más. En nombre de cuantos tomaron parte en la representación de *La Samaritana* y como resultado práctico de nuestra obra, entrego al Padre Serafín, para los pobres que no piden, esta cantidad, que acredita a nuestras administradoras —jamás se verificó un espectáculo tan lujoso con menos gastos— y que se hubiera duplicado de haber tenido oportunidad de repetir la función. Por causas ajenas a nuestra voluntad no pudo ser, pero debemos ir pensando en una próxima superación. No dejéis apagar la llama en vuestro espíritu. Pensad que nada hay más digno que hacer lo que habéis hecho: contribuir artísticamente a calmar las miserias de los que, hoy como ayer, tienen hambre y sed de justicia.

JUEGOS FLORALES
del
Puerto de la Cruz

Han pasado tantos años y tantas cosas desde aquellos días en que yo iba por los pueblos de Tenerife, removiendo la conciencia isleña, con el deseo de inculcarle un noble ideal, que, al encontrarme ahora frente a vosotros —señoras y señores—, vacilo. Vacilo, temeroso de que mi palabra no encuentre los caminos de vuestra benevolencia, caminos que me eran familiares en los buenos tiempos en que las gentes vivían en paz y amistad, fuesen cuales fuesen sus ideas y creencias.

Si mi palabra no llega hoy a vosotros, disculpadme en atención a que los pensamientos y los sentimientos cambian, se transforman y yo me encuentro desplazado de una actualidad y de un momento histórico que quiero hacerme la ilusión de que no echará raíces muy profundas, ya que los estados de fuerza no pueden ser permanentes.

Las energías creadoras en activo

Pocas veces han cuajado plenamente las iniciativas como en esta ocasión. Los organizadores de estos Juegos Florales, capitaneados por la simpatía expansiva y avasalladora del Padre Flores, quisieron sacudir la pereza espiritual de nuestro país y, resucitando una tradición muy en boga en el siglo pasado —en ese siglo XIX, tan bueno para todos y tan maltratado por casi todos—, pusieron en activo las energías creadoras de la intelectualidad isleña. En activo y en sazón de producir, estimulada por la noble competencia del pensamiento y de la poesía. Quisieron también que este acto estuviese avalado por la presencia de un exponente de la cultura nacional y, vencidas las dificultades, cortejo indispensable de estos actos, han tenido la suerte de podernos ofrecer la palabra viva, viva y encendida del ilustre hombre de letras fray Justo Pérez de Urbel, a quien deseamos una grata estancia entre nosotros, haciendo votos por que el esbelto Ciprés de Silos se cubra esta primavera con líricas rosas de las Hespérides.

Y, por si ello todavía fuese poco, emplazaron a nuestros poetas y a nuestros escritores para que estudiaran el pasado del Puerto y lo hicieran revivir en la mente y en la conciencia de las generaciones presentes, que ignoran lo que fue y representó en tiempos pretéritos este pequeño pueblo, inquieto y progresivo, que

reposa su corazón en el valle florido de La Orotava y empuja a sus hijos por los caminos del mar para demostrar a propios y extraños que con sangre y barro canario se han hecho grandes obras, selladas con nombres que ilustran calles y plazas del Puerto de la Cruz.

Místicos y piratas

Al Jurado —que tengo el honor de presidir— le interesa hacer público que los trabajos examinados, aparte el mérito literario, tienen todos —los premiados— un extraordinario interés, desde el punto de vista documental, porque aportan materiales, valiosos materiales para una obra de conjunto que queremos hacernos la ilusión que, en su día, serán recogidos por una mano experta, publicándose un libro que vendrá a enriquecer nuestra literatura regional. Nos referimos a los trabajos en prosa. En el verso, la inspiración de nuestros poetas alcanzó un más alto vuelo en ocasiones anteriores.

Los concursantes —tenemos que hacerles esta justicia— han removido las piedras y los recovecos del Puerto, sacando a relucir una actuación ciudadana que, a través de los siglos, honra a este pueblo y a sus viejos patricios. Como buenos cronistas han desempolvado episodios y sucesos de antaño, aireándolos humorísticamente, y han adobado con gracia y picardía

anécdotas y aventuras dignas de ser conocidas por quienes sienten y aman las cosas de la tierra.

Se han presentado en este Certamen estudios biográficos —sólidamente cimentados— de personalidades que abrieron los ojos bajo este cielo y rodaron por todos los continentes, dando fe de que, perdidas en el Atlántico, existen unas islas con leyenda homérica y alma cristiana. Otros escriben, con lujo de detalles, los codiciosos asaltos a los galeones que regresaban de América, cargados de ricas mercancías, por los piratas y aventureros de los mares. Algunos abren el arcón de los recuerdos lejanos y evocan milagros y arrobamientos de iluminados y penitentes, acaecidos en estos parajes, los que conservan aún la huella de la sandalia que pretendía escalar cumbres ideales.

En contraste con este fervor místico, el tráfico comercial con el Puerto de la Cruz, con aires de extranjería, el trasiego de mostos y onzas de oro. Las roturaciones de los terrenos calcinados por el volcán y el alumbramiento de aguas, transformando —creando, mejor dicho— la agricultura del País, base de nuestra prosperidad de ayer y de nuestras esperanzas para mañana. Y, por sobre todo esto, la afirmación, con sus doce familias, de una estirpe isleña, afincada en la tierra y en la entraña de Tenerife, de una estirpe que sabe que no basta descender, sino que precisa ascender, de una estirpe cuyos timbres de nobleza son la misericordia y la caridad. Doce familias —noble

apostolado— que, con espíritu cristiano y anhelos progresivos, transmiten de generación en generación el amor a su pueblo y el culto a la caballeridad.

Estas añejas tradiciones de los tiempos de la malvasía y la piratería se reflejan en los trabajos enviados a este Certamen.

Los Juegos Florales logran, con estas interesantes aportaciones, un brillante éxito, y el Jurado se complace en exteriorizarlo, felicitando a cuántos han contribuido a la realización de este magnífico empeño, y de un modo especial al Padre Flores y a don Francisco Bonnin, dos voluntades que, en ejercicio, son capaces de transformar un pueblo.

Ser humanos y tolerantes

Quiera el cielo que estas lides del espíritu sean las únicas luchas del porvenir, para que el mundo —hoy torturado y atormentado— serene sus pasiones y puedan los hombres mirarse de nuevo frente a frente, sin rencores, sin discordias, seguros de sí mismos y de sus propios sentimientos.

Una serie de consideraciones de tipo moral me llevan a pensar —como he dicho en otra ocasión— que el mundo se podría salvar de esta crisis, si los hombres aceptasen, como mandamientos de la ley

futura, las palabras de Jesús en su primitiva sencillez, sin interpretaciones barrocas, sin pretender acomodarlas al bando de nuestras simpatías con monopolio exclusivo, sin deformarlas con nuestros egoísmos y con nuestra ceguera, sino dejándolas llegar a la mente y al corazón de todos tal como brotaron de los labios del Maestro.

Los dolores afinan los sentimientos. Es una gran verdad la que afirma que aquellos que han pagado su tributo al dolor resurgen purificados. Son mejores, más compasivos, más tolerantes. Después de una desgracia, las cosas se ven de otro modo, hay una mayor claridad en la mirada y un mayor sentido de justicia en el corazón. Cuando se ha sufrido se comprenden y hasta se comparten los sufrimientos ajenos. En la desgracia existe una solidaridad que no existe en las horas felices.

Esta solidaridad, esta santa y salvadora solidaridad humana, tenemos que estrecharla en estas horas oscuras para que el resplandor del nuevo día nos encuentre unidos y no, como estamos hoy, disgregados, divorciados, aislados en nuestros rencores, rumiando venganza, rumiando malos pensamientos y malos propósitos.

Comprendo que esta obra de unir no es tarea fácil. Se han roto tantas cosas, que soldarlas ahora es empresa difícil; pero hay que intentarlo, si queremos evitarnos mayores desgracias. En esta obra hemos de

poner todas nuestras manos y, de manera especial, los sacerdotes, que no sólo tienen que evangelizar al mundo, sino evangelizarse ellos mismos en la suprema lección de amor al prójimo. Hay que cicatrizar muchas heridas del cuerpo y del alma. Hay que procurar que los hombres se miren a la cara sin sentir deseos de venganzas, sin responder a las llamadas de las malas pasiones.

No se me oculta que la empresa es dura, pero precisa afrontarla con sentido y sentimiento cristiano, poniendo en nuestros actos y en nuestras palabras con los maltratados por la adversidad, con los pobres de espíritu y los pobres de bienes, un poco de ternura. Hay que suprimir los gestos agrios y las frases injuriosas.

Con buena voluntad y con justicia social hemos de intentar la pacificación de los pueblos, que no pueden permanecer divididos en sectores antagónicos, cargados de odio, sin grave peligro para el porvenir. Tenemos que hacer el sacrificio de olvidar nuestros agravios para enfrentarnos dignamente con el mundo nuevo que surgirá de las entrañas rotas de la guerra. La humanidad entera necesita un descanso, una tregua amistosa, si queremos que los hombres puedan vivir sobre la tierra sin devorarse como las fieras.

Para ello tenemos que reconocer y acatar el derecho que tienen todos los mortales, absolutamente todos, sin diferencia de razas y condición, a vivir dentro

de una norma jurídica, sin que se les persiga como alimañas porque unos piensen blanco y otros negro, porque unos comulguen bajo el cielo estrellado y otros en el Tabernáculo, bajo las naves del templo, encendido con las llamas de la fe.

Esta mañana precisamente, paseaba yo por las solitarias y románticas avenidas del Taoro, cuando de pronto llegan hasta mí, por entre palmeras y laureles, dulces voces que salen de un lugar sagrado y que, impresionando mi espíritu, me hablan de verdades eternas. Un poco más tarde vengo hacia abajo, y de otro lugar santo, cercano al mar, se oye una voz celestial que también impresiona mi espíritu y me habla de verdades eternas. En el recogimiento de mi alma pienso que debiéramos olvidar diferencias superficiales para unirnos todos los cristianos en la Verdad Suprema y en la justicia de Dios. Me diréis que esto es un sueño, que los tiempos en que vivimos son tan duros y agrios, que hablar de justicia y de unión es una locura; pero yo os respondo que la locura es lo otro: la ley de la fuerza; que la locura es convertir el mundo en un infierno de odios y de luchas desenfrenadas por diferencias religiosas y apetencias de poder.

¡Vivir en paz! Ése es ya nuestro único anhelo. ¡Vivir en paz! Dar ocupación a las actividades del espíritu, reconcentrarnos como en esta noche, en unas horas de emoción artística, y elevar nuestro pensamiento

para disfrutar de la belleza en las concepciones del genio.

La música, la pintura, la poesía. He ahí los hitos que deben marcar a las generaciones futuras las conquistas de la humanidad.

LOS VALORES MORALES EN CRISIS

Existía en mí el propósito de permanecer, por algún tiempo, alejado de estas actividades de carácter público; pero requerimientos de amistad, a los que no he podido negarme —tan efusivos y cordiales han sido— me colocan, señoras y señores, en este sitio, obligándome a desempeñar la presidencia del Círculo de Bellas Artes, lo que implica para mí, de una parte, un honor inmerecido, que agradezco en toda su extensión, y de otra, una responsabilidad, un empeño del que difícilmente saldré airoso de no contar con la colaboración de los elementos artísticos de este Centro. Pero, contando, como cuento, no sólo con su ayuda, sino con lo que vale más, con su entusiasmo, confío que haremos algo por el prestigio de las artes en Tenerife y por el engrandecimiento de esta casa.

Bonnin, creador de la tradición artística del Círculo

Antes de seguir adelante, cúpleme, por un imperativo de mi alma y porque ello encierra el sentir

unánime de esta Sociedad, destacar la gestión que, durante doce años, realizó don Francisco Bonnin al frente del Círculo.

Artista de altos merecimientos, maestro de la pintura, acuarelista maravilloso que ha sabido captar, como nadie, nuestra luz, empapando de poesía nuestros paisajes, embelleciendo con el embrujo de sus pinceles los rincones de nuestra isla, haciendo un arte propiamente suyo y nuestro: suyo por el genio creador que lo anima; nuestro porque todo él está inspirado en motivos canarios, porque todo él tiende a exaltar las bellezas de nuestro país.

Artista renovador y renovado él mismo, ha enriquecido la pintura regional con aportaciones de extraordinario mérito, que han merecido calurosos elogios de la crítica española y extranjera; porque Bonnin ha hecho su obra aquí, en medio de estos riscos atlánticos, pero ha irradiado su personalidad por sobre nuestras montañas y por sobre nuestro mar, y —lo que importa más para este caso concreto que nos ocupa— ha formado, desde el Círculo, una tradición artística, tradición que recogemos fervorosamente los que hoy vamos a continuar su labor.

Cómo se ha desvivido Bonnin por esta casa, cómo ha velado por su prestigio, cómo ha luchado por su engrandecimiento sólo lo saben los que con él han compartido los afanes y las pesadumbres de la brega cotidiana. Ha sido la suya una obra que el Círculo no

puede olvidar y que constituye una deuda pendiente con el gran artista, deuda que pronto reconoceremos, ya que saldarla no es posible, tributándole un íntimo homenaje con motivo de su próxima exposición, aunque para ello tengamos que violentar su modestia, pues nos interesa hacer público —para ejemplo y estímulo de las generaciones mozas— que el nombre y la obra de Francisco Bonnin es para el Círculo una ejecutoria de arte limpio, resplandeciente como nuestro sol canario.

El acto inaugural

Con la fiesta de esta noche inauguramos el curso académico de nuestras actividades artístico-culturales. En esta velada hemos querido que todas las secciones cooperasen para que esta primera contribución sea la promesa de futuras iniciativas. Tras de ésta vendrán otras veladas, exposiciones, recitales, conferencias... Tela hay en el telar y harina en la panera. Proyectos no faltan, y de realizarse alguno de los que tenemos en estudio, no vacilo en afirmar que Tenerife vivirá unas horas de verdadera emoción artística.

El primer esfuerzo de la actual Junta de Gobierno está encaminado a proporcionar al Círculo un local que responda a la finalidad que se persigue. Un alojamiento digno de la función que aquí se realiza.

Mientras, hemos remozado un poco, proporcionándole un aire más juvenil, este salón, tan cordial y acogedor, en el que se han hecho tantas cosas interesantes, de grata memoria para cuantos estamos encariñados con la obra del Círculo. Esta transformación se ha podido llevar a la práctica con nuestros modestos recursos, merced al entusiasmo y constancia de nuestro compañero Pedro de Guezala, un gran artista y un gran corazón que honra a esta casa. Secundado por socios amantes del Círculo, ha realizado esta mejora bajo el acicate de una fecha precisa y apremiante. Manos femeninas han embellecido la faena, dulcificando las ingratas jornadas del trabajo con su asistencia y colaboración.

Para todos, nuestro más profundo reconocimiento.

Los valores morales en crisis

En el sentido ideológico pretendemos, con los medios a nuestro alcance, intensificar la devoción, fomentando aficiones nuevas por las diversas ramas del arte, sin exclusivismos ni predilecciones. Aspiramos a congregar bajo este techo a los valores que, dispersos, dignifican con sus producciones la fisonomía moral de nuestro país. A todos hacemos un amistoso llamamiento y esperamos que, deponiendo diferencias, si diferencias hubiere, nos ayuden a convertir esta casa

en el hogar común de cuantos en Tenerife sienten y aman el arte por el arte, de cuantos, activa o contemplativamente, rinden culto a la belleza y anhelan remontar el vuelo hacia las cumbres del ideal.

No se nos esconde que para esta empresa no es muy propio el ambiente que hoy nos rodea y que, para llevarla a feliz término, se requiere un mayor esfuerzo, pues tratándose de cosas descentradas de la actualidad no apasionan y carecen, por lo tanto, de la vibración emotiva que en otros tiempos les asistía, garantizándoles el éxito.

Por ello es indudable que si la labor artística del Círculo de Bellas Artes tuvo siempre en nuestro medio social una verdadera importancia, en estos tiempos que corremos alcanza una mayor trascendencia y hasta logra una finalidad y un sentido más profundo que en anteriores etapas. Porque es el caso que vivimos en una época en que las cosas del espíritu no interesan, en que las nobles especulaciones cuentan con el desvío de las gentes, afanadas hoy por hoy en comerciar con la más ruin mercancía de nuestra baja humanidad: pasiones, odios, envidias, rivalidades. Estos sentimientos, estos malos sentimientos, han invadido de tal modo el mercado público, que los valores morales han descendido de precio y estimación, en términos tales, que donde antes se cotizaba la inteligencia y el estudio, hoy se cotizan la estulticia y la ignorancia. ¡Así vemos flotar por esos pueblos de Dios y por estos

pueblos de Tenerife —trepada en los miradores para atalayar los horizontes— la más esbelta y arrogante incultura de nuestro acervo espiritual!

Este fenómeno, valgan verdades, se ha producido siempre en todos los países a raíz de los grandes temporales políticos; pero en el nuestro se prolonga demasiado, con quebranto de los intereses morales, que son, al fin y al cabo, los que marcan el grado de civilización de los pueblos. Tiene esto de grave que, al al romper con la tradición artística y cultural, se cae en un materialismo grosero, del cual es difícil salir. La convivencia ciudadana sufre hondos trastornos, los modos finos y corteses son sustituidos por maneras destempladas y violentas que imposibilitan el intercambio ideológico, dejando inactiva la función más elevada del pensamiento.

A la discusión serena responde la disputa agria, al diálogo cortés la réplica insolente, a la manifestación de arte el alarde chabacano del mal gusto imperante. ¡Se confunde la democracia, que es selección, criba de valores, con la plebeyez, que es grosería e ineducación!

La hora del reajuste

Ved, pues, si en estas circunstancias es importante que una Sociedad recoja el caudal artístico y la tradición cultural de cada pueblo, procurando conservar

vivo el culto a la inteligencia y a la belleza, celebrando actos que, por las razones apuntadas, adquieren hoy, como nunca, una significación ritual y un sentido de religiosidad para quienes colocan, por sobre el arrivismo triunfante, las puras y egregias concepciones del espíritu.

Es ésta, a mi entender, la misión más importante que tiene que realizar el Círculo y a la cual debe posponer, de momento, todo otro empeño. Hacer de esta casa el hogar del pensamiento tinerfeño, tener encendida la lámpara de la espiritualidad, para que cuando llegue el momento del reajuste, que tarde o temprano vendrá, no se realice el traspaso en medio de las tinieblas, sino en la lumbrarada mañanera de un porvenir reivindicador.

El Círculo, alojamiento de la espiritualidad tinerfeña

Hagámonos a la idea de que todavía podremos vivir horas más inquietas, de más honda perturbación social y que, ínterin España conserve ese gesto adusto, ese ceño sombrío, nos conviene tener un refugio donde guarecernos de las inclemencias ciudadanas, donde —al margen de los sectarismos desbordados— podamos cultivar una parcela del espíritu. Formemos la cruzada del romanticismo, la hermandad de los soñadores —de vivos y despiertos ya existen bastantes

cofradías—, para no caer en este mercantilismo de hoy, que destruye las energías del alma y convierte en cenizas las más preclaras aptitudes. Hay que buscar-nos a nosotros mismos en lo íntimo de nuestras afi-ciones, y para ello, nada mejor que tener una especie de cenáculo donde una minoría de fieles, devotos del arte, conserve vivas las fuentes espirituales. De este modo, cuando se hayan aflojado los atadidos circuns-tanciales con que los hombres nos unimos unos a otros, quedará siempre bien anudado un nexo que fortalece-rá nuestra causa, proporcionándonos alientos para es-calar las cumbres, pues de lo contrario nos quedaremos desamparados, en la encrucijada.

Tenemos, por otra parte, el deber de desbrozar los caminos de una humanidad más perfecta y más alegre a los que vienen detrás de nosotros.

El vivir alegre —no me refiero a la estrepitosa y pasajera alegría exterior, sino a otra que nos inunda de íntimo bienestar, acoplando nuestra paz con la paz de los demás— es el más preciado don que el cielo ha podido otorgar a los mortales.

Que esa alegría, que es salud del espíritu, que es tolerancia, no falte nunca en vuestros hogares es lo que —en esta noche inaugural, casi pascual— os deseo con todas las vehemencias de mi alma.

Diciembre de 1935

EN ESTOS DÍAS DE INQUIETUD

Respondo a la amable invitación que Radio Club Tenerife me hace, y aquí estoy dispuesto a hablar, por primera vez frente al micrófono. No he de ocultaros —invisibles oyentes— que en este momento me encuentro algo desconcertado y no muy seguro de que mi palabra, vacilante hoy como nunca, llegue a vosotros con esa emoción que sólo el público puede proporcionarle. Entre vosotros y el que ahora tiene el honor de hablaros existe una frialdad que yo, francamente lo declaro, no sé cómo vencerla. Y es que el orador necesita de la colaboración del público, necesita que entre él y sus oyentes se establezca una corriente emotiva, un hilo misterioso que haga vibrar al unísono el pensamiento de ambos.

¿Y cómo lograr yo esto, si no contemplo un solo rostro, si no contemplo una sola mirada en la que recoger vuestros sentimientos? ¡Ni aun la de aquellos que, al calor de la lumbre hogareña, sé que esperan

con amistoso interés estas humildes palabras mías! No hallo, por más que busco, ni un ademán de aliento, ni un ademán de reprobación en quienes me oyen. ¿Cómo llegar al fondo del alma de aquellos a quienes no veo? ¿Cómo tratar de infiltrar un anhelo en quienes, ausentes, no pueden prestarme el calor de su adhesión? ¿Cómo defender un ideal entre las cuatro paredes insensibles de esta emisora, entre las cuatro paredes frías de este estudio?

Y, sin embargo, yo intento esta noche sublevar vuestras almas contra la guerra que, agorera como una maldición, entenebrece el cielo de Europa en estos precisos momentos. Quiero hoy, como hace veinte años, quebrar mi voz en defensa de la paz.

Creía yo, entonces, que en aquella contienda se ventilaba el porvenir del mundo; que la humanidad, pasada la ola de sangre de la Gran Guerra, volvería por los fueros de la justicia; que se libraba la última batalla, y que la victoria de las armas aliadas implicaba el triunfo de la paz permanente. Creía yo, como tantos otros, que una civilización vieja, cimentada sobre las bayonetas, sería sustituida por otra, afirmada sobre el derecho.

Depuesto el ímpetu imperialista, las naciones buscarían nuevas fórmulas de convivencia. Los hombres serían redimidos del atavismo destructor. Ningún gobernante osaría llevar su ambición más allá de las fronteras de la ley. Sólo las conquistas del espíritu se

abrirían paso a través de los continentes. La civilización no avanzaría sobre carros blindados, sino sobre las alas invisibles del pensamiento.

Esto creíamos y esto anhelábamos los soñadores de un mundo más humano y más cristiano también.

Pero la verdad histórica vino a demostrarnos que la injusticia de la guerra europea fue reparada con la injusticia de la paz de Versalles. Y como toda injusticia implica un estado de violencia, no era posible fiar, a la larga, en una situación de tranquilidad, sino en una situación violenta. Un político francés —Paul Boncour— ha dicho, en el Senado de su país, que sería absurdo proclamar la intangibilidad de los tratados existentes. Y es que cuando los contratos se basan solamente en un convenio jurídico, prescindiendo de razones históricas, geográficas y económicas, se está expuesto a su incumplimiento o a que cualquier soldado bien armado rompa los textos —por muy lacrados que estén con los sellos de las cancillerías— antes o después de la victoria. ¡Que no va a ser siempre el triunfo quien justifique, por medio de una toga venal, las soluciones de fuerza, como aseguraba Federico el Grande al comentar sus usurpaciones y sus conquistas!

A los hombres y a los pueblos se les puede obligar hasta un límite capaz de resistencia; pero si se rebasa ese límite, no hay poder humano que haga cumplir los convenios. Ni la astucia ni la violencia pueden

impedir la evolución natural de los tiempos, sin que salten rotos los frenos que pretendan retrasar el destino de las naciones.

No se hable, pues, de la santidad de un tratado, sino de la viabilidad de su cumplimiento. Contra las realidades nada pueden las leyes, contra la naturaleza nada pueden los juristas, contra la necesidad de vivir nada pueden los convenios. Un pueblo encadenado será la amenaza para la paz, un pueblo libre será un posible colaborador para la seguridad internacional.

Los postulados de 1914, aquellas palabras iluminadas que parecían descender de lo alto, aquellas palabras proféticas que enardecieron a los pueblos y a los hombres, empujándolos, enfervorizados, a los campos de batalla, fueron más tarde profanadas, y, ¡lo que es peor!, ridiculizadas en torno a una tabla diplomática, cubierta con el brocado de todas las ambiciones. La Justicia quedó soterrada bajo el tronar de las baterías. Se la traicionó, pero se le tributaron las más egregias pompas fúnebres que registra la historia. La Justicia, en aquella ocasión, murió, adolescente como Alejandro y coronada de espinas —con el inri de la burla— como Cristo.

Nadie piensa ya en la forja de altos ideales, sino en la forja de buenos aceros para la próxima lucha. Nunca se vieron las naciones tan armadas y los espíritus tan desamparados. El brazo tenso y la cabeza

inclinada bajo la pesadumbre de la derrota. Marte insolente y Minerva humillada. La Fuerza altiva y el Derecho sumiso. ¡Nuevos modos, nuevos hombres, nuevas ansias de poder, y la humanidad vieja y podrida como una carroña!

Las masas se militarizan, las manifestaciones públicas marcan el paso de las paradas marciales. Cayeron los emperadores, pero sigue reinando en toda Europa una política imperialista. ¡Diferentes etiquetas, pero un sólo contenido!

Ginebra quiere extender sobre el mundo un régimen de paz, pero el mundo, en un crujir de hierros, se ríe de Ginebra y sigue calzándose las espuelas militares. La propaganda pacifista alcanza proporciones inusitadas. Los soldados de 1914 hacen una llamada al buen juicio, nos cuentan los horrores de la guerra moderna, la crueldad de la guerra, la injusticia de la guerra.

Hay una literatura, en este sentido, que produce frío. Es un clamor que viene de las trincheras y dice a las generaciones nuevas: ¡Estad en guardia contra la gran injusticia que se prepara! ¡Estad en guardia, porque seréis inútilmente sacrificadas!

El cine hace una campaña permanente contra la guerra; ante nuestros ojos desfilan las escenas horripilantes de los campos de batalla. Las radios, por su parte, lanzan por sobre los mares y las montañas la palabra evangélica: ¡Paz, paz!

Y, sin embargo, todos sentimos llegar la guerra, todos nos damos cuenta de que se aproxima y que, de día en día, de hora en hora, está más cerca. Nadie la quiere, pero ella avanza, avanza segura de sí misma y dueña de los destinos del mundo. Esta que ahora dibuja su perfil por los horizontes del futuro será más horrible que la pasada, será mil veces más cruel, será implacable con todos y llevará hasta los hogares más apartados e inofensivos la maldición de los últimos inventos, esos inventos manipulados en los mismos antros del infierno, inventos que destrozarán cuánto vive y alienta sobre la tierra.

Esto lo saben los hombres de Estado; esto lo conocen todos los gobiernos y, a pesar de ello, se siguen provocando situaciones de fuerza, se sigue jugando al equívoco de amenazar, sin tener en cuenta que, desatada una nueva guerra, la felicidad será desterrada de este planeta por mucho tiempo. Por sobre la corteza del mundo pasarán varias generaciones tristes y sombrías, sin haber vivido un momento de dicha. La existencia, durante largos años, constituirá el más duro castigo del hombre. No olvidemos que casi todas las desventuras de hoy tienen su origen en la Gran Guerra. Y tened por seguro que los males de aquella no fueron nada ante los males de la que se aproxima. Los hombres han refinado el instinto destructor y han creado nuevos elementos de muerte, de incendio, de agonía perpetua.

Asombra que frente a este panorama, que frente a esta perspectiva los pueblos no recobren la razón y, deponiendo egoísmos y ambiciones, se encaren con un régimen de solidaridad universal. De cuando en cuando se vislumbra una claridad lejana. Voces de paz se elevan de todos los rincones del mundo, y es tan grande el clamor, que nos hace concebir algunas ilusiones.

¡Quiera el cielo que todo el ardor bélico de estos días se deponga y que los irreconciliables de siempre se estrechen las manos y los corazones por sobre las fronteras erizadas de ametralladoras!

Fomentar los armamentos es fomentar la guerra, aunque el conocido aforismo latino *si vis pacem, para bellum* asegure lo contrario. Si a los pueblos se les educa militarmente y se les impone el sacrificio de sostener estas costosas máquinas de guerra que consumen todas las posibilidades económicas con quebranto de las otras actividades, es natural que los mismos pueblos reclamen la eficacia de sus ejércitos. El mayor enemigo de la paz es, por lo tanto, la industria de las armas, sostenidas por capitalistas sin patria y sin entrañas que comercian con todas las naciones y fomentan las rivalidades más nimias para que sus acciones se coticen siempre en alza.

Vivimos horas de profundas zozobras. El mundo está pendiente de unas conversaciones, de unas conferencias. Una actitud destemplada, un gesto imprudente

pueden lanzar sobre los campos de Europa los Jinetes del Apocalipsis, más implacables y más sanguinarios que nunca. Sobre unos cuantos hombres pesa hoy una responsabilidad tan alta como jamás la sintieron los mortales. ¡Que Dios los ilumine para bien de la humanidad y que no pretendan ceñir sus frentes con los laureles de la victoria, sino con los olivos de la paz!

Sobre el abismo

Esto en cuanto al mundo, en cuanto a Europa. En cuanto a España, a nuestra España, hacemos votos fervientes porque termine, de una vez para siempre, ese estado de violencia en que vivimos, ese estado de agresividad que nos tiene divididos en dos pueblos, que nos tiene amojonados en dos predios antagónicos.

Y si en vez de terminar esta lucha política se acentúa más de día en día —camino de eso lleva según los métodos que se vienen empleando desde las alturas del poder—, yo os aseguro que nuestra nación será teatro en que pronto asistiremos al desarrollo de una tragedia. Los espíritus están en rebelión. Las amenazas no los pacifican. Y las perturbaciones de orden económico, las imposiciones de fuerzas proletarias fuera

de toda norma legal, las bases de trabajo aprobadas con encerronas y coacciones, los atropellos de sentimientos religiosos y esa carencia de valores morales que caracteriza la actuación del Frente Popular no nos conduce a los españoles a nada bueno.

Ciegos están los que no ven los nubarrones de la tormenta. Locos los que creen que con groseras imposiciones de tipo gubernativo se dominan estados de opinión; locos los que, desde la cabecera del banco azul, se declaran beligerantes en las luchas de clases; locos los que aparentan inhibirse con gestos olímpicos de la contienda; locos los que no se apresuran a establecer un férreo principio de autoridad que contenga el desbordamiento de las masas. ¡Locos, locos todos, porque nos están empujando a la guerra civil!

¡Recobren el juicio y, por Dios, frenen, frenen, que marchamos sobre el abismo!

Y aquí, en Tenerife, volvamos por la paz interior, única forma de poder encauzar nuestros graves problemas económicos y sociales, único modo de poder proporcionar trabajo a tanto brazo inactivo. Que los intereses que a todos nos afectan se ventilen en una noble y serena contienda ciudadana. Que nuestros pueblos de la Islas deriman sus pleitos municipales ante el supremo árbitro del sufragio, con dignidad en los modos y fortaleza en los ideales. Plegadas las banderas de la intolerancia, dejad que ondeen a todos los vientos las insignias de la libertad, para que nuestros

pueblos, sin coacciones ni amenazas, busquen los caminos de su liberación.

Pensemos todos que no sólo se va a resolver próximamente un problema político, sino también un problema administrativo, que no sólo se va a ventilar una pugna ideológica, sino a nombrar los administradores de las haciendas locales. Que no se trata de un asunto meramente doctrinal, sino de un asunto de economía, de ordenación, de cosas de profunda trascendencia para la vida de los municipios. No hay que imitar al adversario en sus faltas, en sus torpezas, en sus egoísmos absorbentes. No hay que caer en los errores pasados, que va en ello el porvenir de nuestra isla. Si los partidos, en su codicia, repiten los mismos hechos con distintas personas, contad que éstos, como aquéllos, caerán bajo el peso de sus propios pecados. Si exigís a vuestros representantes en los concejos insulares un máximum de coincidencia partidista, exigidles, por lo menos, un mínimum de preparación para el desempeño de los cargos.

No olviden cuántos intervienen hoy en los negocios públicos de Tenerife que la satisfacción de una victoria política dura unos minutos, pero la responsabilidad de una gestión municipal dura varios años.

Hemos de recobrar el ritmo de una vida normal y —no me cansaré de decirlo—, terminando con los resentimientos de la última lucha, vivir tranquilamente bajo un régimen de justicia.

No se me oculta que estas palabras, como todas las que tienden a pacificar los espíritus, caen hoy en el vacío y, de ser oídas, cuentan con el desvío de aquellos que consumen sus energías en una hoguera de odios, sin pensar que es el amor, sólo el amor quien, desde hace veinte siglos, viene redimiendo a la humanidad.

Marzo de 1936

TRES PRESENTACIONES

ALEJANDRO LERROUX

Honra hoy la tribuna del Ateneo de La Laguna, enalteciéndola con el prestigio de su palabra, don Alejandro Lerroux, a quien no adjetivo, porque hay hombres que no caben dentro de un adjetivo, cuando éste, como sucede en nuestro país, se ha prodigado, relajándose y empequeñeciéndose.

Nuestra Sociedad, deseosa siempre de rendir un tributo de admiración a los valores de nuestra patria y recoger toda enseñanza, venga del lado que venga, solicitó de nuestro huésped que fuese él quién cerrara el acto de esta noche, en calidad de mantenedor de esta Fiesta de Arte, y él accede deferente y generoso a nuestra pretensión. Pronto oiremos, por lo tanto, su verbo encendido de belleza y de fe. De fe en un porvenir fuerte, de fe en un día no muy lejano, en que nuestra vieja España se encare con sus propios destinos y —volviendo por sus fueros— afirme su personalidad en el mundo.

Nuestra raza dormita a la sombra de la tradición. El pasado es un casco de hierro que oprime el cerebro español de tal modo, que el pensamiento sale esclavo y con grillos. Y cuando hay alguien que, como este ilustre político, tiene el valor de pensar a gritos, con la sinceridad de quienes no han hipotecado su alma a ninguna de las dos intransigencias que han sometido a la humanidad, rebajándola, cuente que será injuriado, calumniado por todos los que, en su pequeñez, han hecho una moral para cubrir las manchas de sus vidas. Moral simplista, encanijada, sin amplitud de espíritu ni visión de eternidad. Pero no importa. Ya lo ha dicho el mismo Lerroux: «La venganza de los fuertes es el desprecio».

Una existencia en activo, en rebelión, en idealidad, siempre será deformada en nuestro país. Es el desquite de los que no pueden destacarse y viven condenados a contemplar el vuelo de los adversarios. A una idea hay que oponer otra idea, a una doctrina otra doctrina, y hay que ser tolerantes con los pensamientos ajenos para que se respeten los nuestros. A la verdad, en las especulaciones espirituales, se le rinde con un cortejo de ideas nobles y no con un alarde petulante de posesión unilateral. Y son muchos los que la ultrajan con malos sentimientos y bajas pasiones. La verdad en la religión es Dios, en la humanidad el amor, en los pueblos la justicia. Así, simplificando. Pues bien, en nombre de esta trinidad que forma la

verdad única, es necesario decir a los hombres que cesen, de una vez para siempre, en esa eterna lucha de antagonismos y de rencores, de destrucción y de muerte; es necesario decirles que más grande que la guerra es la paz, que el amor es más fecundo que el odio, que más fuerte que la espada es el derecho.

Esto nos dijo don Alejandro Lerroux en una noche de hondas emociones, cuando el odio había invadido a Europa. Y nos dijo más: nos dijo que si para conquistar la paz y con ella la fraternidad humana y la grandeza de nuestra nación era necesario interrumpir este vivir plácido, no debíamos vacilar, porque nuestro sacrificio salvaría a nuestros hijos de la maldición de la guerra.

Palabras proféticas. No lo sé. La guerra ha terminado y la paz tiene a los pueblos en inquietud y pesadumbre. Palabras de hombre creyente en la humanidad, palabras de aliento y de consuelo fueron las de aquella noche memorable. Las de esta noche han de ser de mayor trascendencia, de una más alta responsabilidad, si tenemos en cuenta cómo se viene des- envolviendo la política europea y el prestigio que ha alcanzado en los medios internacionales la figura de Lerroux, el orador de expresión limpia y pensamiento claro.

Este parlamentario tan ágil y tan cuidadoso de las formas desconcierta a sus contrincantes por la elevación con que trata los temas políticos. Más que un

caudillo de la oposición parece un estadista sobre quien pesa la gobernación del Estado. Y es que él entiende que los escaños de la oposición son para colaborar y no para obstruir. Y colabora desde su sitio, y orienta y da soluciones a los problemas nacionales. Gran señor de la palabra, cada uno de sus discursos constituye una pieza maestra. Es un verdadero deleite seguirle en la trayectoria luminosa de su oración. Su temperamento de artista le impulsa a escalar las cumbres de la elocuencia. En este Lerroux de hoy, el de la madurez, hay algo que reduce a sus enemigos, aun a los más enconados, y es la ponderación, el equilibrio, el respeto a los sentimientos religiosos y a las creencias ajenas. Ilustres prelados lo visitan y obtienen de él su concurso y su palabra para las mejoras en proyecto del clero rural, y salen de su casa, acogedora y hospitalaria, haciendo elogios de sus modos corteses y señoriales. Y los curitas de aldea tuvieron un paladín en el diputado radical.

Conviene que se enteren de esta actuación del jefe republicano los que aquí, en forma tajante, dividen a los españoles en dos bandos irreconciliables. Afortunadamente, las menudencias de nuestro campanario no tienen fuerzas para subir a las torres de las altas basílicas.

Señoras y señores: estáis frente a una fuerza, frente a una voluntad, frente a una energía que ha llegado a la más alta cumbre de nuestro país solo y combatido,

frente a una mentalidad que, en la forja de los iluminados, ha construido, a golpe de martillo, su recia personalidad.

El Ateneo de La Laguna expresa su gratitud a don Alejandro Lerroux y saluda en él a una de las más altas representaciones de la elocuencia castellana.

Septiembre de 1922

OSSORIO Y GALLARDO

No temáis —señoras y señores— que os vaya a presentar a quien, como el señor Ossorio y Gallardo, por su espíritu y por su obra, es de antiguo conocido y admirado en Tenerife.

Las ideas del autor de *El alma de la toga* se han vinculado en nosotros con tal fuerza, que no sabemos si vamos a oír por primera vez su voz o vamos a recibir la última lección de una cátedra. El maestro, en este caso, llega después de su doctrina y recoge la adhesión más ferviente. La palabra que removió la conciencia nacional, inculcándole un sentimiento de justicia, llegó hasta estos riscos y se infiltró de tal modo en el alma isleña, que era un deseo unánime que adquiriese sangre y vida con la presencia del orador.

Por ello, al invitarle el Ateneo para que honrase su tribuna, interpretaba el sentir de todo Tenerife, que asistía espiritualmente al apostolado de Ossorio y Gallardo, porque este país no es un país de aluvión, que

se inhibe de las inquietudes de nuestra patria; no es un país circunstancial que busca acomodo en todas las situaciones. Este país tiene el concepto de su personalidad, tiene el decoro de sus actos y se suma a las ideas, las recoge, las hace suyas, les da el calor de sus entusiasmos cuando encierran un ansia reivindicadora, y vuelve la espalda a los hombres que, entregados a las corrientes circunstanciales, no saben interpretar nuestro sentir, el sentir de nuestra tierra.

Estamos frente a un hombre. Y tened por seguro que, en estos tiempos de flojeras y deserciones, no siempre se puede emplear el término con la debida propiedad. En el mundo es fácil encontrar un sabio, un artista, un político, ¡pero qué difícil es dar con un hombre! Ved, pues, si es legítima la satisfacción del Ateneo al tener hoy dentro de su casa a quien reúne todos estos atributos, ennoblecidos por un ideal de justicia y democracia. ¡Ver la idea santificada por el ejemplo! Predicar el bien y ser bueno, predicar la democracia y ser humilde, hablar de Cristo y sentir la bienaventuranza de los que han hambre y sed de justicia.

En este sentido, Ossorio y Gallardo es un pensamiento que se nutre de las propias carnes, una luz que quema los óleos del propio espíritu.

En los días de derrumbamiento político, en aquellos instantes de pánico en las huestes caídas, en aquel derrumbamiento, sólo una voz se elevó energética y

serena, proclamando la libertad y la ciudadanía como principios consustanciales con la naturaleza humana, y esa voz era de quien, por voluntario alejamiento de la vida pública, no tenía nada que defender.

Él no defendía lo que, desde aquel momento, había muerto, ¡y estaba bien muerto! Él no defendía a unos hombres que no supieron crear un ideal nacional. Él defendía algo más grande, más puro: la norma jurídica reguladora de la acción política. Desde esa hora se impuso el apostolado de la democracia. Su palabra fue un destello en la cerrazón de nuestro ambiente adormecido. Libre de prejuicios, libre de amarres partidistas, solo y fuerte como un héroe de la antigüedad, llevó por los caminos de España la nueva, en la más desprendida cruzada de estos tiempos.

Al oírlo esta noche, abramos los oídos y el corazón, que su palabra es profética.

Vosotras, mujeres tinerfeñas, pensad que vais a oír al autor de *Cartas a una muchacha sobre temas de Derecho Civil*, al paladín de vuestra causa, al defensor del alma femenina —no de un feminismo sin alma—, al que reclama para vosotras la igualdad de derechos, al que sabe de muchas tragedias familiares, de muchas víctimas a quienes nuestro código ató las manos imposibilitándolas defender lo suyo, lo de sus hijos.

Ossorio y Gallardo es un hombre de Derecho que supedita todo a la justicia. Fuera de la justicia no encuentra soluciones a los problemas particulares ni a los

problemas del Estado. La tranquilidad de las familias y la tranquilidad de los pueblos no se pueden obtener de espaldas a la justicia, el más alto imperativo de la divinidad. Entiéndase que hablo de la justicia, no de la ley. La ley es obra de los hombres; la justicia es mandamiento de Dios.

No hay que engañarnos; no hay que sostener, al amparo de la ley, posiciones injustas. Adelantémonos cediendo, como aconseja Ossorio y Gallardo, y no levantemos murallas que, por recias que parezcan, ya hemos visto en otras naciones con cuánta facilidad caen al empuje de una reivindicación.

Esta necesidad de crear un estado social de justicia interesa, sobre todo, a los que tienen que perder. No se encastillen en un derecho anticuado, inhumano, porque las aguas desbordadas no respetan ninguna clase de predios.

Mientras los viejos políticos añoran el poder y pretenden recuperarlo —sin dolor de corazón y propósito de enmienda—, Ossorio y Gallardo se encara con la opinión y la prepara jurídicamente para un nuevo estado político. Es la obra del misionero que va de pueblo en pueblo predicando el Evangelio. ¡Quiera el Cielo que en tierra canaria germinen las ideas de este sembrador!

El espíritu inquieto de Ossorio y Gallardo es como una antena que recibe todas las vibraciones del movimiento mundial contemporáneo. Por ello nadie más

autorizado para cerrar el acto de esta noche, en el que se pretende destacar, una vez más, la personalidad isleña, como una avanzada en medio de los mares, del pensamiento español.

Hagamos, en esta fiesta de afirmación ciudadana, votos de cordialidad entre la familia tinerfeña. No dejemos que, por los resquicios de nuestras menudas pasiones locales, se introduzca la discordia. Agrupémonos todos con un propósito renovador y ensanchemos nuestros límites para no perecer encerrados en la rivalidad y en la incomprensión. La Isla es tan pequeña, que sería un absurdo determinar predilecciones de ciudades donde sólo existe, por ley de la naturaleza, un pueblo al que tenemos que engrandecer con todas nuestras energías.

Construir, construir: he ahí la misión de las nuevas generaciones. Ser guía, ser faro: he ahí el porvenir de Tenerife, la isla madre.

¡Arda el corazón isleño como una antorcha y señale al pueblo canario el camino de la justicia reivindicadora!

Septiembre de 1928

ALCALÁ ZAMORA

No intento cumplir el requisito protocolario de la presentación, ya que sería un grave pecado tratar de presentar a quien, por su obra y por su palabra, cuenta de viejo no sólo con el conocimiento del público sino, lo que vale más, con su admiración. Admiración tributada en homenaje al orador maravilloso que ha convertido su palabra en un destello y al hombre público que ha hecho de su vida un ejemplo de rectitud y austeridad. Pensamiento y conciencia, voluntad y espíritu; tal es, en síntesis, el huésped que hoy honra nuestra casa y a quien Tenerife, devotamente, desea la más grata estancia en tierra canaria.

Una obra de comprensión y compenetración

Desde hace algún tiempo el Ateneo de La Laguna había recabado del señor Alcalá Zamora la dádiva de

su palabra, pero circunstancias especiales han venido aplazando este acontecimiento hasta hoy, en que la gentileza del elocuente orador ha rendido nuestro agradecimiento, haciendo un claro en sus múltiples actividades para enaltecer la tradicional fiesta del 12 de Septiembre.

Destacadas figuras de la intelectualidad española han venido, hace años, honrando esta tribuna y, lo que importa más para nuestros propósitos, creando, a través del mar, un vínculo que anuda en el corazón de esta isla. En esta obra de comprensión y de compenetración, con sana levadura regional, el Ateneo ha puesto sus mejores entusiasmos, seguro de que conocernos es ya comenzar a amarnos y compenetrarnos nosotros, por nuestra parte, con los hombres representativos de nuestra raza —representativos por su mentalidad y por sus hechos—, es buscar un acomodo digno en la entraña misma de la patria.

En esta obra de acercamiento no podía faltar la colaboración de quien, como el señor Alcalá Zamora, es un exponente del pensamiento español y caudillo de una democracia serena y ordenada. Tanto más en estos días, cuando otros toman posturas acomodaticias, conservando un eclecticismo de tira y encoje, sin romper las amarras con el pasado ni estrechar lazos con el futuro, sino esperando a que los sucesos resuelvan la contienda para acoplar luego en la fuerza imperante.

El hombre que descendió al llano

Este hombre que, con su talento, con su palabra, con su esfuerzo había escalado las más altas cumbres —por un firme convencimiento, por un claro sentido ético—, ha descendido al llano, libre de prejuicios, seguro de sí mismo, ansioso de un renacer público, con la visión de un amplio porvenir y el afán clarividente de construir una muralla para contener las pasiones desbordadas. Que esto y no otra cosa significa la evolución política del señor Alcalá Zamora.

A un elevado concepto de la personalidad humana, de la libertad y de la hombría, este eminente jurisconsulto sacrificó lo que a tantos desvanece: el poder. En esta crisis de valores políticos, frente al señor Alcalá Zamora se presentaban libres todos los caminos: los que deslumbran con el brillo oficial, los que conducen rápidamente al logro de las más altas ambiciones, los que traen honores y amigos y, ¡sin embargo!, sacrificó todo esto para emprender la marcha por el agrio sendero de la renunciación y la ciudadanía. Ser o no ser, pensó con Hamlet, y ventiló su problema ideológico con una definición clara, precisa, terminante.

Entre la nación y la institución, entre la esencia y el vaso, entre el evangelio y el rabino, optó, como buen creyente, por el evangelio, ya que no podemos aceptar —aun guardando el respeto que nos merecen todas las opiniones— lo que recientemente se ha dicho

en este mismo sitio: que no es buen español, que no es buen patriota quién no acata una soberanía determinada, rindiendo culto fanático a una tradición familiar, comulgando en una capilla propicia a las vanidades humanas y proclamando, en suma, que la patria encarna en un mortal exclusivo.

El sentimiento y el amor patrio

¡No! El sentimiento patrio es algo eterno, algo del alma, y no puede cimentarse sobre cosa tan quebradiza. El patriotismo es innato a todos los españoles, sin diferencias de colores ni matices. No radica en un sólo sector, sino en todos los sectores de opinión, y se distingue por un anhelo de mejoramiento y progreso. Los perseguidos y los rebeldes de hoy acaso sean los grandes patriotas de mañana.

¡No monopolicen, por Dios, el amor patrio, que hartos monopolios padecemos ya, para que se dediquen a especular también con los más puros sentimientos nacionales.

La patria no es consustancial con ninguna institución; no puede ser consustancial con ningún régimen; bien claro lo demostró en la Academia de Jurisprudencia el ilustre sacerdote señor Romero Otazo, sin salirse un momento de la doctrina de Santo Tomás para razonar su tesis.

No va bien, por otra parte, en un discípulo de Cristo, del divino Maestro que nos enseñó que todos éramos hijos de un mismo Padre, esa entrega ardiente y apasionada a los cetros, a las armas, a las fronteras. Quien viste albos trajes talares tiene que pensar que por sobre todo esto está la fraternidad humana, y que la misma Iglesia acepta todas las formas de gobierno y da el ejemplo eligiendo libremente y por sufragio la más alta potestad de la tierra.

Por ello se podrá no coincidir con la orientación del señor Alcalá Zamora, se podrá discrepar de su doctrina, se podrá no seguir sus rumbos; pero lo que no podemos dejar de reconocer noblemente es la sinceridad y patriotismo de su actitud, ¡la más limpia en esta hora de sombra y confusión!

Ante el orador

Vamos a oír a un artista supremo de la palabra. Para encontrar parentesco a su verbo —tan flexible, tan cálido, tan preciso— sería necesario recurrir a los maestros de la antigüedad, a aquellos constructores de idiomas que hacían un culto de la expresión, promulgando que una verdad es tanto más grande cuanto más bellamente sea dicha. El mantenedor de esta fiesta hace vibrar la atención de sus oyentes, aprisionándola en la urdimbre de oro de su discurso. Orador de

temperamento latino es, hoy por hoy, el único heredero de la elocuencia de Castelar, aunque es la suya una oratoria más incisiva, más reconcentrada, como corresponde a estos tiempos de inquietud y a una conmemoración tan sugeridora como esta del Romanticismo, que nos ha hecho vivir unos momentos de aquel 1840, en su ambiente de arte y poesía.

El romanticismo en el arte y en la política

Esa romántica velada de hace un siglo ha sido un gran acierto de sus organizadores. Las nietas, con los trajes y la gracia femenina de las abuelas, han evocado una época en que la mujer se destacó por su señorío espiritual. A la luz del quinqué, entonces, se hacía música; se hablaba de cosas gratas al espíritu, se comentaban las persecuciones de que eran objeto los liberales y se recitaban los grandes poetas del siglo, como en esta noche. ¡Como en esta noche en que el alma se nos ha quedado prendida entre las armonías del clavicordio y los versos —admirablemente recitados— de nuestros líricos. Y, como remate luminoso, una voz dulce, llena de sentimiento, cargada de sugerencias, que se apoderó de nuestro ser con la caricia sonora de Schumann y Schubert, y ese conjunto de belleza, y ese volver los ojos atrás para olvidarnos de las impurezas del presente, y esa corriente encendida de espiritualidad...

¡Hace cien años! Todavía hay un estremecimiento al evocar los sucesos de aquel entonces. En aquellos días del tan injuriado siglo XIX, el arte y el pueblo se declararon libres. El uno rompe con las férreas disciplinas del clasicismo y el otro proclama que todos los ciudadanos pueden aspirar a la más alta magistratura del Estado, porque el poder radica en el pueblo y no en el príncipe. ¡Ideas bellas, ideas redentoras! Movimiento pasional en las artes y en la política. *Hernani* y *Don Álvaro* son las alas gloriosas con que el romanticismo vuela por el cielo latino. En España encuentra el noble refugio de los poetas; Zorrilla, Espronceda, Bécquer, el duque de Rivas y García Gutiérrez acaudillan el pronunciamiento en el campo de las letras. En el otro, en el de la doctrina pública, se le cierran las puertas para no perturbar el absolutismo imperante. En Francia, por aquellos días, la voz de un poeta —evocado magistralmente esta noche por Manuel Verdugo— hizo vacilar en su trono a un emperador. En España los poetas cantan bien, pero no hacen temblar a nadie. Digo mal, hacen temblar de emoción, de sentimiento. Conmueven, pero no mueven. Aunque es la suya voz de dioses, en nuestro país no derrumba nada.

El caso de Dante y de Hugo —dos épocas tan diversas, dos pensamientos distintos— no se ha producido todavía en la lírica castellana. Estos poetas, camino del destierro, señalaban a sus pueblos horizontes de

luz, y eran como dos acusaciones vivas, como dos acusaciones proféticas contra la tiranía.

No hay que cerrar los ojos ante las realidades

En estos momentos de la vida española no hay que cerrar los ojos ante las realidades, ni volver la espalda a los acontecimientos, sino salirles al encuentro, organizarlos, encauzándolos por los caminos de orden y de paz, como pretende el ilustre presidente de la Academia de Jurisprudencia que, como hombre de Derecho, quisiera que las nuevas normas vinieran inspiradas por un sentimiento de igualdad, que la tolerancia y el respeto a todas las ideas alejaran, de esta lucha de principios, la violencia, para que la Nación, dueña de sus propios destinos, impusiera su voluntad, como cumple a un pueblo viejo de historia, pero nuevo de espíritu.

Hemos de salir de una orilla para llegar a la otra sin perturbaciones ni alborotos callejeros, alborotos que suelen degenerar en trágicas consecuencias. Ganar el mañana con las manos limpias y la conciencia tranquila.

La violencia es mala consejera, y los dormidos instintos populares suelen, al despertarse, tomar un cariz desagradable, alarmante, que si no tiene freno, desemboca en lo irreparable. Una revolución se sabe cómo

empieza, pero nadie puede garantizar cómo termina. Que la prudencia y el buen sentido no cierren los caminos a lo que ya —convertido en ideal vivo— avanza con serenidad y seguridad por pueblos y ciudades.

¡Quiera el cielo que las palabras de Alcalá Zamora caigan en tierra isleña como semilla de una democracia consciente y fecunda que florezca mañana en un alto ideal de justicia!

Septiembre de 1930

UNA LLAMA DE MEDIO SIGLO

El hombre en litigio con el tiempo —señoras y señores— es siempre vencido. Los años pasan, marcan su huella y hacen sentir el peso de lo que se vivió y la pesadumbre de lo que pudo hacerse y no se hizo. El hombre intenta, a veces, encararse con el tiempo y luchar; pero el tiempo, implacable, lo somete a su dominio, lo avasalla, negándole capacidad para rehacer lo que, en su momento, no supo o no pudo realizar. La angustia de esta incapacidad es doble cuando la inteligencia se conserva clara y declina la energía física.

Las cosas, en cambio, prolongan sus fuerzas más allá de los años. Los hijos del espíritu sobreviven y soportan, sin abatirse, las inclemencias y las tormentas del tiempo. Recuperan su vigor y afrontan el porvenir, seguros y esperanzados.

Éste es el caso del Ateneo de La Laguna en su medio siglo de existencia. Los que le dimos vida, viejos y cansados ya, lo contemplamos remozado y sobrado de energías para aumentar su patrimonio con nuevas obras y con iniciativas fecundas.

¡Cincuenta años cumple hoy con alborozo y juvenil entusiasmo! Otros cincuenta vendrán y, acaso, continúe con más juventud y alborozo, ya que la sangre de sus venas se renueva en cada generación.

Hablar yo del Ateneo es remover lo mejor de mi juventud, dedicada a este Centro, en un anhelo de que La Laguna fuese la directora espiritual de Canarias. Cosa que, en verdad, logramos en un periodo brillante de la vieja ciudad, donde se alojó durante mucho tiempo la inquietud intelectual de nuestro país. El recogimiento lagunero es propicio a las manifestaciones culturales. Aquí granaron las espigas más altas del pensamiento tinerfeño, aquí se forjaron nobles aceros para las contiendas ciudadanas. Varones esclarecidos ilustraron las crónicas de la ciudad, y hubo una cátedra y un rectorado cuando aún no existía la Universidad.

Las calles recoletas y las plazas umbrosas tienen una cierta poesía. Son evocadoras y sugeridoras.

En épocas de pasiones violentas y rivalidades insulares, La Laguna —desde una zona templada— imponía la reflexión y la concordia, anudando lazos fraternales. Apoyaba su autoridad en el pasado, pero sabía encararse con el porvenir y recoger el afán de cada día. Era la experiencia remozada con el estudio de los problemas nuevos. Más de una vez alentó, en última apelación, la rebeldía justificada y fecunda. La Laguna fue, a través del Ateneo —tan vinculado a sus

palpitaciones ciudadanas—, guía de los pueblos y de los hombres de Canarias.

A comienzos de siglo, un grupo de muchachos sintió el afán de su hora y dio expansión a sus actividades mozas, encauzándolas por caminos ideales. No era tarea fácil encararse, en aquel entonces, con el porvenir. Un ambiente cargado de prejuicios cerraba los caminos de la bulliciosa juventud que buscó y encontró el apoyo de sus maestros y de algunos ilustres viejos que los alentaban y aconsejaban para que continuaran en su empeño. La lucha fue tenaz; pero sin lucha no se logra nada duradero en este mundo, y nosotros pusimos en ejercicio nuestras energías espirituales y realizamos el milagro de fundar el Ateneo. Ello fue obra de unos chiquillos que tuvieron que buscar quién rebasara los veinte años para encomendarle la presidencia, que recayó en el poeta Hernández Amador, recién llegado de Sevilla con un flamante chaquet y un enjambre de rimas que lo acreditaron como embajador de remotos países de ensueño. Nodriz de esta muchachada fue don Mateo Alonso del Castillo, gran lagunero y gran persona que, con diversas facetas, cultivaba sus predios literarios.

Nosotros buscábamos el calor de los valores morales de aquella época, a quienes tributamos nuestra admiración. Discutíamos sus obras —la juventud es siempre iconoclasta—, pero acatábamos y respetábamos la madurez de pensamiento y el prestigio personal.

Comenzaba a fermentar ya la rebeldía artística. Se hundían unos dioses y surgían otros. El Olimpo se renovaba. Pero cuando queríamos estar seguros de nuestras producciones, limarlas gramaticalmente, acudíamos a los viejos, que corregían nuestros errores y reprobaban, tolerantes, nuestras audacias. Sabíamos discrepar y respetar. El diálogo era siempre cortés y afectivo.

Los jóvenes de hoy viven más aislados, más dentro de ellos mismos. Sus gestos y sus palabras son con frecuencia agresivos y casi siempre agrios. A nuevos tiempos nuevos modos, y hoy imperan modos simples y expeditivos. Nada de formulismos: sequedad y rapidez en el saludo. No hay que malgastar los minutos en buenos modales, en esa rancia urbanidad que los viejos echan de menos y cuya ausencia rompe la comunicación con ellos. Falta el puente que una las dos generaciones. En materia de arte es necesaria la discusión y la pasión. Conviene afirmar la obra propia sin difamar la ajena. Ésa fue nuestra norma. Destacar nuestra incipiente personalidad sin rebajar la de nuestros mayores, más sólida y mejor ganada. Compentramos cordialmente con los viejos, quienes saludaron nuestra presencia en el palenque literario, proclamándonos públicamente herederos espirituales suyos.

Comenzaron las actividades artísticas de los ateneístas con una velada en el Teatro Viana, presidida por el ilustre catedrático don Adolfo Cabrera Pinto,

que pronunció un magistral discurso, saludando el resurgir cultural de La Laguna.

El actual presidente, Emilio López —siempre joven y optimista—, nos trajo al magnífico cantante Pastor, llegado a la Isla aquel día, de paso para América, y que en nuestra fiesta inaugural obtuvo un éxito delirante al cantar el intermezzo de *Cavallería* y la *Mia bandiera*. Rafael Arocha —alma vacilante y atormentada—, con una lectura pomposa y chillona, destrozó un maravilloso trabajo literario.

De esta primera velada arranca el brillante historial ateneísta que, año tras año, ha venido culminando en las noches del 12 de Septiembre.

La tribuna del Ateneo ha sido prestigiada por los valores destacados de España. La elocuencia de nuestros grandes oradores arrebató al público. En aquellos torneos el idioma castellano adquiría el resplandor de las estrellas.

No cito nombres, porque sería tarea larga y la reservo para otra oportunidad. El censo de personalidades que dieron brillo y gloria al Ateneo es grande, contiene muchos ingenios. En estos días se ha producido la dolorosa baja de uno de los más esclarecidos, Eugenio D'Ors.

Quiero destacar que el Ateneo, a pesar de estas eminentes aportaciones peninsulares, buscó la emoción y la orientación en nuestras propias fuentes insulares. Este deseo de enraizar en la entraña regional se

exteriorizó en el ciclo de «Las Hespérides», «Atlante» y «Los Menceyes». Nuestra tierra, nuestro mar y nuestra raza fueron enaltecidos y cantados en forma no superada todavía.

Nombres de aquellas gestas —en el campo del verso—: Tabares Bartlett, Zerolo, Verdugo, Gil-Roldán, Crosa, Manrique, Perera, Hernández Amador, Lázaro Sánchez Pinto, Luis Rodríguez Figueroa, Pedro Pinto de la Rosa, José Manuel Guimerá, Alonso Quesada y Tomás Morales, quienes, al emprender el viaje rumbo al infinito, traspasaron la antorcha a la generación de nuevos poetas que, para alegría nuestra, avivan la llama que, hace ya medio siglo, aclara la parcela espiritual de nuestra tierra. ¡Noble misión la de los poetas! Ellos transforman los seres y las cosas, los iluminan y nos hacen mirar hacia arriba.

Si siempre fue confortador elevar los ojos al cielo, en estos días de incertidumbre y de angustia, en que tiembla la tierra, mirar a lo alto es el único asidero de los mortales. Vivimos una época en que el mundo vacila. Sólo la vida interior es firme. Nunca ha sido tan necesario un refugio íntimo como ahora. Precisa evadirse de la objetividad, zafarse del momento histórico. Cuando la realidad es agria, hemos de ampararnos en la fantasía. Una verdad cruel daña más que una mentira piadosa.

El hombre tiene que salir del pantano. Los pies se hundan y sólo el vuelo puede salvarlo.

La intranquilidad de hoy reclama una luz y una esperanza. Si no existe hay que fabricarla.

Y esto, al fin y al cabo, es lo que hace el Ateneo al festejar sus Bodas de Oro: elevar el pensamiento y el espíritu en busca de un vivir mejor.

En sus buenos tiempos el Ateneo logró que su nombre saliera de estos riscos, adquiriendo en las esferas del pensamiento español un amplio crédito intelectual. No fue ello tarea fácil. Muchos y valiosos elementos colaboraron en el empeño. Se puso a contribución el entendimiento y la voluntad. No estuve yo ausente de esta empresa, en la que, acompañado de quien alentaba y compartía mis anhelos, dejé lo más fértil de mi mocedad.

Pero es lo cierto que cuantos pusimos las manos en este trabajo fuimos compensados, ampliamente compensados, al ver cómo Tenerife, al otro lado de los mares, era un exponente de grandes y nobles aspiraciones. Quiero hacer notar que las ideas y las iniciativas no flotan en el aire, sino que toman cuerpo y sangre en el alma y en la mente de los hombres. No de hombres desvaídos y anónimos, sino de hombres con fortaleza para que sus pensamientos y sus proyectos adquieran realidad. La historia es un engranaje de sucesos y, por pequeño que sea el ámbito en que se desarrolla, no pueden silenciarse y menos dejar en la sombra a quienes supieron crear fecundas instituciones. Mal ejemplo y menguado estímulo para aquellos

que, con entusiasmo y sacrificio, se imponen la carga de seguir trabajando en pro de su pueblo. El desdén para los que destacaron su fisonomía moral en tiempos pasados sólo demuestra flojera para continuar la faena iniciada por sus mayores. Es una postura de cansancio de los que no quieren o no pueden avanzar.

Las pasiones menudas ofuscan las mentes, deformando los hechos y, a veces, logran desviar la opinión con quebranto de la justicia y la verdad. Pero es lo cierto que, por sobre de estas cominerías, está la conciencia pública que da a cada uno lo suyo. A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Aliento al buen propósito y desdén a la mala voluntad.

Hubo, hace medio siglo, una juventud deseosa de que nuestra región saliera del anónimo intelectual en que se encontraba, y con esfuerzo logró que las Islas se asomaran a la Península. Nuestras actividades culturales y artísticas tuvieron entonces resonancia fuera del Archipiélago. Canarias se hizo presente en los círculos intelectuales de la Nación y se comenzó a hablar no de individualidades —siempre las tuvimos muy destacadas—, sino de grupos, de entidades, de poetas canarios, de pintores canarios, de un arte y de una literatura canaria.

La inquietud se extendió a otras modalidades de la vida insular y comenzamos a ser algo más que unos puertos de tránsito y unos cultivos con mercados en el extranjero. Canarias se perfilaba con personalidad

propia. En la esfera política y administrativa logramos el régimen de Cabildos, que ha fomentado nuestro progreso.

Cuando la comezón espiritual penetra en la entraña de un pueblo, lo dignifica y engrandece en todos sentidos.

Ved, pues, cómo no es posible —en una conmemoración como ésta del Ateneo— silenciar y menos ignorar a quiénes fueron los autores del resurgimiento tinerfeño.

Consecuente con este criterio yo quiero rendir, en estas Bodas de Oro, un homenaje sentido y fervoroso a quienes entraron en el siglo con ímpetu renovador y lo concreto en su figura más representativa, en un hombre —ilustre entre los patricios ilustres de su época— a quien yo sustituí en la presidencia del Ateneo y con quien, a lo largo de una vida, estuve íntimamente identificado. Pensamiento alto y corazón generoso. Estoy señalando a don Benito Pérez Armas, guía y maestro de nuestra generación.

Un temperamento político, una mentalidad ágil, una cultura extensa, una palabra enardecida y una atractiva simpatía, esto fue Pérez Armas, admirado con devoción por sus correligionarios y combatido con saña por sus adversarios, quienes pronto pasaban a la categoría de amigos, porque tuvo la virtud de no abrir abismos que pudieran separarlo permanentemente de sus enemigos políticos.

Su personalidad, como hombre público, merece un detenido estudio que, en su día, se hará, porque define un periodo de la vida tinerfeña. Pérez Armas imprimió modos señoriales a las luchas de partidos, creando un clima tolerante, en el que se defendían las propias ideas con respeto de las ajenas. En sus actuaciones dejaba abiertos los caminos a posibles inteligencias conciliadoras que lo llevaron a ejercer, durante muchos años, la hegemonía del País. Tenía visión clara de los problemas y conocimiento profundo de los hombres. Político de su tiempo, avanzaba sin herir sentimientos ni romper ataduras seculares.

Como jefe de partido supo rodearse de personalidades de prestigio, con las que constituyó su consejo asesor, su estado mayor, que él, gráficamente y con cierto humorismo llamaba «mis coroneles». Los «coroneles», en sus respectivas localidades, eran una fuerza electoral y un exponente de las necesidades y conveniencias locales.

Estos «coroneles» eran hombres representativos de la Isla, con sentido político y raíces populares, que supieron colaborar y ganar batallas, realizando labor de expansión y conciliación, y aglutinando, en el común anhelo de engrandecer el País, a elementos de oposición que, sin claudicar, se pasaban al bando de Pérez Armas, cuya preocupación era dignificar los modos políticos y las luchas electorales. Actuaba siempre con guante blanco y con mano izquierda. Con estos nobles

procedimientos ejerció durante muchos años la hegemonía política y administrativa de la Provincia, sin que nadie pudiera culparle de un grave quebranto en su moral o en sus intereses. En sus actuaciones cuidó siempre no herir ni alejar voluntades. El hogar y los medios de proporcionarse la vida eran para él terreno sagrado, donde no existían enemigos, sino seres humanos, merecedores de respeto y de justicia. Más de una vez se dolieron algunos de sus incondicionales de ser desamparados en sus apetencias, por respetar las posiciones de manifiestos adversarios. Acaso sea éste su mayor elogio.

Hombre liberal, con formación humanística, tenía un criterio progresivo y conciliador de los problemas sociales.

Su lema era: Servir: ser útil, sin dañar. Y, al servicio de Tenerife, con sacrificio de su hacienda, don Benito Pérez Armas puso su inteligencia y su vida.

A lo largo de una generación yo estuve íntimamente unido a este vigoroso pensamiento isleño, adelantado de la intelectualidad canaria de su época. Pocas veces el afecto y la admiración se conjugaron tan estrechamente en el culto a la amistad. Por ello es para mí un placer avivar el recuerdo del amigo predilecto, guía y capitán de una juventud ansiosa de horizontes amplios. Su apego a la tierra lo imposibilitó para un vuelo más alto. La Isla era para él meta y ambición. Vivió y murió en ella. Sus huesos y su espíritu están

con nosotros y sobre nosotros como un legado de patriotismo y tolerancia.

Había, además, en este hombre, un verdadero temperamento de artista. Como orador arrebatava a las multitudes, y como escritor dejó una producción amplia y codiciosa, cuyas raíces ahondan en el sentimiento regional. *Rosalba* y *La vida, juego de naipes* son dos magníficas novelas de ambiente y paisaje tinerfeños. En ellas hay cuántos elementos se precisan para resistir los vaivenes de la actualidad literaria; sus personajes tienen existencia propia y se mueven por pasiones humanas. Es el destino, con su profunda complejidad, quien dirige los sucesos y teje la urdimbre de estas novelas. *Rosalba* y *Alonso Contreras* son dos figuras que perdurarán en la literatura canaria. Ella —en el esplendor de su juventud angustiada— asiste a la consagración de sus ilusiones, sin que su femineidad ponga nada para anticiparla. Es su hora, que llega como un sueño lejano. Pasiva y contemplativa sabe esperar. La verdad está dentro de ella y la torna luminosa. *Rosalba* es un latido de nuestra tierra, y *Alonso Contreras* es una fuerza volcánica. Él no tiene la audacia de Prometeo al escalar el Olimpo para robar a los dioses el fuego sagrado, ni el ideal justiciero de Don Quijote, sino la codicia de bienes materiales y el ansia de señorío. Rico y poderoso, siente la llamada del pueblo nativo que reclama sus huesos. En este indiano se condensan los sentimientos de nuestro pueblo

trasmantino. Es un ejemplo de coraje y una lección de energía isleña.

Predomina en las novelas de Pérez Armas un discreto eclecticismo: idealista a veces, realista otras. Hay una marcada tendencia a armonizar el alma y la materia. «En las comuniones pasionales —dice uno de sus personajes— han de concurrir barro y aliento de divinidad», y la protagonista añade: «El beso redentor, aquella cosa que no parecía de este mundo y me hizo ver estrellas, muchas estrellas».

El novelista conoce bien el corazón de nuestra gente, se adentra en sus recovecos sentimentales y gana la sensibilidad del lector, prendido en una prosa ondulante y nerviosa, en la que brillan las imágenes como oro viejo recién pulido.

Entre nosotros nadie como él cultivó con tanta hondura —tierra adentro— la novela regional. Antes don Francisco M^a Pinto había escrito su *Mariquita Príncipe* y *Un caso*, dos magníficos ensayos narrativos; pero es cosa diferente.

Don Benito Pérez Armas supo recoger las vibraciones y reacciones de nuestras gentes, sus luchas continuas, sus amarguras, sus regocijos populares, sus dichos y refranes tan gráficos y expresivos en la prosa de nuestro escritor. En su obra palpita siempre el alma canaria.

Las novelas de Pérez Armas hemos de estudiarlas como producto de una época, la suya; sin olvidar que,

en su vida, tan fecunda, esta modalidad fue un accidente: sus actividades eran más complejas y extensas. Orador elocuente arrastraba con su palabra a las multitudes y se imponía en las asambleas con clara visión de los problemas en debate. Alejado, por circunstancias imperantes, de la dirección pública del País, cuyo rectorado ejerció con dignidad máxima, buscó refugio a sus inquietudes en la literatura —en la que ya se había destacado brillantemente en sus años mozos—, y nos proporcionó los frutos mejor sazonados de su ingenio. La suya fue una vida plena de cosas nobles y bellas, en contraste con tanto cántaro vacío que suena porque no contiene nada.

Es posible que hoy —en periodo evolutivo la novelística española— se encuentren sus obras fuera de actualidad. Los problemas de entonces eran muy distintos de los de ahora.

La concepción que teníamos de la vida y del arte era también diferente. Y la novela, al fin y al cabo, es el espejo donde contemplamos nuestra propia existencia, reflejada en entes de imaginación que, para sobrevivirse, han de pensar y obrar como los mortales de su tiempo. Esto, desde luego, cuando los personajes tienen armazón y consistencia humana. El medio social y el clima moral influyen en la creación artística. Los prejuicios y las vacilaciones de la época mueven a las criaturas imaginativas, que, si tienen fortaleza, no se dejan guiar por el autor, sino que se le imponen

y viven sus vidas, en rebeldía con quien les dio el ser. Lo mismo en la paternidad de la sangre, cuando el hijo, en su mayoría, toma rumbos distintos a los que marcó el padre.

A este propósito recuerdo que, encariñado Mauricio Maeterlink con una de sus más bellas creaciones femeninas, quería salvarla de un final trágico, y como si ella obrase independiente de su voluntad, no pudo conseguirlo. Triste y desalentado le dijo a su compañera Georgette Leblanc —muy interesada también en la suerte del personaje—: «¡No he podido evitarlo. Selisette se ha suicidado!» Es decir, la criatura pudo más que su creador. El destino la llevó más lejos de lo que quería Maeterlink.

Así son los personajes que Benito Pérez Armas trajo a las letras canarias. De carne y hueso y con alma que los ilumina interiormente. En los afanes de cada día son dueños de sus actos. Son seres vivos que alientan y que, todavía hoy, los encontramos por los caminos y encrucijadas de la Isla.

Los personajes de Pérez Armas no se someten al análisis psicológico a que Proust sometía los suyos, sino al instinto racial que infiltraba Galdós a su muchedumbre. Es un censo de personas libres que van y vienen, traídos y llevados no por el mandato imperativo del escritor, sino por sus propios impulsos. No hay sombras, sino seres vivos. Ésta es, en suma, la fuerza del novelista.

A través del tiempo no llegan a nosotros simbolismos ni episodios, sino criaturas: *La Celestina*, *Alonso Quijano*, *Madame Bovary*, *Los hermanos Kamarazoff*, *El primo Basilio* . . . hombres, hombres; mejor dicho vidas, vidas . . .

Desde este punto de vista Pérez Armas fue novelista. Descuidado en la forma a veces, pero con impulso creador siempre.

Su iniciación como narrador comienza en plena juventud con *De padres a hijos*, que a fines de siglo fue un destello en nuestros medios literarios. En los primeros Juegos Florales canarios, celebrados en La Orotava —un galardón para la ilustre Villa—, obtuvo esta novela el premio ¡Y a ese certamen concurren las plumas más ágiles y acreditadas del Archipiélago!

De padres a hijos es obra de fuertes pasiones. Tormenta y arrebató. Tiene por escenario La Punta del Hidalgo. Panorama agrio y duro, descrito con vigor y maestría. Visión exacta y bella de quien siente y ama la naturaleza y, compenetrado con el paisaje, trata los riscos, los valles y las playas con exaltación panteística.

Dentro de este marco viven y se mueven el Patrón Ruiz, con su buen pasar, y su hija Trinidad, la muchacha más guapa en cinco leguas a la redonda; Víctor, el bravo mozo con la tara familiar, atavismo de siglos, que carga sobre el hijo el crimen del padre, y don

Dimas, ave de rapiña, codicioso de dinero y de carne joven, que cobra los réditos y quita la mujer al que, como el protagonista, tiene la desgracia de caer en sus garras.

De padres a hijos es como un vendaval y alborota la conciencia. Es la maldición que pesa no sobre un hombre, sino sobre una casta. Tiene capítulos maravillosamente llevados, tales la lucha canaria y la «entrada» del Cristo. Temas de la tierra tratados con mano maestra.

Las novelas de Pérez Armas no sólo prestigian las letras canarias, sino que enaltecen nuestras costumbres y nuestros campos, ya que su elogio más sentido es para nuestras tierras calcinadas por el volcán.

Rosalba es, a nuestro modesto entender, un acierto en literatura regional. En esta obra, cuyos personajes son reales, con sangre y pasiones, el prejuicio —ese convencionalismo social, déspota intolerante— es el protagonista de la novela. Contra él se entabla la lucha. El ambiente le es propicio: un pueblo pequeño, un caserón blasonado, un pasado que quiere imponerse y una víctima, si el amor flaquea. Pero Fernando —«el muchacho», como se dice ahora— es hombre de espaldas anchas, un temperamento forjado en el estudio y una conciencia. Batalla con sus sentidos alborotados y los domina. Vencedor de sí mismo, triunfa

luego del ancestral mandato familiar y proclama, con la serenidad de un héroe, la victoria del amor sobre la estirpe.

Para dar un símil de *Rosalba*, en su más amplia concepción, nada tan indicado, quizás, como el mito de Perseo y Andrómeda. El monstruo de las tres cabezas impide que el amor se acerque a la doncella, la tiene encadenada a una roca y la vigila día y noche. Perseo quiere librarla y, en su loca aventura, logra matar al monstruo que, al fin, perece bajo su lanza.

Después de muerto, ¡qué poca cosa es el monstruo de los prejuicios!

Personajes de marrullería y sobriedad aldeana, como Águeda, Cándida, don Gaspar, Bicácaro y la parentela forman el coro de la narración. Todos ellos moviéndose dentro del paisaje canario. Nuestro sol único, nuestro verde deslumbrador, nuestros campos de labradío, pródigos y fecundos.

En *Rosalba* el autor ha recogido todo aquello que puede dar colorido local. La obra tiene el sabor de de nuestra tierra. El ambiente y el marco son canarios, el poema es universal. Pretender hacer obra eminentemente regional sería una temeridad, toda vez que nuestro país no aporta materiales para ello. Una literatura de esa índole sería pobre, amañada, empequeñecida en un localismo sin horizonte.

Recomienda Azorín a los novelistas los pormenores, las menudencias. Nuestro escritor salpica su obra

de esas pequeñas observaciones que matizan y son granito de mostaza del condimento literario. Rica en detalles ornamentales tiene, en algunos pasajes, un sibaritismo rabeliano. Todo adobado con dichos y sentencias de aguda filosofía popular.

Por sobre todo esto, en la novela hay un temblor trágico. Las almas están heridas, pero el sentimiento busca su cauce natural y renace el anhelo de vivir.

Con *La vida, juego de naipes* ya tenemos novela regional. Hasta entonces, ensayos remotos, unos balbuceos que iniciaron el movimiento, unas páginas afortunadas en las descripciones del paisaje, algún intento de dar vida a caracteres insulares y un buen propósito que siempre quedó a medias, hasta que don Alonso Contreras —el protagonista de *La vida, juego de naipes*— regresó al Valle de La Orotava, después de sus correrías por tierras de América.

Éste es nuestro hombre. Su figura se irá destacando de día en día, porque en él se condensan los sentimientos de nuestro pueblo.

Es el indiano emprendedor, codicioso de poseer la riqueza, la consideración social y el poder. El poder, sobre todo. Se ha refinado con los viajes, con el trato de las gentes y con algunas lecturas desordenadas. Del mundo tiene un juicio personal y un claro raciocinio. Maestro de su propia juventud, se encara con el

futuro, dispuesto a vencer. Vencer siempre y, para vencer, ni doblegarse ni enfrentarse con los fuertes, hacerse a un lado para luego incorporarse a la corriente victoriosa. No malgasta sus energías en luchas estériles. Se rinde ante las fuerzas desconocidas —el amor, la muerte—, pero lucha contra la adversidad, hasta obtener el éxito. El éxito es su dios. Para lograrlo juega sus mejores cartas y, hábil tramposo, marca algunas. Independiente y rebelde en la concepción de su moral, no tiene frenos ni ligaduras que lo sujeten a una norma establecida. Avizora, libre de preocupaciones éticas, los acontecimientos económicos y sociales para dominar a los hombres.

Este viejo don Alonso Contreras es además un gran sentimental. Está amasado con leña de isleña. En él rebullen las virtudes y los pecados de nuestra raza. Es el aventurero que, por dominar todo, llega a dominar su propia naturaleza, salvaje y arrolladora.

Frente al mar, en los acantilados de nuestras costas, sintió el deseo de liberación. La tragedia —dio muerte a un hombre en un pueblo del Norte— lo empujó a otras tierras, y allá, solo, desconocido, se penetró de la utilidad del dinero, y lo busca con la fe del creyente. No es el suyo el sentimiento del avaro, sino el convencimiento del hombre ambicioso que necesita alas para subir y no se las pide a Pegaso, que es la fantasía, sino a Mercurio, que es la realidad, y se incorpora a la cofradía de los mercaderes afortunados.

Éste es don Alonso Contreras, el de *La vida, juego de naipes*, tan humano y tan nuestro que, por lo limpio de su linaje literario es, hasta hoy, el verdadero héroe de la novela canaria.

Ejemplares humanos como Pérez Armas se destacarán donde quiera que pongan en marcha sus fuerzas interiores. Cuanto más grande sea el medio social de sus actividades, más profunda será la huella de su personalidad. Estos hombres no pueden quedar en la sombra, porque ellos mismos son luz y aclaran los caminos del porvenir.

Don Benito Pérez Armas fue el paladín de nuestras rebeldías mozas —verbo encendido en las asambleas insulares— y el más representativo de los fundadores del Ateneo. Por ello yo pretendo, en esta efemérides, concretar en su persona y en su recuerdo a una generación que, con sangre y espíritu, enaltecizó a Canarias.

Septiembre de 1954

LOS DOS CANARIOS MAYORES: GALDÓS Y GUIMERÁ

Tenerife, en homenaje fervoroso, exterioriza en esta noche —señoras y señores— su cariño al más esclarecido de sus hijos. Por ello este acto tiene la emoción de una ofrenda espiritual. Es algo así como una llama en memoria del Poeta, alimentada con las más puras esencias de nuestro ser.

Enalteciendo la obra de Guimerá, enaltecemos, al mismo tiempo, el solar tinerfeño, ya que aquí abrió los ojos a la vida, aunque más tarde, en Barcelona, los abriera a la gloria. Es, por lo tanto, levadura nuestra. ¡Barro isleño, calcinado por soles de eternidad!

Sentimos el orgullo de que Canarias, en su pequeñez y en su alejamiento, haya pagado pródigamente su contribución al arte nacional. Ved en los últimos tiempos. Los dos valores más altos de la literatura española salieron de estos riscos: Galdós y Guimerá. Y parece ser como si con ello hubiésemos querido engrosar por igual las dos corrientes más poderosas del pensamiento ibérico.

La obra de Galdós es castellana. La del uno tiene la grandeza y la audacia de Castilla; la del otro la inquietud progresiva de Cataluña. El verbo se hizo en ellos espíritu y el arte culminó en las creaciones de estos dos canarios con un resplandor de inmortalidad, y fueron guías, fueron conductores de dos pueblos en marcha. En marcha hacia el ideal, hacia las cumbres del sentimiento y de la belleza.

Para la patria de origen, para el hogar nativo, en cambio, no tuvieron un recuerdo, ni un pensamiento. Dolor da decirlo, pero ambos fueron olvidadizos con la tierra que los vio nacer. Este desvío, sin embargo, no aminora ni la devota ternura ni la admiración de Canarias, que sabe que los laureles conquistados por sus hijos coronan también su frente maternal. Le basta con saber que es suya la arcilla con que se formaron las dos vasijas que contenían espíritus tan luminosos. Con gesto soberano Canarias reparte, en justa medida, en proporción equitativa, las dos estrellas más limpias de su cielo entre el arte catalán y el arte castellano.

La descendencia espiritual de Galdós adquiere encarnadura viva, sangre viva, y alienta su rebeldía por los pueblos de España. Los hijos del muerto glorioso marchan de prisa, con pisar recio. En estos últimos tiempos han fortalecido sus nervios, ya no vacilan, avanzan seguros. Los que intenten cerrarles el camino

perecerán, porque ellos son la fuerza y se han aliado con la justicia. Para las creaciones de Galdós, para esa humanidad facciosa el porvenir se hizo presente. Los personajes de sus novelas hoy proclaman su verdad tan alto, que hacen temblar las torres de la intolerancia. A su paso hay un resplandor y un sonar de campanas... ¡A gloria, a resurrección...! Parece un huracán y sólo es una conciencia.

Trémula aún la mano que contuvo la semilla, cayó para siempre el viejo sembrador. Galdós terminó ya su labranza. Roturó sobre el pueblo español hasta llegar, tierra adentro, a la entraña nacional. El surco recibió su cuerpo con el mismo cariño con que antes recibió el grano de su siembra. Las ideas, para alcanzar su madurez, necesitan ser fecundadas, casi siempre, con la propia carne. La cosecha será en el campo galdosiano más grande que nunca este año.

Si estudiamos detenidamente la producción literaria de Guimerá, veremos que el pensamiento y el sentimiento son catalanistas, pero la obra es universal. Las más sólidas columnas del arte la sostienen. Su teatro, al igual que el teatro wagneriano, se afirma en la leyenda, en la religión y en la vida misma. Hay en él algo que lo lleva a exaltarse como un místico ante las figuras bíblicas. La parábola cristiana la desarrolla en varios de sus dramas y la perfuma de evangélica

unción. Por su teatro desfila Jesús de Nazaret, el Dios del amor y del perdón, que muere amando y perdonando en las infinitas agonías de un atardecer sin término ni esperanza. La Virgen María, toda bella y sin mácula, en su tragedia maternal. La Magdalena, deshecha en amor y en arrepentimiento. Y la traición hecha carne —¡carne maldita por los siglos de los siglos!— en Judas de Keriot. Desfilan también reyes torturados, amargados bajo el peso de la corona y la perfidia. Reinas que buscan en el amor la liberación. Piratas que dejan el corazón sangrando en manos de la cautiva. Y en esferas más humanas, a ras de tierra, surgen como dos bloques, como dos montañas, María Rosa y Manelich, las creaciones supremas de Guimerá, las que tienen el fuego interior de las pasiones eternas y plasman todo el vigor de una raza. Para entroncarlos en parentesco espiritual tendríamos que recurrir al viejo Conde de Albrit y al rudo Pepet, hijos también de otro canario glorioso.

No es, pues, este acto un homenaje póstumo; no es una flor sobre un sepulcro, sino una afirmación de nuestra personalidad, una fiesta regional, plena de optimismo confortador, ya que los hombres como Guimerá y Galdós no mueren: viven eternamente y dan vida gloriosa a la tierra donde nacieron.

ARCILLA Y ESPÍRITU

Radio Club contribuye al renacimiento artístico de Tenerife y, siguiendo su ya tradicional costumbre, ofrece a su público una Semana de Arte, en la que escritores y artistas destacan el brillante historial de esta emisora a lo largo de once años de existencia.

Acepto el amable requerimiento con el propósito de subrayar, una vez más, las actividades espirituales de nuestra tierra.

Existe hoy en Tenerife un núcleo de artistas que puede sostener dignamente la comparación con los más destacados de cualquiera otra provincia española. Esto, en verdad, nos enorgullece y nos llena de satisfacción, porque hace subir el nivel cultural de nuestro país, ya que no mira con indiferencia las obras de nuestros artistas, sino que crea el ambiente necesario a esta clase de producciones. ¡Cuántas aptitudes se han malogrado en un clima espiritualmente frío y seco, en un clima ingrato y malsano para la siembra artística! Por ello hace bien Radio Club en crear ambiente, en estimular las aficiones artísticas de nuestro país.

¡Sembrar, sembrar, que tarde o temprano se recoge la cosecha!

El público tinerfeño sabe ver, cosa no fácil en materia de arte. Anoche, desde este micrófono, indicaba el Sr. Balcells lo que, a su juicio, se precisa para contemplar con deleite una exposición de pintura. A lo dicho por el culto profesor yo quiero añadir que, frente a las obras de arte, hay dos posiciones: la del profesional y la del público. El profesional, el crítico y el especializado en la materia, buscan el mérito de un lienzo en la técnica, en el dibujo, en la luz, en el color, en las dificultades vencidas, en los problemas ágilmente resueltos, en las valoraciones y calidad del trabajo. Pesa y mide todas las posibilidades y las novedades introducidas en el cuadro. Pero si se trata del gran público —es decir, del profano con afición y sentimiento artístico—, sobre él influye, entonces, la preparación literaria.

Muchos cuadros deben su celebridad a lo que de ellos nos han contado escritores y poetas. No se mira con los mismos ojos el *Caballero de la clavellina* de Holbein, que la *Gioconda* de Leonardo —señalo dos piezas maestras del retrato—. La *Monna Lisa* la vemos influidos por lo mucho que de ella se ha escrito; influidos por la literatura, tratamos de descubrir los recovecos de su alma a través de su sonrisa y, a través de su mirada, el misterio de su vida. La poesía y la leyenda que envuelve a esta enigmática mujer hace que, al

encarnamos con su retrato en el recogimiento del museo, la miremos como a una buena amiga de otros tiempos.

Yo, de mí sé decir que siempre contemplé con gran admiración la *Venus* de Giorgione, pero al enterarme que al dorso del lienzo se descubrió recientemente una frase que dice: «Ven, Cecilia, ven, tu Giorgione te espera», la miro con doble interés y mayor devoción. ¿Quién sería esta Cecilia tan bella, que el pintor esperaba con impaciencia? ¿Una muchacha alegre? ¿Una gran dama veneciana? El misterio es la espuela de oro que estimula nuestra curiosidad.

Una preparación es necesaria para descifrar el encanto de las cosas.

No contemplamos las ruinas de un castillo con la misma emoción, cuando ignoramos lo que pasó entre sus paredes, que cuando conocemos su historia, su leyenda, las proezas y los amores de quienes lo habitaron.

La anécdota significa mucho en estos casos. En el castillo de Sant Angello a mí me interesó más el romance de Beatriz de Cenci, la leyenda de La Tosca y la prisión de Benvenuto, que la ojiva del torreón central.

Cuando vemos las obras de la antigüedad, es necesario conocer algo de lo que de ellas se ha dicho, para tener el placer a que se refería mi amigo Balcells; y cuando vemos en nuestras exposiciones las obras de los artistas de hoy, precisa poner, de nuestra parte, un poco de fantasía y suplir la falta de literatura con

nuestra propia imaginación. Hay que reaccionar idealmente.

Me refiero no sólo al gran público, sino también a los amantes del arte, para quienes sirve igualmente la receta.

Si queréis ver con deleite, procurad ver con los ojos de la cara y con los del alma. Los ojos del alma siempre descubren un poco más de belleza.

Esta labor educadora de los sentidos implica una renovación de nuestra cultura, que establece el módulo espiritual de Tenerife. La valoración de las manifestaciones estéticas tiene una mayor trascendencia de la que, ligeramente y a primera vista, se puede apreciar, porque existe una raíz más honda, una raíz más profunda, que se adentra en los hontanares mismos de nuestra isla. Interesa que todos se compenetren y encariñen con las actividades artísticas.

Esta obra de compenetración artística se viene realizando en esta capital desde algún tiempo acá, con gran éxito y, ciertamente, no es pequeña la aportación de Radio Club en tan noble empeño. Distinguidos compañeros se han ocupado en esta Semana de Arte de diversos temas: la música, la poesía y la pintura; y los organizadores esperan de mí unas palabras sobre la escultura. A ello les mueve el hecho de que un arte tan complejo y difícil haya brotado con brillante pujanza en estos días. El barro canario se amasa, y las manos comienzan a dejar huellas luminosas que más

tarde, convertidos en bronce y en mármol, señalarán las efemérides de nuestra región, recordando a las generaciones futuras las vidas y hechos de nuestros ilustres paisanos. Nuestras plazas, nuestros jardines y nuestros parques claman por el trozo de mármol aleccionador y glorificador.

Pueblo que rinde homenaje a sus muertos gloriosos estimula las virtudes de las mentalidades vivas. Pueblos que olvidan a sus muertos estimulan las apetencias de los vividores. Honrar a los muertos es honrarse a sí mismo. Y a los muertos se les honra con arcilla y espíritu. Materiales indispensables para la obra del escultor. Con arcilla da la forma, plasma la idea; con espíritu le proporciona inmortalidad.

La escultura tiene dos momentos cumbres: Grecia y Miguel Ángel. La belleza pagana, la serenidad olímpica tiene su expresión más alta en Fidias, Praxíteles, Scopas. El sentimiento religioso del pueblo helénico se exterioriza en el culto a las formas armoniosas. Los dioses deslumbran con la serena majestad de la más perfecta hermosura. El mármol, en las cornisas del Partenón y en los templos de Guido y Milo, se convierten en espíritu, y la humanidad, a través de siglos y siglos, contempla como un milagro de arte la obra de los escultores griegos. Se inclina ante ellos y dice: «Imposible superarlos».

Más tarde llega un hombre; tiene la fuerza creadora de un dios; se llama Miguel Ángel y hace que la

piedra en sus manos adquiriera toda la inquietud y todo el dolor del universo. Sus criaturas no tienen la serenidad de los griegos, no son divinidades sino mortales, hombres atormentados por el destino y por sus propias ambiciones. Sufren el castigo de Adán y sienten en sus entrañas la renovación de la vida.

Ved —para señalar algunos ejemplares— la maravilla del *David* (colocado en su origen frente a la puerta principal del Palacio Viejo de Florencia, hoy en la Academia de Bellas Artes para protegerlo de las inclemencias de la intemperie); tiene este David, en su olímpica desnudez, la majestad y la fortaleza del héroe. Su mirada avizora los horizontes y su frente se contrae bajo la pesadumbre de un pensamiento vivo. Está preparándose para la lucha, la onda a la espalda todavía, y tiene ya la arrogancia del vencedor. Es un dios pagano pletórico de fuerza humana. El espíritu de Grecia injertado en el roble más vigoroso del Renacimiento.

Veamos ahora el *Moisés*. ¡Qué enorme es la figura del legislador! De todo su cuerpo emana un poder físico y espiritual. La inmensa barba rizada, entre los dedos, le cae a lo largo del pecho como una cascada de luz. Esta cabeza encierra un pensamiento vigoroso y una recia voluntad. La mirada es enérgica, como corresponde a un conductor de pueblos. Las tempestades de Sinaí han endurecido sus músculos y aclarado su espíritu. Moisés va a imponer a los hebreos la Ley de Dios.

Abandonemos el *David* y el *Moisés*, para internarnos en la Sacristía de San Lorenzo, junto a la Capilla de los Médicis. Frente a estos sepulcros, que pregonan la potencialidad creadora del escultor florentino, quedamos rendidos, anonadados. Aquí el mármol no sólo adquiere vida, sino lo que es más grande, vida dolorosa, angustia del vivir, tristeza infinita de la existencia.

Los rostros de estos dos príncipes tienen la expresión de una raza de dominadores que triunfan, imponiendo el lujo sensual y la autoridad despótica de los Médicis. *Julián* se yergue altivo, seguro de sí mismo, la cabeza arrogante, la mirada serena. *Lorenzo* tiene una actitud de meditación, por lo que se le conoce con el nombre de *El Pensador*: su rostro bajo la sombra del casco guerrero oculta un pensamiento profundo. Las cuatro figuras: el *Día*, la *Noche*, la *Aurora* y el *Crepúsculo*, colocadas sobre las cornisas funerarias, son algo que ya no se puede superar. Imposible ir más allá en la exteriorización de los sentimientos. El mármol, no me canso de repetirlo, no es piedra, es carne, y la carne viva de estos seres desnudos está torturada por el dolor de mil generaciones. La sensación de cansancio del *Crepúsculo* y el despertar de la *Aurora*, contrastan con la reciedumbre enérgica del *Día* y la inconciencia del profundo sueño de la *Noche*, de esa mujer de torso marchito y senos caídos, en cuyo vientre parece encerrarse el origen del mundo.

Juan Bautista Strozzi, poeta de la época, le dedicó este expresivo cuarteto:

*Esta noche que duerme y que recibe
mortal aliento en mármol perdurable,
la esculpió un ángel y, pues duerme, vive.
Despiértala si quieres que te hable.*

A lo que contestó el propio Miguel Ángel:

*Dulce es dormir y aun ser de piedra dura,
mientras daño y vergüenza infunden miedo,
no ver y no sentir es gran ventura.
¡Por Dios, no me despiertes, habla quedo!*

Pero me doy cuenta que hablar de Grecia, de Fidias, de Praxíteles y de Miguel Ángel en estos días en que la actualidad alcanza el mayor interés y la atención está pendiente de los sucesos históricos de esta hora, es perder el tiempo. No está el horno para bollos ni la Magdalena para tafetanes, y menos para líricas exaltaciones de arte cuando se está estructurando el porvenir del mundo.

Los ojos están fijos no en los viejos escultores, creadores de belleza, sino en los escultores de San Francisco, creadores de pueblos y de nuevos modos de vivir.

¡Que Dios los ilumine para que la arcilla en sus manos se convierta también en espíritu! Es decir, en justicia.

No es posible prolongar un estado de guerra, que sume a los pueblos en la miseria y a los espíritus en las tinieblas. Esta paz tiene que ser una realidad. Los estadistas, sobre cuyos hombros pesa la mayor responsabilidad del mundo, tendrán —si quieren cumplir noblemente su cometido— que hacer más llevadera y más alegre la vida. Más alegre, sí, porque la humanidad necesita un descanso, una tregua amistosa y jubilosa. Abrir las fronteras y los corazones para borrar recelos y establecer relaciones entre las naciones y los hombres, sean cuales sean sus orígenes y sus creencias. Tolerar todo menos la violencia y la agresividad. Cada uno en su casa y Dios con todos. Terminar con las quintas columnas que, clandestinamente, se introducen en predio ajeno para colocar, por procedimientos tenebrosos, su mercancía.

Si en medio de este confucionismo de hoy surgiera una idea redentora, ella ganaría las conciencias, sin que las armas y las intrigas la avalaran, pero nada seguros deben estar de su doctrina quienes pretenden imponerla a sangre y fuego.

Todos queremos ciertamente un cambio de vida, mejorando y nivelando la convivencia, transformando una sociedad que está podrida de egoísmo y de prejuicios en una sociedad humana y cristiana que

reintegre en sus deberes y en sus derechos —el primero, el derecho a la libertad— a cuántos pisan sobre la tierra.

Ésa es la gran obra de los hombres de San Francisco. Hay que pedir al cielo que los inspire, que la gracia descienda sobre ellos para que la existencia adquiriera su plenitud, imperando la justicia y la paz.

Entonces todos sentiremos la alegría, la sana alegría de vivir en un mundo mejor, en un mundo donde la arcilla se convierte en espíritu.

Mayo de 1945

LEVADURA HISPÁNICA

Descubrir un mundo. Esto fue en su época empresa de locos y visionarios. Pero la idea prendió en la mente del iluminado con tal fuerza, que se hizo realidad. Venció al incrédulo recelo de los poderosos y venció al sentido conservador de los guardianes de una doctrina científica, que vacilaría en sus firmes, de aceptarse la tesis del hasta entonces navegante de ilusiones. Sin embargo la idea avanzaba en una celda de frailes, tuvo alentadores. Los hombres de mar sentían deseos de tentar la suerte; el misterio los ganaba, y del sueño ambicioso del alucinado y del aliento creador de la reina surgió un mundo, sumido hasta entonces en las tinieblas, y la tierra adquirió su redondez.

Verificado el milagro del descubrimiento, las Américas abrieron horizontes más amplios a la humanidad, y España, plena de gloria y de poder, podía decir que en sus dominios no se ponía el sol.

Los soberanos del viejo continente, asombrados y anonadados ante el acontecimiento, se encontraron más pequeños en un marco más grande. Se dilataba

el espacio, y la codicia se lanzaba por los océanos en busca de tesoros fantásticos, casi de leyenda. ¡El oro de América! Este grito, resonando de aldea en aldea y de pueblo en pueblo, fue una llamada a las apetencias dormidas de quienes confiaban en lo inesperado, y movilizó a los impacientes por hacer fortuna.

De este modo comenzó la aventura, y España fue la primera entre las primeras, dueña y señora de los destinos del mundo.

Después del descubrimiento había que conquistar el continente recién nacido, y allá fueron unos galeones y hombres audaces que, con el vigor de sus pechos y el estrépito de sus armas, se adueñaron de territorios inmensos. Los pendones de Castilla comienzan a ondear, imponiendo los vencedores, en nombre de sus reyes, la ley y la cruz. Ante la valiente resistencia de los indígenas, los conquistadores hacen avanzar unos pocos caballos, y los nativos los contemplan como si fueran dioses llegados de las fabulosas llanuras de la mitología y, aterrados, se entregan.

Los territorios pasan al dominio de España, y unos hombres, oscuros al salir de sus pueblos, van entrando en la historia con el resplandor de sus hechos y, a veces —hay que decirlo—, con la violencia de sus atropellos. ¡Que no se conquista un mundo con modos blandos y razones claras, sino con hierro y fuego!

En esta gran aventura —la más grande que han presenciado los siglos— hubo coraje y crueldad, pero

no odio. Acaso hubo engaño, pero no mentira. Los conquistadores supieron tender la mano y el corazón a los vencidos. Fueron duros, pero humanos ante el dolor ajeno. Implacables ante la resistencia, pero sentimentales con los débiles. Codiciosos de oro y espléndidos de la propia sangre. Manos de hierro y entrañas paternas. Aceros afilados para el enemigo y ojos encendidos para la mujer. Sufrido en la adversidad y arrogante, casi insolente, en el triunfo. El sol tropical enardecía sus músculos y sus sentidos.

Así fueron aquellos hombres —levadura hispánica— en la gran empresa. A un tiempo mismo, barro y luz, miseria y grandeza.

Si un día pudo parecernos cruel la epopeya, hoy tenemos que reaccionar de distinta manera frente a la leyenda negra de la conquista. Podemos levantar la cabeza con altivez y rechazar el anatema que, de fuera, se viene lanzando sobre los españoles. Basta para ello comparar los procedimientos y los sufrimientos a que se han sometido a las criaturas y a los pueblos por la posesión de un palmo de tierra o por la imposición de una idea, en estos tiempos de ahora.

Duros fueron los nuestros en sus conquistas de las Américas; duros, pero compasivos. A lo largo de nuestro poderío abundan los ejemplos.

Los conquistadores de hoy —no los que románticamente galoparon por las llanuras mitológicas, sino los que vienen de la estepa— avasallan los cuerpos

y las almas. Torturan con vesánica complacencia a sus víctimas, arrancándoles túrdigas para penetrar en lo íntimo de las conciencias y adueñarse de sus pensamientos y de sus sentimientos. Destruyen a pedazos la naturaleza humana, desintegrándola del ser. Han sabido crear un infierno más terrible que el de Dante, el infierno del espionaje. Espionaje realizado por los mismos hijos, por las propias compañeras que, calientes las sábanas aún, corren a delatar a los que con ellas comparten el lecho y los afanes de la vida. Los hijos contra los padres, las mujeres contra los maridos, para que el Estado —dios y monstruo a un mismo tiempo— reciba el vasallaje pleno y total de sus súbditos.

Esta civilización en crisis, del siglo XX, tapa la boca de quien intente rasgar sus vestiduras por los desmanes de nuestros soldados del siglo XV y el XVI. Aquéllos fueron palomas comparados con estos buitres de hoy. Nunca se rebajó tanto la dignidad del hombre, nunca se le persiguió tan implacablemente, nunca se penetró con tan diabólica inquisición en el sagrario de las creencias. Y todo se hace —quema los labios el decirlo— para redimir al hombre de la esclavitud, como rezan falaces propagandas.

Aquellos héroes, aquellos conquistadores, aquellos aventureros nuestros fueron duros al imponer a los indígenas la cruz, que con los brazos abiertos es, al fin y al cabo, amor y perdón y libertad suprema de las almas en su ascensión hacia el ideal más alto

y puro de la humanidad. Esto hay que abonárselo en cuenta.

Pero estos redentores de hoy martirizan para que los mortales se dejen poner las cadenas de una esclavitud total, de una esclavitud absoluta, y a los que se resisten, se les somete a una agonía lenta, agonía de sobresaltos y suplicios. La humanidad paga ahora con recargo la contribución del dolor. Los golpes de antes eran violentos y rápidos; estos de ahora son refinadamente científicos. Se calibra la vitalidad física y se procede después a matar la voluntad para que, sumidos en la inconciencia, no puedan alentar la más ligera protesta contra el sistema político ni contra el déspota. De este modo se ahoga en sus mismas raíces el pensamiento y se proclama como el imperio de las masas. De unas masas nunca más despreciadas y maltratadas.

Hace quinientos años nuestros conquistadores, frente a la resistencia, fueron intolerantes; pero los que hoy pretenden conquistar, imponiendo un nuevo orden, son infinitamente más intolerantes y más crueles.

Nuestros Adelantados llevaron a las Américas una civilización, un idioma y unas leyes que, por su norma de igualdad y derecho, proporcionaban amparo y tranquilidad a los pueblos y a los hombres incorporados a España. Que, a pesar de estas leyes, la colonización fue torpe y abusiva en su sistema económico, cierto. Que, ciegos los colonizadores por adquirir el oro y

la plata, arruinaron a los indígenas, abandonando la agricultura y la industria, cierto. Que, enardecidos, encandilados por el brillo de los metales, cometieron desmanes, cierto. Pero cierto también que les dimos nuestra cultura cristiana y nuestra sangre. Nuestra sangre confundida, mezclada generosamente con la sangre de los nativos, sin diferencias de razas ni de color, sino viendo en cada uno de los vencidos un igual, un semejante, un prójimo con quien partir nuestro pan y nuestra ternura.

De esta unión de sangre y espíritu salió una familia, extendida hoy por veinte naciones libres. Ésta fue la gran victoria de España. Por ello le serán perdonados a los conquistadores sus pecados. Colonizaron alma adentro, y la historia tendrá que hacerles justicia. La reclaman esas generaciones que, por sobre las fronteras y por sobre los continentes, estrechan sus corazones en un latido común.

Todavía hoy sigue siendo nuestra conquista de América una enseñanza para los pueblos que establecen barreras entre las diferentes razas, pretendiendo amojonar a blancos y negros en distintas parcelas sociales, tratando a estos últimos despreciativamente, humillándolos, cerrándoles las puertas de las escuelas y negándoles sitio en los bancos públicos. Les niegan el derecho de compartir los afanes de la cultura, sin pensar que, con el estudio y la convivencia, se forja un porvenir de conciliación y amistad. Torpe y cruelmente

se hunde a los hombres de color en las oscuras cavidades del odio.

En este sentido proyecta España sobre aquel continente su última lección, proclamando que todos los mortales son hijos de un mismo Padre.

La cruz abrió a los oprimidos un camino de liberación que la intolerancia no podrá cerrar. Nuestros conquistadores cumplieron el mandato creando, con sangre y espíritu, la grande y fecunda hermandad cristiana.

Octubre de 1955

VACILACIÓN Y ANGUSTIA

Pocas veces me he visto —señoras y señores— tan necesitado de vuestra benevolencia como en esta noche. Han pasado tantos años, ¡y tantas cosas!, desde aquellos buenos tiempos en que me eran familiares estas actuaciones; tiempos en los que yo iba por los pueblos de la Isla, sacudiendo la pereza espiritual de nuestras gentes, con propósito de inculcar nobles ideales en el alma tinerfeña, que ahora, al encontrarme en esta tribuna, vacilo, temeroso de no encontrar el camino que me lleve a vuestra sensibilidad, porque hoy existen nuevos modos de expresarse en público. Antes la palabra viva ganaba la emoción, pero hoy el orador está desplazado, fuera de la actualidad, y se le sustituye por una lectura fría que no logra fuerza expresiva, y fatiga al auditorio. No hace mucho —en un acto similar a éste— yo he oído, y algunos de vosotros también, a un destacado hombre de letras que, avalado por los medios culturales de Madrid, llegaba a Tenerife para actuar de mantenedor en una solemnidad literaria; le hemos oído —repito— vituperar a nuestros grandes

oradores, motejándolos de tenores cursis y empalagosos. Rebajaba la elocuencia, ridiculizando la oratoria, el arte que los griegos colocaban por sobre todas las manifestaciones del espíritu. Esto lo decía en una lectura monótona y cansada, pero cuando quería subrayar un concepto y llegar directamente a los oyentes, entonces abandonaba las cuartillas y se hacía la ilusión de hablar, empleando el sistema de «quiero y no puedo».

El discurso está hoy descartado de las actividades políticas y literarias. Esto, al comenzar mi cometido, me hace dudar. Voy contra la corriente.

El mundo en sombras

Vivimos una época en la que, a pesar de su profundidad histórica, todo vacila. Vacila el arte, porque no encuentra su expresión definitiva; vacila la ciencia, horrorizada del poder destructor que el diablo ha puesto en manos de los hombres; vacila la política, porque no proporciona felicidad a los pueblos, y vacila la conciencia frente a una moral en quiebra, que anula la familia y estrangula el más puro sentimiento de los mortales. Me refiero al intento de la paternidad artificial.

La humanidad está enferma de angustia y confusión. No hay nada seguro. Las especulaciones artísticas

—para cuya exaltación nos congrega esta noche el Círculo de Bellas Artes— son confusas. Nunca hubo menos claridad en la mente de los rectores del mundo. Nunca hubo más sombras en la mente de los artistas. Y es que, cuando oscurece en las zonas políticas, tarda en aclarar en las del espíritu. Por ello los horizontes artísticos están en penumbras. Existe un ansia de cosa nueva, de hacer punto y aparte, de romper moldes implantando una norma inédita en orden a la belleza; pero es lo cierto que no se columbra por ninguna parte, ni en la pintura, ni en la música, ni en la literatura, el maestro capaz de llevar esta evolución a feliz término, porque una escuela estética no se funda con extravagancias y piruetas de circo; tiene que cimentarse sobre firmes eternos.

Los artistas de hoy quieren edificar sobre escombros y derrumban una cultura secular, propugnando por otra que acople con nuestro vivir de ahora. El mundo —afirman— está cansado de temas sentimentales, y el arte clásico se hizo para deleite de burgueses. Es un arte que ya no interesa. Transformada la vida, transformada la sociedad, el arte no puede quedarse dormido, como agua muerta, cuando la corriente se precipita hacia terribles acontecimientos. En esto tienen razón. Cada tiempo reclama lo suyo. Cada clima social requiere sus propias modalidades. Cada día —como rezan textos sagrados— trae su afán. El arte es la expresión del medio en que se desarrolla,

y tiene que recoger las palpitations de su hora. Ya Confucio recomendaba a los suyos que se hicieran nuevos, cada vez más nuevos y siempre nuevos.

Háganse, en buena hora, nuevos. Rejuvenezcan la obra y todos la saludaremos júbilosamente. Esperamos el acontecimiento, pues el arte no ha de quedar fosilizado: tiene que incorporarse a la marcha de la humanidad. Cada artista ha de vivir su época y buscar caminos nuevos, pues existe una inquietud, acuciada por la angustia en que vivimos.

Ahora bien, lo absurdo, lo incoherente, esa falta de forma y fondo en las artes plásticas y en las letras es viejo. Evadidos mentales siempre los hubo. Intentar deslumbrar con recortes, con desperdicios y con manchas enigmáticas, ganando la admiración con chafarriadas, es empeño inútil. Con estos procedimientos no matan el pasado. Lo que no se entiende no interesa, y mal puede ser admirado lo que es incomprendido. La admiración se gana hablando, trasladando la concepción artística al espectador en términos que le proporcionen placer, inquietud, y hasta angustia, si queréis. Pero para esta transmisión se precisa tener algo que traspasar. Cuando se carece de bienes, ya sean materiales o espirituales, no hay nada que transferir. Y éste es el caso de quienes, con lamparones y estameñas zurcidas, pretenden implantar una nueva norma artística. Hay que abrir caminos, ciertamente, pero caminos claros y seguros, para que, en esta gran transformación

del mundo, las nuevas generaciones de artistas avancen con rumbo certero hacia la renovación.

La espiga vacía

Pero los jóvenes artistas de hoy son iconoclastas, se yerguen altivos, satisfechos de sus obras, proclamando con énfasis la superioridad de las generaciones nuevas. Los consume la vanidad, una vanidad enfermiza que malogra, a veces, aptitudes y vocaciones, una vanidad que los lleva a exaltar, sin recato ni pudor, la propia obra, rebajando la ajena. A esta juventud yo quiero recordarle el precepto de Leonardo de Vinci a sus discípulos: «Poca sabiduría —les decía— debemos al orgullo, mucha en cambio, a la modestia. Fijaos en la espiga: cuando está vacía se eleva arrogante hacia el cielo, y cuando está llena se inclina humilde hacia la tierra, nuestra madre».

Buen consejo el del maestro, pues la vanidad rara vez construye y siempre destruye la personalidad del artista.

En la historia del arte sólo existen —no hay regla sin excepción— tres momentos de orgullo, de soberbia casi que, por lo justificados, aumentan nuestra devoción y enaltecen a quienes los llevaron a cabo. Pero tened en cuenta que estos artistas, a los que me voy a referir, rebasan los linderos de lo humano y se adentran

en las zonas de la divinidad. Son genios, son creadores, casi dioses, y tienen derecho a glorificar a sus propias criaturas.

Nuestro don Miguel de Cervantes sella la historia de *El ingenioso hidalgo* con estas altivas palabras: «Aquí, en la espetera, te dejo, péñola mía, para ver quién es el osado que te empuña de nuevo, porque esta empresa estaba reservada para mí y yo reservado estaba para ella». Después de escribir *Don Quijote*, en cuyos dominios todavía no se ha puesto el sol, su autor puede y debe permitirse, con el pie ya en el estribo de la inmortalidad, esta arrogancia.

Miguel Ángel, el viejo maestro florentino, huraño y ensimismado, contempla ya terminado el trabajo, su *Moisés*, ese inmenso bloque de mármol y fuego, y lo encuentra tan perfecto, tan palpitante que, creyendo haberle infiltrado un soplo de existencia humana, lo golpea con el martillo y le dice: «¡Habla!» Gesto soberbio de un artista que pretende dar vida, con su aliento creador, a un trozo de piedra. Pero se llama Miguel Ángel, y esto lo justifica todo.

Dante cierra su *Vita nuova* con esta promesa: «No volveré a ocuparme de la bienaventurada Beatriz hasta que pueda hacerlo en forma que ningún otro mortal sea capaz». Y cumplió promesa tan ambiciosa. Sólo volvió a hablar de Beatriz en *La divina comedia* y, ciertamente, lo hizo de tal manera, que ningún otro mortal elevó tanto a la mujer amada.

Pero ya os lo decía, éstos son más que artistas, son casi dioses, y nosotros, sus hijos pequeños y lejanos, hemos de inclinarnos humildemente ante nuestros padres espirituales, como recomienda Leonardo, el único que, por ser tan alto como ellos podía, sin bajar la cabeza, mirarlos de frente.

Volviendo a las vacilaciones del arte actual, voy a fijar mi atención y la vuestra —si tengo la suerte de lograrlo— en tres épocas gloriosas para el arte: Grecia, la Edad Media y el Renacimiento. Ciclos estelares en los que los maestros crearon una cultura sin vacilar, seguros de su rumbo y seguros del ideal que, en orden a la belleza, inculcaron a sus pueblos.

En estos tres periodos ningún artista pretendió destruir la obra anterior, antes por el contrario se apoyaban sobre el pasado, avanzando hacia nuevas metas. Hoy, en cambio, hay que destruir las viejas creaciones, desestimarlas para, en campo raso, levantar las extravagantes audacias de quienes, sin preparación ni aprendizaje, pretenden fundar escuelas, encaramados en la fácil popularidad de cenáculo cerrado. A pesar de una propaganda organizada y de amistosas críticas favorables no están seguros. No encuentran un módulo estético que ofrecer al hombre de hoy. Vacilan.

Los griegos, en cambio, eran seguros, dueños de su pensamiento y de sus medios de expresión, lo mismo en las artes plásticas, que en el teatro y en la poesía. Trabajaban para la posteridad y no vacilaban. Así surgieron bajo el cielo de Atenas la Acrópolis, el Partenón y tantas reliquias que reciben diariamente el culto fervoroso de peregrinos de todo el mundo.

Los templos y las grandes avenidas helénicas se prestigiaban con las obras de Fidias, Praxíteles, Scopas, Policleto. Por toda Grecia se extendía la huella del genio. El orden y la armonía predominaban en el arte helénico, y al reproducir los escultores la figura humana, hombre o mujer, para ofrecerla al culto pagano, como divinidades del Olimpo, la embellecían de tal modo que, a través de los siglos, sigue siendo el índice que marca los límites de la perfección. Imposible superar esta meta.

Fidias imprime a sus dioses —*Júpiter, Minerva, Afrodita*— una serenidad y un sentimiento religioso que avivan la devoción de los griegos que contemplan, labrada en oro y marfil, a su monumental *Palas Atenea*.

Luego Praxíteles humaniza sus creaciones; ya no es la serenidad de los dioses, sino la corriente viva y sensual que anima a sus faunos y a sus venus, entre ellas la de Gnido, para la que, en un desnudo total, le sirvió de modelo su amante Friné, la mujer más bella

de aquellos tiempos, la que hizo inclinar la balanza de la justicia sólo con ofrecer a los jueces la contemplación de su cuerpo.

Las *Afroditas* de Praxíteles ya no son serenas divinidades hechas para el culto religioso, sino muchachas plenas de sangre, marcadas por la gracia voluptuosa del artista, y entre ellas se destaca Friné, cuya ejecución proporcionaba al escultor un gran placer. Quería para sí mismo aquel mármol, pretendía conservarlo para deleite de sus ojos. Era el retrato de la mujer amada, a quien, con sus cinceles, inmortalizaba. Pero tan bella la hizo, que le fue arrebatada por la ciudad de Gnido, que la colocó en el centro de un pequeño templo, elevado en un bosque de mirtos y laureles, donde acudían las multitudes para adorarla.

Cuentan que el rey Nicomedes de Bitinia quiso comprarla y ofreció por ella una cantidad con la que se podía pagar la enorme deuda de la ciudad, deuda que agobiaba su hacienda, pero los ciudadanos amotinados impidieron la venta.

Yo conozco la copia de esta *Venus*, que se conserva en el Museo del Vaticano, desfigurada por unos honestos ropajes de latón que la cubren de caderas abajo.

Algunos críticos aseguran que el propio Praxíteles, desesperado por la falta de espiritualidad de la modelo, de un martillazo le hizo saltar la cabeza. La mutiló, porque Friné, a pesar de su hermosura, carecía de ese

resplandor divino necesario para la obra del genio. Andando el tiempo se descubrió la cabeza de otra estatua, y es la que hoy admiramos en el Vaticano.

Era tal el ansia de perfección de estos escultores que, cuando no la lograban, cercenaban las partes rebeldes. De esto pueden ser testimonio la *Victoria* de Samotracia, la *Venus* de Milo y muchas esculturas mutiladas.

Los griegos, penetrados de su misión, no sólo crearon un arte y una cultura, sino que siguieron, además, las orientaciones del pensamiento y las normas de la filosofía en los avances políticos, proclamando como ideal supremo el amor a la patria y a la libertad, postulados que moldearon la civilización occidental, cuyos puntales más firmes siguen siendo la razón y la equidad.

El friso del Partenón —llama y espíritu—, la serenidad olímpica del *Apolo* de Belvedere y el dolor de *Laocoonte* son testimonios de las posibilidades artísticas de este pueblo que, por aquellos tiempos, recibía de los dioses la más generosa dádiva: un poeta para inmortalizar sus hechos, Homero, y un filósofo que le señalara su camino, Sócrates; pero como un filósofo es una estrella demasiado alta, los dioses le concedieron, además, un político que condujera al pueblo y engrandeciera a la patria, rindiendo culto a la libertad. Este guía fue Pericles, que dio su nombre al siglo de oro de Grecia.

Ved, pues, cómo cuando hay claridad en las zonas políticas resplandece en las del espíritu.

El Medioevo

Los medievales eran también seguros, no vacilaban al construir sus catedrales, esos milagros de piedra que se elevan al cielo en una aspiración de idealidad. Edificaban con fe y no vacilaban, porque iban camino de Dios.

Más tarde, en nuestros días, un genio audaz de nuestra raza quiso elevar un templo, un inmenso templo a la cristiandad y, rebelde, rompió con las formas clásicas. Lucha como un titán para construir una catedral fuera del módulo medieval; lucha como un héroe de la antigüedad, lucha contra el gótico; pero el gótico es más fuerte que él y lo vence en su propio campo, en su propia obra. Lo vence con las altas torres cuyas agujas, penetran en el cielo, y lo vence con las ojivas y con las gárgolas, con la crestería y la frondosidad de su gótico renovado y atormentado.

Os habréis dado cuenta que me estoy refiriendo al arquitecto Gaudí y a su obra *La Sagrada Familia*, en Barcelona.

Los viejos constructores de catedrales eran seguros, no vacilaban, echaron raíces en el fondo de los siglos. Como ejemplo, sin salir de España, ahí están

las catedrales de Burgos, de León, de Sevilla, de Toledo. Gaudí, en cambio, vacilaba constantemente. Es el signo de los tiempos. De estos tiempos en que el artista vacila, porque, a su alrededor, todo se derrumba y es espectador de una civilización en crisis.

El Renacimiento

Si de Grecia y del Medioevo pasamos al Renacimiento, nos encontramos con otro ciclo artístico que no vacila, que es seguro, porque son sólidos sus cimientos y vemos cómo una legión de iluminados ennoblece la existencia, embelleciéndola con geniales creaciones.

Los renacentistas trabajaban júbilosamente, superándose unos a otros, pero aprovechando los avances anteriores, ya que ellos querían renacer, nacer de nuevo dentro del arte clásico de los griegos, con sentido y sentimiento romano. Volver a la vida, a la alegría del vivir, olvidándose del tenebroso misticismo monacal, de la norma dura del ascetismo que consideraba el cuerpo humano enemigo del hombre, cuanto más bello más peligroso por ser la fuente del pecado, por lo cual precisaba cubrir las figuras con amplios paños que ocultaran los motivos de posibles tentaciones carnales. El desnudo sólo lo empleaban en gárgolas y cornisas para representar el mal, el vicio y la herejía.

Hasta en los tiempos de mayor esplendor del gótico, cuando escultores y pintores remontan las cumbres de la perfección, el cuerpo humano lo ocultan con opulentos ropajes. Sólo Adán y Eva se presentan desnudos, como ejemplo del pecado original.

Los renacentistas se liberan del gótico sombrío y, alborozados, se entregan a los placeres de un vivir galante y sensual. Rinden culto a la belleza, retornando, en plenitud artística, al paganismo.

Leonardo, Miguel Ángel, Rafael y sus seguidores son bloques de una misma cantera. Tampoco éstos vacilaron, estaban seguros de su arte, estaban seguros de sus obras. Seguros estaban los nuestros, el Greco, Ribera, Velázquez...

Cada una de estas tres épocas tuvo su exponente lírico: Homero, San Francisco de Asís y Dante. Las artes se hermanan siempre en las alturas.

Los maestros del Renacimiento son árboles enraizados en la creación. Vientos de siglos han pasado sobre ellos, y sus obras siguen en pie, como lección de fortaleza artística.

Y volviendo sobre el tema, yo pregunto: ¿Cómo no ha de vacilar el arte, cuando vacila todo un sistema político? ¿Cómo pretender que los artistas encuentren su camino, cuando el mundo, fuera de quicios, no encuentra el suyo?

Dos caminos y una idea en marcha

Los hombres de Estado vacilan entre dos normas políticas, gastando sus energías en tanteos y claudicaciones, y los pueblos vacilan también, porque sólo vislumbran tinieblas. ¡Tinieblas y amenazas! ¡Horrores, en definitiva!

Dos ideologías en pugna: capitalismo y comunismo —en medio, matices que no cuentan en la solución del gran problema—; una ideología vieja, encastillada en sus fortalezas y aferrada a sus principios, y otra nueva, agresiva, violenta, que pretende imponerse por la fuerza y el terror. Dificilmente puede encuadrar la humanidad en ninguna de estas dos intolerancias; precisa que una deponga sus egoísmos y la otra humanice sus procedimientos. Aferrados los primeros a sus ancestrales privilegios y los segundos a sus métodos de terror, no hay posibilidad de que los avances sociales se realicen con justicia.

Y es lo cierto que estas tendencias, imperfectas ambas, dominan el mundo. ¿Cuál de las dos se impondrá, adueñándose de los destinos universales?

Una loca carrera en la fabricación de armas nucleares arruina la economía, privando a los mortales de un vivir feliz y proporcionándoles, en cambio, el pánico de una tercera guerra mundial, que terminaría con todo y con todos. Antes, el progreso se saludaba con alegría, porque era el anuncio de un mayor

bienestar. El progreso de hoy nos da miedo, porque es destrucción y muerte. Los hombres de ciencia invaden los dominios celestes, trastornando las leyes de la naturaleza, para robar a Júpiter los rayos de la guerra.

Y pensar que, con estos avances técnicos y científicos, el hombre tiene en sus manos los medios necesarios para el bienestar económico de los pueblos. Se hacen cada día grandes descubrimientos, terribles descubrimientos, incluso se intenta establecer comunicación personal con la Luna y con Marte, conquistar los planetas, adueñarse de ellos y explotar sus riquezas, si las tuvieren. Y esto lo pretenden quienes no son capaces de poner orden en la tierra. Sin arreglar la propia casa, harto desbarajustada, invierten sumas fabulosas en el intento de dominar los espacios. Capacitense en la ordenación de sus dominios aquí abajo, antes de lanzarse a las aventuras de cielo arriba. No despilfarran en temerarias arrogancias lo que precisan para que desaparezcan la miseria y la tristeza de los desamparados, cuyas pertenencias se administran de espaldas a sus necesidades.

Menos sueños espaciales —señores dirigentes del mundo— y más realidades terrestres. Dejad que la Luna siga siendo predio de los poetas y llevad vuestras posibilidades y vuestras iniciativas a las selvas y a los desiertos hasta convertirlos en nuevas fuentes de riquezas. Ahí tenéis trabajo y provecho y elementos de vida para un mundo en desorbitado crecimiento.

Brasil y el Sáhara, puestos en explotación, cubrirían el déficit de varias generaciones. En la tierra hay todavía mucho que hacer antes de abandonarla, para ir a conquistar las estrellas.

Los hombres sin brújula interior se pierden en sus propias pasiones y hunden a los pueblos en la desesperación, engañándolos con postulados sociales que sólo sirven para cubrir apetencias de poder y dominio, caso de Rusia, que invoca la libertad y somete a la esclavitud al que no piensa como ella. ¡La libertad deformada y envilecida por la intolerancia!

¿Puede darse mayor desconcierto que el de unos jefes de Estado sobre quienes ha caído la responsabilidad de organizar el mundo, después de la guerra más grande y cruel de la Historia y que, como solución, ofrecen otra guerra más grande y cruel?

En esta hora los mortales nos jugamos el destino a cara o cruz: la guerra o la paz.

La guerra es la destrucción total de vidas y de elementos de vida. Si se desata la guerra, varias generaciones se convertirán en cenizas. Los últimos ensayos de la energía nuclear nos lo han demostrado elocuentemente. ¡Y sin embargo la amenaza sigue en pie!

La paz —una paz clara, sin doble fondo— resolvería los problemas sociales y económicos de todas las naciones. La existencia no sólo sería llevadera sino agradable. El trabajo no constituiría un castigo, sino una expansión natural.

Sólo dos de las naciones que se enfrentan —Estados Unidos y Rusia— tienen en sus laboratorios y en sus graneros elementos suficientes para equilibrar las necesidades del mundo.

Rectores sin brújula

Pero a pesar de los clamores de paz, de las propuestas de paz y de las conferencias de Ginebra, nadie cree en la paz, nadie espera la paz, porque la astucia y la felonía han matado la fe de los pueblos, y sin fe no hay salvación posible, ni en lo divino ni en lo humano.

Es repugnante ver cómo en el ambiente pacífico de Suiza, bajo un mismo techo, emisarios de paz ríen y festejan una derrota heroica, mientras afloran lágrimas a los ojos de los vencidos, y cómo, en mesa redonda, negocian con la desgracia del contrario. No son plenipotenciarios, son mercaderes que trafican con ideas que les sirven para cubrir planes inconfesables. Ideas al servicio de una farsa que, soberbios, intentan convertir en verdad, en una verdad odiosa que tratan de imponer a sangre y fuego.

Los hombres cuando tienen el poder, cuando están arriba, son dados a considerarse seres sobrenaturales, en posesión de la verdad, de una verdad que imponen violentamente. ¿Qué sortilegio tiene la altura, que desvanece a los mortales y los hace considerarse

enviados de Dios? Lo cierto es que una mentira repetida a los cuatro vientos adquiere categoría de verdad, y que a una idea nutrida de sangre no se la detiene con cañones, sino con otra idea mejor. Éste es el pecado de las democracias que, antes de fabricar la bomba atómica, debieron fabricar una idea nueva, una idea constructora que poner frente a la idea destructora. Un ideal de justicia y tolerancia para combatir la injusticia y la intolerancia.

No basta ganar una guerra, es necesario ganar la paz, y la paz sólo se gana estableciendo entre vencidos y vencedores la fraternidad cristiana.

Este problema de hoy es demasiado hondo, y no se resuelve con sangre; se resuelve con justicia, porque se trata de repartir equitativamente los dones que, para todos, puso Dios sobre la tierra.

Al comunismo no se le detiene con murallas capitalistas. Lo de Corea ayer, lo de Indochina hoy son avisos, y lo de China en un futuro no muy lejano será una terrible advertencia.

No hay que cerrar los ojos a las realidades. Al comunismo se le detiene con justicia social; «la justicia es la verdad en acción» —dice Joubert—, y la voz más alta de la cristiandad añade: «Sólo con justicia y amor al prójimo se ganarán las batallas del porvenir. Vuelve tu corazón al pobre, págale lo que le debes y vivirás en paz». Me diréis que los mortales estamos hechos de barro y que las palabras de los pontífices se perderán

en el vacío, que hablar hoy de paz es una locura; pero yo os respondo que la locura es convertir el mundo en un infierno de guerras. Lo cuerdo es vivir en paz. Infiltrad levadura cristiana en las agrias ideas de hoy y veréis cómo resplandecen y se humanizan. Hay que llegar a la entraña de los hombres con buenos hechos y no con falsas promesas; hay que establecer el equilibrio económico entre los de arriba y los de abajo, salvando abismos de miseria.

Con las armas no se ventilan estos asuntos, se ventilan con palabras, con un acercamiento de los dos sistemas en pugna, desprendiéndose cada uno de sus errores y de sus codicias, aceptando los aciertos del adversario. Transigir noblemente y vivir —dentro de sus depuradas ideologías— como buenos vecinos. Cerrar los oídos a los gritos pasionales de los grupos intolerantes y poner término, de una vez para siempre, a esta zozobra que amarga la existencia y retrasa el progreso y el bienestar del mundo.

Cuando esto se cumpla, la paz volverá a la tierra y los hombres se estrecharán las manos y los corazones por sobre los continentes, alegres de construir un hogar más humano y más cristiano.

Tradición y porvenir de Tenerife

Dejemos al mundo en sus vacilaciones y vengamos nosotros ahora a lo nuestro, a nuestra casa, a nuestra isla, donde se está realizando una honda transformación.

Hace más de veinte años, desde este mismo sitio, yo lancé una sugerencia que, en tan largo tiempo, se ha ido cribando y tomando perspectiva y posibilidad.

Decía yo entonces que teníamos que hacer la gran ciudad de Tenerife, con sus dos núcleos centrales: Santa Cruz y La Laguna. El barrio comercial y el barrio residencial. El tráfico portuario y el recogimiento universitario. El ajetreo industrial y la meditación cate-dralicia.

De construir un término municipal con estos dos centros urbanos, tendríamos la capital más importante del Archipiélago por su número de habitantes y por su extensión territorial. Hemos de tener en cuenta que las dos ciudades mayores de nuestra isla tienen ambas centros representativos de capitalidad, pues La Laguna con su Universidad, con su Obispado y su Catedral, ejerce jurisdicción y es, por lo tanto, cabeza también de Tenerife. Con la unión lograríamos unificar y fortalecer la dirección del país. Esto lo vieron, con criterio amplio y visión de porvenir, preclaros laguneros de entonces que, seguros de ellos mismos y del espíritu rector de la vieja ciudad, recogieron satisfechos la

iniciativa. Testimonio de ello el «Acta de rectificación de límites», en la que La Laguna echa los cimientos de un futuro ambicioso. ¡Y lo hace con un desprendimiento cívico y elegante al mismo tiempo!

No se me oculta que hoy este proyecto será reprobado por algunos paisanos y amigos míos de la Ciudad de los Adelantados, aferrados a la tradición y a los recuerdos históricos. Recuerdos y tradición que no perderían su valor en un marco más ancho, sino que, por el contrario, se destacarían con más brillo y con mayor resonancia en el ámbito nacional. Estas preocupaciones no debieran ofrecer resistencia a la iniciativa, ya que, con la fusión, no se anula la historia de nuestros pueblos ni se borra el pasado, que tendrá su culto, sin olvidar por ello que cada día trae su afán y que La Laguna gana prestigio al incorporarse a la marcha progresiva de nuestro tiempo. Nuestra querida y vieja ciudad se ha dormido sobre sus laureles, se ha quedado rezagada y hay que despertarla y hacerla caminar.

La Laguna tiene experiencia administrativa y visión de los problemas regionales; no en vano ostentó durante largos años la jefatura política del País. Fue cabeza y centro de la Isla y de ella salieron mentes esclarecidas que, desde la conquista, señalaban las directrices a los pueblos tinerfeños. Tiene tradición —nos enorgullece proclamarlo—, y esa tradición es una fuerza que, renovada, irá jalonando, con prudencia y buen

тино, los senderos del porvenir. Todo esto me lleva a propugnar —desde el punto de vista lagunero— por la unión, única forma de que la Ciudad de los Adelantados recupere sus prerrogativas de capitalidad, pues, ya unidas, tanto monta Santa Cruz como La Laguna.

De esta conjunción surgirá la plena capital, sin descender a regateos ni tanteos de fuerzas económicas. Lo que una aporta de más en bienes materiales, la otra lo compensa en bienes espirituales. En suma, un maridaje perfectamente equilibrado.

Nadie ignora que para los negocios, para la industria y para los que trabajan tiene ventajas moverse en grandes núcleos de población, y que el término municipal que ambicionamos abarcaría una extensa zona, pues Tegueste —una cuña interpolada en La Laguna— y El Rosario completarían el distrito de la nueva capital.

No hemos de echar en saco roto que nuestra juventud lagunera, en su casi totalidad, tiene su ocupación en Santa Cruz, adonde se desplaza una y dos veces al día. Lo mismo sucede con la masa de obreros que acuden diariamente al puerto y a las construcciones. Esta convivencia del elemento activo de las dos ciudades es una llamada a la unión.

Pronto terminarán los trabajos de la autopista, que será la vía dorsal, la médula, podríamos decir, de las dos ciudades, con una distancia que se salva en diez minutos, con lo cual quedarán convertidas en una sola ciudad La Laguna y Santa Cruz, con sus dos puertos,

el marítimo y el aéreo. Los caseríos intermedios, con su desarrollo creciente, irán acercándolos de día en día hasta convertirlos en una sola población. Esto será un hecho que nadie podrá torcer. La autopista y La Cuesta, con la zona industrial de Taco, dentro del término municipal de La Laguna, llevarán a cabo la unión. Pero si la unión se realiza mediante un pacto y no por imperativos del poder; si se realiza con serenidad de juicio y debida preparación, tanto en lo administrativo como en lo urbanístico, las cosas saldrán mejor, sin postergación para ninguna y ventaja para ambas.

Santa Cruz tiene impaciencia por crecer; asombra la rapidez con que construye y se transforma en una de las más bellas capitales de España. Es el suyo un ritmo acelerado y progresivo al que, con grandes inversiones de capital, se suman iniciativas de dentro y de fuera. La Laguna tiene serenidad reflexiva y directiva; llevó, como ya hemos dicho, durante muchos años la dirección del País. El muchacho de Santa Cruz mira al mar, al puerto, a las exportaciones, al comercio, a la industria: tiene la noble ambición de proporcionarse firmes económicos; y el muchacho de La Laguna, menos codicioso de bienes materiales, es más batallador en el campo ideológico, le atrae la política local, fiscaliza y discute, propugnando por un orden claro en la administración pública. Por estas razones estoy seguro de que, con ambos temperamentos, lograríamos la perfecta unidad.

Vivimos en la época de las uniones, de las agrupaciones. Los pueblos pequeños no cuentan. Hasta las naciones se unen para proporcionarse un más alto nivel de vida y defenderse de posibles ataques. Ya comienzan a dibujarse los Estados Unidos de Europa, con su Mercado Común y con su programa depositario de la civilización occidental.

Nosotros, salvando las distancias, en nuestra pequeñez, tenemos que hacer la urbe insular, pensando que si Santa Cruz le aporta savia nueva, La Laguna la prestigia con sus viejas piedras y sus templos seculares. Hemos de ennoblecer la ciudad madre, para que, a un mismo tiempo, aliente en ella fortaleza física y fértil espiritualidad.

Con esta iniciativa debemos encariñarnos todos los tinerfeños —los del norte y los del sur—, ya que hasta la *Biblia* nos dice: «Es bueno y gustoso vivir los hermanos unidos». A esta generación, desasida de prejuicios, le corresponde poner en marcha la idea. Una idea en marcha es una esperanza en potencia, una esperanza que, al convertirse en realidad, colme de beneficios a Tenerife.

Para terminar, quisiera decir unas frases galantes a estas gentiles muchachas que nos presiden y que simbolizan el arte y el amor, dos fuerzas que pueden edificar algo duradero en un mundo destrozado por la guerra; pero me limito a sugerirles que los hombres,

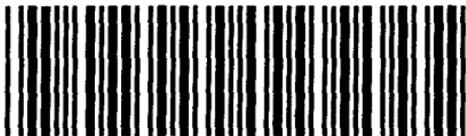
sean cuales sean sus ideas, inclinan su cabeza y su corazón ante la mujer. Ellos queman su rebeldía en homenaje a vuestra belleza. Haced vosotras el milagro de que este mundo que se está construyendo sea un hogar acogedor para todos los mortales, un hogar universal en cuya fachada haya una sola palabra: Paz.

Mayo de 1954

ÍNDICE

Prólogo	7
La palabra	15
Las Hespérides	21
Los menceyes	35
Atlante	41
Asamblea tinerfeña	49
Política universitaria	61
Una voz de alerta	77
Avanzar sin romper	113
Benahoare	133
Romanticismo en Los Llanos de Aridane	149
La Samaritana	171
Juegos Florales del Puerto de la Cruz	179
Los valores morales en crisis	191
En estos días de inquietud	201
Tres presentaciones	215
Una llama de medio siglo	239
Los dos canarios mayores: Galdós y Guimerá	263
Arcilla y espíritu	269
Levadura hispánica	281
Vacilación y angustia	291

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



488912

BIG 860-4 CAB pal



